
3 1761 09545148 0

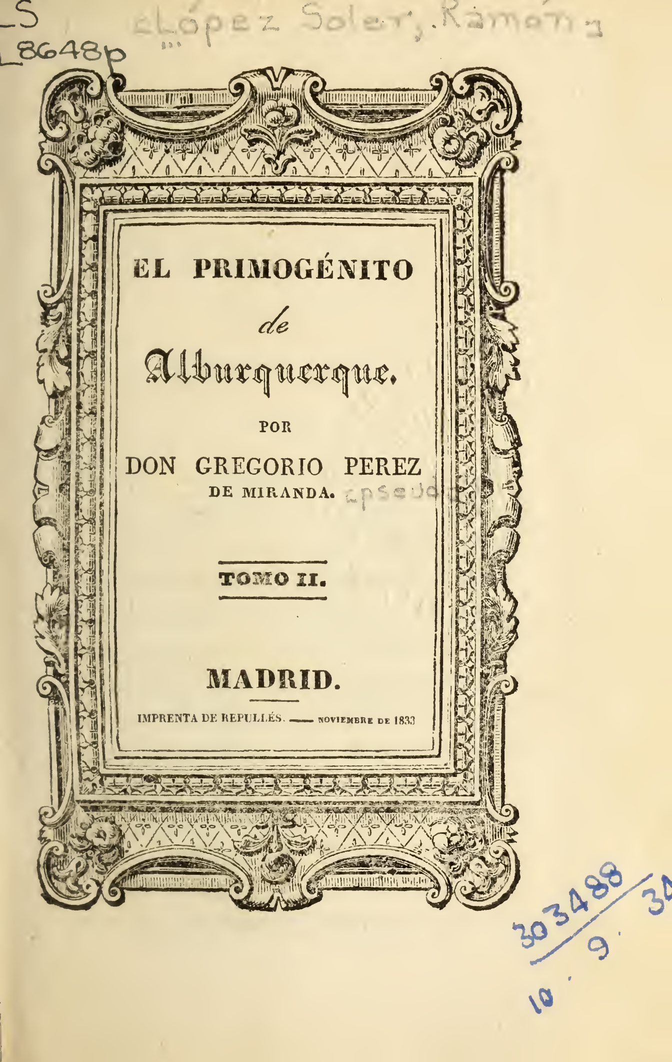






El Primogénito

DE ALBURQUERQUE.



EL PRIMOGÉNITO

de

Alburquerque.

POR

DON GREGORIO PEREZ
DE MIRANDA.

TOMO II.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS. — NOVIEMBRE DE 1833

EL PRIMOGÉNITO

DE

Alburquerque.

CAPITULO I.

María de Padilla habia vivido desde la tierna infancia con su madrina en retiro no menos austero que el de un convento, pues mientras el señor de Alburquerque permanecia en Toledo al lado de la reina, su pariente, en calidad de ayo del príncipe heredero, el odio declarado de Leonor de Guzman alejaba de su vivienda las familias de la vecindad, y su esposa doña Isabél ni recibia muchas visitas, ni pagaba ninguna. Asi, pues, siempre sola ó rodeada de dueñas, constantemente dedicadas á la mas minuciosa devocion, no conoció hasta entonces cosa

ó persona que desterrar pudiera la pesadísima calma de tan monotona vida.

Pero al cabo en este ardiente corazon, donde fermentaba oculto el germen de las pasiones mas activas, una chispa sola bastó para producir el incendio, cuya llama se manifestó instantáneamente. El amor de Martin Gil constituía su orgullo y su felicidad, y confiada como su adorador en lo futuro, ningun obstáculo preveía que estorbar lograse el cumplimiento de las dichas, tan dulcemente por él descritas. Agena de pesadumbre por la próxima partida, que á su parecer apresuraba el instante de una reunion eterna, complacíase en los preparativos del viaje con tanta alegría como impaciencia. En vano se esforzaba Paloma en persuadirla que aprovechase algunas horas de la noche para gozar un sueño tranquilo, pues la agitacion de María cerraba sus oidos, y proseguia disponiendo lo necesario para la marcha.

Comenzaba á amanecer: Paloma gemia amargamente, conmoviendo á su se-

ñorita con el espectáculo de su dolor. — Es fuerza separarnos, hija mia, la dijo, por mas que tus lágrimas me traspasen el corazon. Pero al cabo te quedas con un marido á quien amas...

— ¡Ah! señorita, respondió la criada dando ancha salida á sus sollozos, por él, por ese infeliz es por quien me desespero. Todos se han conjurado contra mi pobre Matías: el Zurdo, Dios le confunda, le tiene sumergido en un calabozo, donde le ha regalado mas de cuatrò palizas en castigo de sus zelos: el asistente le acusa de un robo que no cometió, y quiere que le cuelguen mañana; y el señor don Martin Gil, en vez de tomar cartas en favor del pobrecito ciego, perseguido de todos, me ha declarado que si se atreve á presentarse á sus ojos, no ha de dejarle hueso sano.

— Vaya, consuélate, buena Paloma, repuso María; yo me encargo de interceder por él. Dale por libre.

— Pero señorita, ¿de qué servirá esto contra la furia del Zurdo, que ha ju-

rado su muerte porque le amo? ¿Cómo podrá evadirse de las pesquisas del asistente, á quien personalmente ofendió, y que aprovechará cualquiera ocasion de vengarse? ¡Harto desdichada soy! Os vais, y yo me quedo sin apoyo: ¡pobre Matías!

— Pues vente conmigo, respondió María, y tambien procuraremos que tu marido nos siga. Mi tio ha conseguido en Leon un puesto muy aventajado, y le protejerá dándole algo con que se mantenga.

— No, señorita, eso seria demasiado. Bástame llegar con vuestro amparo hasta Toledo, donde viven mis padres israelitas, que al fin me perdonaron mi conversion y mi matrimonio con un cristiano: desean ya conocer á Matías, que será bien recibido, y podrá ganar un pan con su profesion de músico.

— Enhorabuena, Paloma: te ofrezco llevaros en mi compañía, y empeño mi palabra: entre tanto...

Detúvose María de repente, pues acababa de oir debajo del balcon la seña de su hermano don Diego García, cuando

regresaba por la noche de sus orgias tabernarias. Esta seña consistia en tres golpes con la espada en la reja de una ventana del piso inferior, donde dormia un criado viejo. — ¿Qué significa esto? preguntó María no sin cierta inquietud. ¿Habrá vuelto ayer á Sevilla?

— Tal vez se apea en este momento, respondió Paloma: ya es de dia, y habrán abierto mas temprano las puertas de la ciudad para dar entrada á algun mensagero del ejército.

Acercóse María hasta el primer descanso de la escalera, y Paloma, mas curiosa que su ama, se atrevió á bajar muy quedito, y volvió al instante enteramente demudada. — Es vuestro propio hermano en persona; mas no viene solo, que le acompaña un caballero armado de punta en blanco y con la visera calada; ambos han entrado en el cuarto del comendador.

Maravilladas de tal suceso, permanecieron inmóviles en el mismo sitio, aplicando su oido al mas pequeño rumor,

deseosas de penetrar la causa del súbito regreso de don Diego y de conocer el misterioso personage que le acompañaba. Poco despues oyeron pasos en el portal: abrióse nuevamente la puerta de la calle, que volvió á cerrarse, y el comendador subió sin tardanza. Juzgando María por la turbacion de su tio que acaso tendria que revelarle algun importante secreto, despidió á Paloma; y entrando sola con el comendador en la galería, apresuróse á indagar la causa del sombrío pesar que le aquejaba.

— Hija mia, respondióle con el mayor abatimiento, nunca se cansará de perseguirnos la desgracia. Faltábame este solo golpe para acabar conmigo. Adivina quién es el estrangero que tu hermano acaba de traernos.

— Querido tio, me estremezco, dijo María casi sin respirar. ¿Quién es ese caballero?

— Discurre lo peor, María.

— ¿El conde de Trastamara?

— No por cierto.

—¿El gran maestre de Santiago?

— Acertaste: el rey ha jurado su muerte, está proscrito...

— Es fuerza salvarle.

— Es deuda...

— Es obligacion. Aunque don Fadrique no tuviese mas derecho á vuestra proteccion que el de un huésped acogido en vuestra casa, morir debiérais antes que venderle.

— Tienes razon, María: ademas, es el gefe de la orden, que me cuenta entre sus caballeros, y en sus manos pronuncié mi juramento... No titubeo por mas que contemplo destruidas todas mis esperanzas y amenazada la vida... No importa: hágase el sacrificio... Por tí lloro solamente, generosa María, pues don Martin Gil llegará á saber...

— Yo misma se lo diré... su bondadoso corazon...

— Pero tiene zelos de don Fadrique, y está enterado de las nocturnas visitas del príncipe, de los designios de tu hermano...

— ¡Ah, tio querido! estais despedazándome el alma. Es verdad, don Martin está zeloso: dudará de mi sinceridad, sospechando acaso que amo á un rival que él detesta... y esta sospecha me costaria la vida... Sacad de aqui al príncipe desdichado, yo os lo pido por Dios, pues no ha de faltarle en Sevilla otro refugio: salga de aqui, yo voy á suplicárselo de rodillas...

— Es imposible, hija mia: el infeliz llegó tan fatigado, que apenas pudo decir cuatro palabras. Diego, que le sostenia no sin trabajo, le sentó en mi cama, le desarmó por su mano, y le obligó á tenderse. Quedóse el príncipe profundamente dormido, y tu hermano, despues de convencerse de que todas las ventanas del aposento tenian rejas, cerró, llevándose la llave para afianzar el descanso y la seguridad de su amigo. El mal es irremediable, pues al marcharse para disponer la fuga me ha dicho Diego que no confiaba volver con caballos antes de salir el sol.

— ¡Todo se ha perdido! esclamó María con el acento de la desesperacion. Martin Gil va á venir y á descubrir al gran maestre.

— Aceptemos este trabajo como Dios nos le envia, dijo el comendador tras un largo suspiro; pero nunca venderé al desdichado...

— Mil muertes primero, tio querido, repuso María con el tono mas enérgico; antes perder el corazon de...

Y no pudo acabar, que un sollozo detuvo al paso el nombre de su amante, y se deshizo en un diluvio de lágrimas. Uno y otro permanecieron media hora sin fuerzas para recobrar el uso de la palabra; mas el comendador rompió el primero tan penoso silencio.

— Discurre mi sorpresa, cuando al quitarse el casco, he reconocido á don Fadrique, cuyo rostro denotaba el mas amargo dolor: tenia en su mano un papel que me dió, diciéndome: "Comendador, este es el postrer escrito de la mano de mi padre moribundo, que contiene

la cédula de gobernador de Leon estendida á vuestro nombre. No queria ser su portador, temiendo esponer vuestra familia á los propios peligros que amenazan hoy mi proscrita cabeza; Diego lo ha dispuesto asi, pero yo he obrado mal cediendo á las instancias de su amistad generosa."

— No, príncipe mio, he respondido estrechándole en mis brazos, no os echeis en cara el haber contado con la lealtad del comendador de Hinestrosa, ni el haberle juzgado no menos digno de asociarse á vuestra mala suerte que á vuestra próspera fortuna. Dime, María, ¿era justo proceder de otra manera?

— Hablásteis como buen caballero, dijo ésta tristemente. Quiera el cielo que mi hermano vuelva á tiempo de favorecer la fuga de don Fadrique antes que aparezca Martin Gil. Pero las horas vuelan y Diego no parece; cada momento que se pierde aumenta nuestro peligro...

El comendador y su sobrina volvie-

ron á sus reflexiones silenciosas, que fueron interrumpidas esta vez por los repetidos golpes que sonaban en la puerta esterior. El dia estaba ya muy adelantado.

María corrió al balcon, y viendo la calle llena de ballesteros volvió rápidamente adonde estaba su tio, diciéndole:— Es la escolta que nos ofreció Martin Gil, á quien no he podido descubrir; sin duda no habrá venido: partamos al momento...

Y no habia acabado, cuando Martin Gil entró precipitadamente en la galería.— ¿Dónde está don Fadrique? preguntó al comendador con duro acento. ¿En qué habitacion se halla encerrado? Llevadme allá...

— De ningun modo, esclamó María con voz entera: mi tio ha cumplido con su deber acogiendo en sus hogares á un amigo y bienhechor. Si vuestra obligacion os manda arrancar de su asilo á este infeliz, dueño sois de la fuerza, empleadla. Pero no nos hagais la afrenta de exigirnos una bastardía. Mi

tio no quiere entregar á su huésped...

— Siendo asi, repuso Martin Gil mirándole con desprecio, ¿por qué le ha vendido?

— ¡Yo! gritó fuera de sí el comendador.

— Vos mismo. ¿No me mandasteis buscar por Diego García...

— ¡Mi sobrino!

— Acaba de dejarme, despues de haberme rogado en vuestro nombre que viniese corriendo á prender al gran maestre de Santiago, á quien sorprendísteis y desarmasteis: estas son su espada y su daga: esta la llave del aposento que le guarda...

— ¡Baldon, infamia eterna en mi familia! clamó el comendador aterrado con este golpe. Diego fue quien le trajo, suplicándome que le concediese refugio en mi casa. ¡Maldito él sea! Díjome que se ausentaba para juntar amigos y caballos, á fin de favorecer la fuga de don Fadrique...

— Y en esto, interrumpió Martin

Gil, se han cumplido sus deseos: yo no vengo aqui con otro objeto que el de salvar al gran maestre.

— Martin, Martin, esclamó María entusiasmada de júbilo y tomando la mano de su amante, que estrechó contra el corazon, aqui han resonado tus palabras. ¡Con cuánta razon te adoro! ¡qué nobleza, qué bondad la tuya!

— ¡Generoso jóven! dijo el comendador profundamente enternecido, yo soy el único á quien salva tu grandeza de alma: don Fadrique no te debe mas que la vida, yo te debo el honor. Pero Diego es un infame.

— Sí, un infame, repitió Martin Gil fuera de sí. María, no le llames ya tu hermano, pues nunca ha de serlo mio. El odio, el desprecio que me inspira su monstruosa perfidia, igualan á mi amor hácia tí, y no puedo encarecerlos mas. Comendador, volved estas armas á vuestro huésped, y rogadle que me conceda un instante de audiencia, pero sin pronunciar el nombre de vuestro sobrino.

Salió Hinestrosa: los amantes, viéndose solos, se abrazaron con ardor.—María, dijo Martin Gil, ignore Diego García nuestros amores y desconozca nuestras intenciones hasta que se cumplan, pues las miradas de ese jóven tienen no sé qué de falso y siniestro que me ha helado el corazon, como funesto prasagio.

— Su vista produce en mí un temor involuntario, respondió María, y quisiera que no se presentase antes de nuestra partida.

— Tranquilízate, ya he mandado que le den dineros y un buen caballo, previniéndole en nombre del rey que salga al momento para el ejército, que ahora se halla replegado en Ronda, donde no hay temor de contagio. Tu hermano es portador de cierta carta para un capitan de los de mi padre, con quien puedo contar, y á quien ruego que dé puesto á Diego en su compañía y le detenga en el campo hasta nueva orden.

Volvió Hinestrosa, advirtiendo á Martin Gil que don Fadrique quedaba aguar-

dando su visita, sin saber la traicion de don Diego García: condújole hasta la puerta del aposento, donde le dejó entrar solo. Por exageradas noticias que tuviera don Martin de la figura y prendas del gran maestre, sorprendióle su belleza, que en efecto sobrepujaba á la idea que de ella pudiera producir la mas exacta descripcion, pues el simpático encanto de tan aventajado personal resultaba especialmente de la indefinible espresion de sus facciones. Ni la esplendente blancura de su tez, animada con los colores mas finos, ni los naturales bucles del obscuro cabello que elegantemente coronaban la enhiesta frente, descubrian rasgo alguno femenil en tan peregrina hermosura; por el contrario, los negros ojos en que ardia la noble fiereza del guerrero y el fuego de su valor y su imponente estatura anunciaban un vigor poco comun. Encaminóse á Martin Gil, y tendiéndole la mano le dijo: — Hinestrosa me ha comunicado vuestra resolucion magnánima de salvar una vida condenada por los fu-

rores de un desnaturalizado hermano...

— Don Fadrique, repuso Martin Gil interrumpiéndole, habeis prestado escesiva fé á las palabras que huyeron de su boca en el primer movimiento de cólera, y que don Lope habrá sabido envenenar al referirlas: todo el mal nació de la violencia de la reina; pero su brazo está ya desarmado. Don Pedro conoció su autoridad, y la rige por consejos de prudencia y moderacion. Sin embargo, conviene que permanezcais algun tiempo apartado de la corte: aqui tengo caballos y una escolta que estaba destinada á acompañar al comendador: servios de ella. Armaos y calad la visera del casco, mientras yo voy á poner á vuestra disposicion los ballesteros. Fácil os ha de ser el ganar hoy mismo alguna de las fortalezas de la orden de Santiago hácia las fronteras de Portugal, donde aguardareis tranquilo el término de estas turbulencias, que no han de durar mucho.

— Plegue al cielo, respondió muy conmovido don Fadrique, que el rey mi

hermano escuche la voz de unos consejeros tan prudentes como vos, á pesar de vuestra estremada juventud, don Martin Gil: mi corazon se ha enternecido con vuestros ofrecimientos, que acepto complacidísimo, y desde ahora os declaro que acabais de adquirir un amigo siempre dispuesto á sacrificaros la propia vida que debe á tanta generosidad. Variable es la fortuna, añadió suspirando, y quién sabe si algun dia tendré ocasion de pagaros con igual beneficio. Mi hermano don Pedro ha preparado grandes borrascas chocando de una vez contra muchos esfuerzos opuestos, y acaso estallará muy en breve sangrienta y fratricida guerra.

— Yo estaba poseido de contraria conviccion, repuso admirado Martin Gil. Si es verdad cuanto me han dicho, don Juan Fernandez Coronel ha entregado á mi padre la villa de Medina-Sidonia.

— No señor, repuso vivamente el gran maestre; mas diestra y pérfida ha sido la traicion de Fernandez, disfrazada con todas las fórmulas de la caballeresca

lealtad. Esta astucia, urdida de concierto con vuestro padre, ha logrado sembrar desorden é indecision entre grandes y caballeros, preparando la nuestra y su ruina. Antes de aparecer don Lope de Avendaño, estabamos advertidos de las siniestras disposiciones del rey por el sabio árabe Fez-Alhamar, que fue llamado á un consejo secreto en la cámara de la reina en el punto mismo de su llegada al alcázar...

— Yo lo ignoraba, interrumpió don Martin, y este hecho me revela suficientemente la falsa ciencia de semejante empírico. Ruégoos, don Fadrique, que continueis.

— Todos nuestros partidarios participaron de estos temores, añadió el maestre de Santiago, y de comun acuerdo aconsejamos á mi madre que se encerrase en la fortaleza de Medina-Sidonia, donde sin peligro podria negociar con la corte un tratado honroso para ella y para nosotros bajo la garantía de los mas altos potentados de Castilla. Vuestro padre el señor de Alburquerque nos ofreció

la suya; mas ya se habia entendido secretamente con Fernandez Coronel. Este, en el momento en que mi madre se presentó en Medina acompañada de un lucido séquito de corteses caballeros, salió á su encuentro con las apariencias del mayor respeto á presentarle las llaves de las puertas, suplicándole admitiese su dimision del gobierno de la villa: "Señora, la dijo postrándose á sus pies, soltadme el juramento de fé y homenage que como tal gobernador os he prestado, y que por las circunstancias en que vos y yo nos encontramos es incompatible con los deberes de un bueno y leal vasallo del rey nuestro señor don Pedro." "Compadre y amigo mio, esclamó mi madre conturbada por tan súbita declaracion, despues de lo que acabais de decirme, ¿quién querrá ya admitir el gobierno de mi villa si no la guardais vos? No puedo soltaros el juramento." "Señora, replicó Fernandez, no me levantaré de vuestras plantas hasta que me lo devolvais, pues es mi voluntad no gobernar por mas

tiempo en Medina-Sidonia. No hay fuerza que pueda obligarme á conservar este empleo que renuncio. Volvedme mi juramento." "Alzad, Fernandez Coronel; os le devuelvo, repuso mi madre deshecha en llanto. Podreis ser tenido aun por leal caballero; mas tan indigna accion pone en vuestra frente el sello de la vileza y de la perfidia." Ni mis hermanos ni yo nos hallamos presentes á esta escena, continuó don Fadrique, y cuando algunas horas despues llegamos á Medina-Sidonia con el cuerpo del rey nuestro padre, supimos que el discurso de Coronel habia producido tan mal efecto que ni uno solo de tantos caballeros quiso aceptar el gobierno: asombrada mi madre del general abandono, se dejó vencer por Alburquerque, y rindió su villa al rey en homenage. Vuestro padre la decia: "A este precio, desvanecida la desconfianza de don Pedro, os concederá su gracia, gozareis libremente la posesion de todas las demas villas, castillos, señoríos y lugares, y fijareis vuestra morada en el punto que

mas os plazca." Con tales seguridades, aunque apesar de mis reflexiones y las de mi hermano el conde de Trastamara, mi madre, consintiendo entregar la ciudadela á los tercios reales, se obligó á venir á Sevilla acompañada de vuestro padre á ponerse á la merced del rey. Entonces fue cuando apareció don Lope de Avendaño...

— Don Lope iba furiosamente irritado de una injuria personal, dijo Martin Gil. Creed mas bien en las palabras de mi padre, señor don Fadrique.

— Persuadido estoy de la sinceridad de Alburquerque, repuso el gran maestre; pero no puedo menos de prestar entera fé al relato de don Lope, que solo vino á corroborar los últimos acentos de mi desdichado padre con respecto al carácter de la reina y á las torcidas inclinaciones del infante don Pedro, dando tambien mas fuerza á las siniestras predicciones del sabio Fez-Alhamar. Ni podeis negarme que don Pedro declaró en consejo pleno el designio de darnos muerte, y sin duda le considerais capaz de lle-

var á término su bárbara amenaza cuando me estais aconsejando la fuga, aunque no dejo de conocer que las ardientes pasiones de la reina conducen á tal estremo la voluntad de su hijo. La única esperanza estriba ahora en el ascendiente que el señor de Alburquerque tomará, como es natural, sobre una y otro. Él quiere gobernar, y le hace muy al caso la paz interior del reino, que me lisonjeo mantendrá con el mayor esfuerzo. En caso contrario, no hay mal, no hay desastre que no deba temerse, pues semejante guerra ha de ser de esterminacion, y lo digo asi, porque aun entre los nuestros he sido testigo de furores violentísimos que me han hecho estremecer. Yo que á la cabeza de cada uno de estos partidos exasperados veo un hermano, y que en mi corazon descubro deseos de amar á don Pedro de Castilla tanto como á Enrique de Trastamara, no puedo resolverme á hacer armas ni contra el uno ni contra el otro, siendo mi designio salir de España para ofrecer mi espada y brazo al rey de Francia.

Estas últimas palabras produjeron cierta sonrisa en los labios de don Martin Gil, recordando su conversacion de la víspera con el comendador. La pasion de don Fadrique por la princesa Blanca de Borbon tenia á la verdad mas parte en la resolucion de retirarse á Francia que el horror á esta guerra fratricida, pues bien lejos de verse compelido á tomar partido en ella, podia constituirse el árbitro y útil mediador en la discordia, no solo por el estenso poder de su encumbrada dignidad, sino tambien por el título de su íntimo parentesco con ambos príncipes. Don Martin Gil, en estremo complacido de ver al gran maestre de Santiago tan ageno de animosidad contra el rey como de amor á María de Padilla, entregóse abiertamente á la dulce simpatía que el gallardo mancebo le inspiraba: recíproco era el afecto, de que nacieron en seguida confianzas y tiernas declaraciones, en términos que el lazo que estrechó á entrambos jóvenes desde esta entrevista, al cabo de una hora tenia el carácter de una sólida amistad.

Antes de separarse convinieron entre sí que, difiriendo el gran maestre su viaje á la corte de Francia, iria á ocupar una de las fortalezas de su orden en Galicia, desde donde emplearia todos sus esfuerzos en calmar la irritacion del conde de Trastamara y sus parciales. Don Martin Gil se obligó por otro lado á reconciliar al rey con don Fadrique, y á disponer su benevolencia para con los otros hermanos, prometiendo ademas que entre tanto atenderia como un hijo á la seguridad de doña Leonor de Guzman. Abrazáronse cordialmente los dos amigos: vistióse don Fadrique su armadura, calando la visera del casco, y despues de despedirse del comendador, montó uno de los caballos que aguardaban á la puerta, y partió con un solo escudero, provisto de un salvo-conducto del adelantado mayor en nombre del rey don Pedro.

En la misma mañana tuvo lugar otra separacion mas dolorosa con mas tierna despedida: sin embargo, la estremada pesadumbre de don Martin Gil se fue dul-

cificando por la inquietud de sus zelos, que le aconsejaban apartar cuanto antes de Sevilla á su querida María, y substraerla de la vista del rey. Mientras estos amantes renovaban sus protestas y dulces juramentos de amor sin fin, apresuraba el comendador los preparativos del viaje, para el cual acababa de alquilar una porcion de bestias de carga: lleno de gozo é impaciencia anhelaba tomar las riendas de su gobierno de Leon, cuyo despacho le entregó el gran maestre de Santiago. Dispuesto todo para la partida una hora despues de la salida del sol, pusiéronse en camino, acompañados de una gruesa escolta de caballeros. María, fiel á su promesa, obtuvo la libertad del pobre ciego, que aguardaba en un arrabal á los viajeros, con quienes se reunió montando una de las mulas cargadas de equipage, sin abandonar el lado de su Paloma, ya enteramente satisfecha.



CAPITULO II.

Los temores que se suscitáran á las primeras nuevas de la peste, quedaron completamente desvanecidos al saberse la repentina desaparicion del contagio en el mismo punto de abandonar el ejército las insalubres posiciones que guardaba á vista de los muros de Gibraltar: descuidáronse, pues, las precauciones sanitarias en el camino de Medina-Sidonia, y llegaban á Sevilla numerosos convoyes de viajeros y traficantes, que desde el amanecer encontraban abiertas y francas las puertas de la ciudad.

Al regresar Benavides á su habitacion halló muchos despachos y cartas, en cuya atenta lectura se ocupaba, cuando levantó los ojos y vió que entraba en el aposento el médico romano. — Por vida mia, maese Paolo, que no os aguardaba tan presto, le dijo con cierta sorpresa.

— Señor, respondió el médico, no

era menester mas tiempo para dejar cumplidas vuestras órdenes, pues en el instante que llegué al alcázar salia á caballo el rey acompañado del adelantado mayor.

— ¿Y qué tenemos, maese Paolo?

— ¿Qué tenemos? que el testimonio de mis ojos ha confirmado plenamente el del sabio Fez-Alhamar. El rey en persona fue quien honró la otra noche mi humilde posada en compañía del señor don Martin, con sola la diferencia de que iban ataviados con las vestimentas cuya exacta descripcion os hice esta mañana.

— Bueno: me basta, repuso el asistente: podeis ya retiraros, maese Paolo, guardandoos de tomar jamas en boca esta aventura, so pena de incurrir en mi desgracia.

Apenas se habia ausentado el médico, cuando cierto rumor desacostumbrado atrajo á Benavides á la puerta de su casa. Miró hácia el estremo de la calle, y reparó que el rey venia caminando lentamente, montado en un brioso corcel, seguido de corto número de guardias, y aclamado por

la multitud, cuya afluencia le estorbaba el paso: tan imprevista circuntancia le inspiró repentinamente cierto proyecto, para cuya ejecucion volvió á entrar en su morada, no sin alguna premura.

Pálido, cabizbajo, consumido por las fatigas de una noche enteramente consagrada á los escesos de la disolucion, caminaba el timorato adolescente hácia un convento vecino, donde se veneraban célebres reliquias. Su descompuesto rostro patentizaba una dolencia, cuyo asiento descubria sin querer llevando muy á menudo la derecha mano á la frente, y que habia creido se disiparia con el aire, pero el ruido y el movimiento hicieron aun mas intensa su insoportable desazon.

Al llegar delante de la vivienda de Benavides vió el rey con estrema admiracion que el asistente se acercaba agitando su varilla blanca y clamando con recia voz: — ¡Favor al rey!

— ¿Qué es esto? preguntó don Pedro deteniendo su caballo.

— Señor, respondió el asistente, ya

he descubierto el asesino de Gonzalo-Gomez.

— ¡Pero qué! ¿no le has prendido todavia? dijo el rey con cierta risita mofadora.

— Necesito quien me ayude, porque es hombre temible y poderoso.

— ¡Hola! ¿se ha resistido acaso?

— No digo tal; si V. A. se digna entrar por un instante en mi humilde morada, no dejará de aparecer en ella el asesino.

— ¡Cómo pues! esclamó turbado el rey. Y recobrando incontinenti el tonillo satírico que le era peculiar, añadió: — Maravíllome, Benavides, de oir tan fácil esta mañana lo que imposible te parecia ayer, y quiero poner á prueba tu habilidad: acuérdate, sin embargo, de que arriesgas la cabeza en este juego. Juro que si faltas á tu palabra cumpliré yo la mia fielmente. Vamos á ver á ese hombre.

Su mano débil estaba ya cansada de contener el ímpetu de su impaciente corcel, cuyos brincos le desencajaban el cuer-

po, y aprovechando la ocasion que se le ofrecia de libertarse de tan molesta tortura, echó pie á tierra, dando orden á don Martin de que despidiera los caballos. En seguida hizo al Zurdo una seña para que entrase en casa del asistente con las guardias que á su paso se formaron hasta lo interior del salon. En el momento de llegar el rey seguido del adelantado mayor, hincó Benavides la rodilla, diciéndole: — Permitid ante todo, señor, que vuestro humilde súbdito os muestre su gratitud por la honra...

— ¡Acabemos! dijo el rey interrumpiéndole: ¿dónde está ese hombre?

— Aqui está ya, señor.

— ¡Ya está aqui! repuso don Pedro con un ademan de sorpresa. Segun tus palabras... creí que aun no habia venido.

El asistente permanecia inmóvil de rodillas con los ojos bajos. — ¿Por qué no se muestra? preguntó don Martin encendido el rostro. ¿Os ha confesado ser el autor del asesinato?

— No señor.

— ¿En qué pruebas fundais entonces la acusacion? ¿Por qué testigos dignos de crédito?...

— Testigos no faltan, señor don Martin, respondió el asistente levantándose: dos habia. El primero, una vieja que lo vió todo desde su ventana con el candil en la mano...

— Ese es un cuento mal forjado, esclamo el rey, cuya palidez iba tocando en lívida.

— El segundo testigo, prosiguió Benavides sin inmutarse, se halla ahora mismo junto al matador de Gonzalo-Gomez.

Los dos jóvenes se echaron simultáneamente una mirada significativa: los ojos de don Martin espresaban el esceso de la admiracion; los del rey descubrian su cólera y desconfianza. — ¿Y qué te ha dicho ese testigo? preguntó al asistente.

— Nada absolutamente, señor. Hace un momento se hallaba tan ageno de sospechar que nunca pudiese reclamar su testimonio, que él mismo me provocaba á producir uno digno de crédito.

— ¡Zurdo! dijo el rey en alta voz, sal afuera con tus soldados, y estad prevenidos para entrar á la primera señal.

Las guardias ejecutaron la orden: salió el postrero el Zurdo, y cerró la puerta del salon.

— Ahora, añadió el rey abandonándose á su furor, habla, Benavides, sin empacho, pero recuerda otra vez mis palabras: te previne que prendieses y castigases al que mató al criado de mi madre, so pena de morir en la horca. ¿Lo tienes presente?

— Sí señor; y tambien me mandasteis que os le presentase con las manos atadas...

— Veamos si cumples.

— Con el dogal al cuello, añadió Benavides con ademan sombrío.

— Sí: asi te lo impuse: obedece si te atreves, y muere despues por haberte atrevido; ó tambien morirás si no obedeces. Nombra solo al que tu pensamiento tiene la audacia de acusar, y habrás pronunciado la sentencia de tu suplicio.

— A vos toca el nombrarle, respondió Benavides abriendo la puerta de su gabinete. ¡Reconoced al asesino! añadió señalando con el dedo la estátua de don Pedro cubierta de los propios vestidos que llevaba en aquella funesta noche, adornada la cabeza con el propio sombrerillo, de singular plumage, atadas las manos, suspendida ignominiosamente de su cuello una larga cuerda y un cartelon en el pecho, donde se leía su nombre en crecidos caractéres. — Este es, prosiguió Benavides con voz robusta: cuando la humana justicia no puede alcanzar al criminal, la pública indignacion atrae sobre su cabeza la venganza divina, y entrega su deshonrada efigie á la ignominia del cadalso. Disponed ahora de mi vida, pronto estoy á comparecer ante un juez mas recto que vos; pero acordaos tambien de mis palabras: presto me seguireis á un terrible tribunal.

— ¡Presto! repitió el rey helado de estupor y mirando fijamente su imágen con ojos desencajados, y tan sobrecogido

como á la aparicion de un espectro. ¡Presto!...

— Dentro de pocos dias... acaso mañana... Leed esa carta que acabo de recibir, prosiguió el asistente desarrollando un pergamino. Leed... la corona vacila ya en vuestra cabeza, rey don Pedro, y acaso la cabeza está mal segura en los hombros... Leed.

— Lee tú, Mantin, dijo el rey apartando el pergamino con mano trémula.

Dobláronse sus rodillas y no pudo menos de sentarse, pues la conmocion de un golpe tan violento era demasiado fuerte para su actual languidez, fruto de los escesos de la noche. La espresion de sus contraidas facciones, al paso que revelaba las angustias de una dolencia física, no dejaba de descubrir tambien aquella rabia propia de un niño colérico y pusilánime, que quiere y no se atreve á desgarrar la mano que le castiga.

— De mi padre es la letra, dijo don Martin tomando ansiosamente el pergamino, y la carta está escrita en Palacios.

— A cuatro leguas de aqui, observó Benavides, y acaso no ha dos horas que la escribió el señor de Alburquerque.

Don Martin leyó en alta voz: " La suerte del rey se halla en vuestras manos, antiguo y leal amigo mio: todas las cercanías de Sevilla estan sublevadas contra su trono. Si esa importante poblacion se revela, no hay remedio, la duracion del reinado de don Pedro habrá sido de un dia solo; pero cuento con vuestra fidelidad para mantener sumisos esos habitantes. Poseeis el arte de manejar los espíritus, y es tan respetada vuestra autoridad como querida vuestra persona; reunid sin tardanza los poderosos, los de mayor influjo por sus riquezas y rango, que todos son parientes y amigos vuestros... Mas antes de indicaros lo que conviene decirles, fuerza es que conozcais toda la magnitud del mal, para medir con su gravedad los esfuerzos que el remedio exija.

» En mi postrera os manifesté los desastrosos efectos que produjo la repen-

tina llegada de don Lope á Medina-Sidonia; tambien sabeis la instantánea desaparicion del conde de Trastamara y de sus hermanos don Tello y don Fadrique, que al pronto no pudieron arrastrar consigo mas que al gran maestre de Alcántara, logrando yo contener á los demas señores, y decidiéndoles á seguirme con doña Leonor de Guzman y el féretro del rey difunto. Por desgracia llegó en el discurso de esta noche una multitud de caballeros, que salieron de Sevilla por la tarde, á referir las escenas del alcázar entre la reina y su hijo. Esta relacion dispertó de nuevo los temores que con tanto trabajo habia yo logrado adormecer, y poco despues se recibió la noticia de que el conde y el gran maestre de Alcántara, á quienes se creyera retirados en Algeciras, ocupaban, uno la ciudadela de Utrera y el otro la de Moron, donde iban reuniendo considerables fuerzas. En el mismo instante se supo tambien que don Tello se ha dirigido á la fortaleza de Coria, que domina el Guadal-

quivir, mientras don Lope de Avendaño permanece acampado al frente de una hueste respetable; y finalmente, que luego de recibir los mensageros de los bastardos, todos los barones y señores de un estenso territorio, lo mismo que los gobernadores de los castillos, se han declarado en su favor. Sabíase ya que el gran maestre de Santiago habia ido á apoderarse, por la propia causa, de las numerosas villas que á su órden pertenecen.

»La rebelion ha cundido velozmente entre los príncipes, ricos-hombres, señores y caballeros que formaban el fúnebre cortejo del rey difunto, los cuales se han ido reuniendo tumultuariamente con los grandes maestres de Calatrava y Montesa en la iglesia de san Pablo, y alli, con el vano pretesto de la demencia del rey don Pedro, se ha tratado de deferir la corona á don Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya, alegando los derechos de su abuelo don Alfonso de la Cerda..."

— ¡Muera el traidor! esclamó don

Martin interrumpiendo la lectura. Maldiga Dios al perjuro...

— Nada ha jurado todavia, repuso friamente Benavides.

— Prestó juramento de fidelidad al rey don Alfonso...

— Pero no al rey don Pedro. El gefe de la familia de la Cerda, heredero de los derechos del tronco primogénito de la antigua dinastía de los monarcas de Castilla, debe renovar la renuncia de sus mayores al advenimiento al trono de un rey de la segunda rama de esta ilustre raza; y puede negarse tambien aceptando las consecuencias de su negativa.

— ¿Qué consecuencias son esas? preguntó don Martin.

— La guerra, repuso Benavides, el destierro, la confiscacion de sus haberes, y hasta el cadalso, si el rey de Castilla logra vencer á tan osado rebelde. Un monarca justo y bondadoso hallará siempre recursos para lograrlo en la devocion de la nobleza castellana y órdenes de caballería, en el concurso de las cortes y la

magistratura, en el amor y fidelidad de todos sus vasallos; pero un rey malo no encuentra apoyo en ninguna parte. Continuad la lectura, don Martin.

El rey escuchaba este diálogo mirando alternativamente á los interlocutores con ansiedad siempre mayor, con el pecho oprimido y bañada la frente de sudor frio.

— "Otro partido no menos imponente, continuó leyendo don Martin, se ha pronunciado por el primer infante de Aragon, que el rey muerto designó por sucesor á la corona, en el caso que don Pedro falleciese sin herederos."

— ¿Con que resuelven mi muerte? dijo el rey entre dientes y agitado de un convulsivo temblor.

— Veamos hasta dónde llega todo esto, dijo no menos conmovido don Martin. "La asamblea de san Pablo se ha disuelto sin haber decidido cosa alguna, y cada individuo de ella se ha ido por su lado con las compañías que capitaneaba: los mas van á reunirse con los bastardos,

y los otros á encerrarse en sus castillos. Todo indica el rompimiento: solo me restan los caballeros, mis vasallos y mis compañías: debo temer igualmente que no se dé algun golpe de mano para arrebatarme en el camino á doña Leonor de Guzman.

» En tal conflicto, ¿qué puedo esperar para su propia defensa de mi inesperto soberano, si atiendo á lo que ha hecho y dicho en presencia de la nobleza sevillana, que le abandona ya? ¿Qué ausilio podrá prestarle su madre, á quien niega la debida consideracion? ¿Qué esperanza fundaré en mi hijo Martin, otro jóven aturdido..."

— Acabad, dijo Benavides al mancebo, cuya voz, alterada por la indignacion, solo dejaba percibir confusos sonidos. Acercóse á él el asistente y leyó muy alto: — "Otro jóven aturdido, que quiso aceptar el despojo de un valiente y noble caballero injustamente ultrajado?" Proseguid ahora, don Martin.

El heredero de Alburquerque conti-

nuó de esta manera: "A vos, pues, recurro, buen amigo Benavides, que no habeis de desmentir en tan decisiva crisis la generosa lealtad de vuestro carácter, y que, desoyendo el aguijon de una injuria tan cruel como poco merecida, os apresurareis á reunir vuestros muchos y poderosos amigos; decidles que el rey don Pedro quiere llevar á cabo el firme designio de observar religiosamente las leyes del reino, de mantener los fueros de todos sus vasallos, en especial de los de Sevilla, confiados á vuestra guarda. Aseguradles que es su real ánimo gobernar por la justicia, único manantial de la verdadera fuerza de los soberanos, y los habitantes de Sevilla prestarán fé á vuestras palabras. Entonces les confiareis los peligros que cercan á ese monarca jóven, pero digno de tanto amor; escitareis su celo, exaltareis en sus almas los sentimientos de fidelidad. Ármense á vuestra voz para defenderle, ciérrense las puertas de la ciudad á los mensageros de los príncipes, de los señores, y de las poblacio-

nes desleales. Apresuraos sobre todo á formar compañías de los hombres de armas mas valientes, para que viniendo á reunirse con las mias, protejan mi llegada á Sevilla con doña Leonor, pues hoy la considero como un precioso rehen para el monarca.

» Despues, Benavides, proveeremos juntos, como súbditos fieles y leales, á los medios de conjurar la nube de peligros que amenaza no solo la corona, sino tambien la cabeza de nuestro querido rey y señor."

Estas últimas palabras llevaron al estremo el terror de don Pedro, que sobrecogido de un estremecimiento mortal, lanzó un doloroso gemido y cayó sin conocimiento: á pesar de los activos socorros de Benavides y de don Martin, no logró recobrar sino imperfectamente el uso de sus sentidos, y fue necesario volverle al alcázar en los brazos de sus guardias. Esta crisis señaló la invasion de una larga y penosa enfermedad, que poniendo en peligro la vida del rey, apenas sentado en el trono, favoreció el desarrollo de

tantas ambiciones rivales, y fue orígen de las desgracias que se acumularon en este desastroso reinado.

La misma causa influyó considerablemente en el destino de don Martin. Apenas llegó á Sevilla el señor de Alburquerque, cuando, favorecido por las prudentes disposiciones de Benavides y el ausilio de los habitantes, pudo colocarse al frente de los negocios y gobernar en nombre del rey: mientras aguardaba que su profunda habilidad sacase partido de las disensiones que acababan de manifestarse entre sus adversarios, fue su primer cuidado el de quitar á su hijo y volver á don Lope de Avendaño el empleo de adelantado mayor, no perdiendo un solo instante en conferir las grandes dignidades de la casa real y elevados puestos del gobierno á los señores mas poderosos del reino, que de este modo consideraba y no sin razon apartar de las filas desleales.

Despeñado don Martin de la cumbre de la grandeza donde se mirara elevado un dia solo, perdido el favor de la reina,

á consecuencia del poco miramiento que con ella habia tenido, agoviado por la colérica severidad de un padre que lleno de ambicion y zeloso de su pasagero favor le desterraba de Sevilla, recibió la tremenda orden de salir inmediatamente para el castillo de Sahagun. Un galeote encadenado por largos años al duro banco no siente al ver rotos sus grillos una alegría igual á la que esperimentó el heredero de Alburquerque, cuando el buen Ruy-Diaz, cubierta la frente de una nube y arrasados de lágrimas los ojos, le intimaba el decreto de la paterna voluntad. Presentarse á la bella María, recibir sus amorosos abrazos era para él una felicidad muy superior á la que proporcionarle pudieran los honores y el poder de un favorito, y acaso la corona misma. Lleno, pues, del dulce pensamiento de su amada, cuyo querido nombre no se cansaba de repetir, púsose aquella tarde en camino para el reino de Leon, con el pecho palpitante de esperanzas y amor, y olvidado de todo el universo.

CAPITULO III.

Para que el lector no carezca de las noticias necesarias á la mejor inteligencia de esta historia, consagraremos este breve capítulo al resúmen de las ocurrencias políticas que tuvieron lugar en los reinos de España durante los dos años en que separado don Martin de la corte, no pudo ser testigo de los ruidosos acontecimientos que se sucedieron para preparar el renombre de cruel, con que su posteridad reconoce á don Pedro de Castilla.

Apenas cundió la voz de su enfermedad, cuando todos los grandes señores comenzaron á disputarse su herencia como si efectivamente hubiese muerto. Querian unos que se eligiese por rey al señor de Vizcaya, y Garcilaso se presentó al frente de estos. Otros solicitaban al primogénito de los infantes de Aragon, y sostenia su partido Fernandez Coronel. Am-

bos pretendientes se ofrecian á casar con la reina madre, y esta no desdeñaba á ninguno de los dos. El conde de Trastamara y sus hermanos exigian la libertad de doña Leonor de Guzman, amenazando al reino con la eleccion de otro monarca. Por último, nadie sabia lo que iba á suceder, cuando no sin universal admiracion, y casi milagrosamente, levantóse don Pedro de su lecho cierta mañana completamente restablecido. Entonces fue cuando todos los pretendientes trataron de huir de Sevilla, y aunque algunos lo consiguieron, otros de menos fortuna cayeron en poder de los soldados del rey, y pagaron sus pretensiones desleales con cruelísima muerte. El señor de Vizcaya, Garcilaso, Fernandez Coronel y otros muchos mas ó menos comprometidos en aquellas turbulencias, fueron las víctimas del resentimiento de la reina y de Alburquerque, mas bien que de la sanguinaria índole del rey, que sojuzgado enteramente por los dos, abandonó á sus manos las riendas del gobierno. La penosa enferme-

dad que le aquejara habíale dejado tan débil, que su corazon no sentia esfuerzo para nada: el temor le contenia tambien, pues le faltaba la necesaria habilidad para arrollar de una vez á tantos enemigos armados, que por todas partes le amenazaban, especialmente el señor de Vizcaya, que con Garcilaso habia sublevado la provincia de Burgos. Fernandez Coronel estaba al frente de la rebelion de Andalucía, y habia hecho un convenio con el rey de Granada. El principal sobresalto de don Pedro era que le abandonasen á una su madre y Alburquerque antes del completo restablecimiento de la general tranquilidad, y por esto en nada les contradecia, y hasta les dejó derramar la sangre de los primeros revoltosos que hubieron de sucumbir. En tanto distraía el ocio de su monotona vida, yendo á cazar alcaravanes y garzas reales con sus alcones á las orillas del Guadalquivir, entreteniéndose en Sevilla con los amores de Aldonza Coronel, que á pesar de la muerte de su padre permanecia en la corte,

envanecida con el juvenil rendimiento de tan poderoso monarca.

Este quiso tambien cautivar el corazon ó el orgullo de doña Juana de Castro; pero como los hermanos de esta vieron tan distante su matrimonio con don Pedro como el de doña Inés con el infante de Portugal, lejos de consentir que el lustre de su familia se empañase con un amor sin mas consecuencia que la infamia, resolvieron apartar de la corte á doña Juana, volviéndola á sus posesiones de Galicia. Viendo la sutil Aldonza perdidamente enamorado de sus gracias al inconstante don Pedro, imaginó que este cariño podria servirle para conseguir los bienes de su padre, confiscados en provecho de la corona; pero el príncipe de la Cerda, marido de la hermana mayor de la favorita, los reclamaba tambien; y el señor de Alburquerque, con el objeto de terminar esta discordia y comprometida adjudicacion, quiso aprovechar el favor de que gozaba para entrar en posesion de tan rica herencia. De ahí nació una

guerra á muerte entre la favorita y el privado, y no conociendo este otro medio de deshacerse de su rival, hizo presente la necesidad de casar al rey. Juntáronse las cortes en Valladolid, donde los principales señores del reino, por él ganados, decidieron que el enlace mas conveniente á los intereses del Estado era el que proponia el señor de Alburquerque entre el rey don Pedro y una princesa de Francia. En consecuencia se enviaron embajadores á París, corte del rey Juan, para pedirle la mano de una de sus parientas. Esta resolucion, y el universal contento que inspiraba, eran indicios de la próxima aparicion de la paz; entregábanse todos á tan alhagüeña esperanza, cuando llegó á la corte la noticia del asesinato de doña Leonor de Guzman en Talavera: el castillo donde vivia era propiedad de la reina madre; pero el asesino fue el capitan de los ballesteros reales, el Zurdo, de quien hemos tenido ocasion de hablar. Dudábase si acusar á la reina ó á su hijo de tan pérfido atentado,

aunque todos convenian en que semejante crímen abriria la puerta á mayores desastres para el reino. El conde de Trastamara, ya reconciliado con el rey, emprendió nuevamente la guerra en Asturias, y su hermano don Tello en las fronteras de Aragon; muchos caballeros antiguos parciales suyos no titubearon un momento en poner sus tropas en campaña para servir á los bastardos.

El único de estos que continuaba en alianza con el rey era don Fadrique, gran maestre de Santiago, que por su elevado título pudo impedir en Galicia la esplosion, mereciéndole esta conducta el honorífico encargo de ir al encuentro de doña Blanca de Borbon, que venia de París para dar su mano al monarca de Castilla. No pudo verificarse la reunion de los prometidos hasta mucho tiempo despues, y tanto las causas de este considerable retardo, como la situacion de los principales personages de la historia, irá viendo el que leyere los capítulos siguientes.

CAPITULO IV.

Hallábase doña María de Padilla en la solitaria habitacion del castillo de Sahagun, que la destinara su madrina doña Isabél de Alburquerque, esposa del favorito, y oyendo algun rumor en la puerta, abandonó el pincel con que adornaba de flores un magnífico misal, trabajo que en aquella época solia ocupar á las personas de gerarquía, para despues hacer con él un estimado regalo á alguna catedral ó monasterio de gran fama. Abrióse con efecto la puerta de la estancia, y en trage de peregrina apareció Paloma, la muger del ciego Matías, que á causa de la partida de su ama desde Sevilla, donde la servia como doncella, se habia refugiado á casa de sus padres judíos que habitaban en Toledo. Sorprendióse al descubrir la palidez de las mejillas de su amada señorita, y no pudo menos de escla-

mar, omitiendo el saludo acostumbrado:

— ¡Jesus! señorita, ¡qué mudada os encuentro! ¿estais enferma?

— Creo que es poco mi mal: ¿y de tí qué ha sido en los dos años que transcurrieron sin vernos?

— No puedo quejarme, gracias á Dios y á mis padres, que son unos israelitas toledanos. Habíanme despedido y abandonado cuando abjuré su ley, lo que me obligó á refugiarme en Sevilla, donde me puse á servir. Subió su cólera de punto al saber mi matrimonio; pero el Señor quiso tocarles el corazon: escribieron que volviese á su casa, y fui, como ya sabeis, con mi marido, á quien han cobrado mucha aficion.

— Pero tu trage y tu venida á Sahagun es lo que me admira.

— Han dicho al pobre Matías que su ceguera tiene cura, y para lograrla hemos emprendido la peregrinacion á Santiago, adonde vamos á visitar el sepulcro del santo apóstol; por esto nos hallamos aqui de paso.

— Abre un poco esa ventana, dijo María un tanto distraida, que me sofoco.

— ¿Y cómo no habeis de sofocaros, respondió Paloma despues de obedecido el mandato de su ama, si estais envuelta en ese enorme ropon? ¿Quereis que os le quite?

— No, no por cierto, acudió María sobresaltada: es poco lo que me incomoda: ya te he dicho que me siento bien.

— Perdonad mi indiscrecion; pero advierto que esos ojos, tan vivos en otro tiempo, estan ahora abatidos; que esas mejillas...

— Quisiera morir, Paloma.

— ¡Qué decís, señorita de mi alma! ¡morir á diez y ocho años! ¿Os olvidó por ventura don Martin?

— Si asi fuera, repuso María con el rostro encendido, ya estaria en el sepulcro. Nunca me ha amado con mayor ternura.

— ¡Ah! ya lo entiendo: el daño vendrá tal vez de vuestros parientes. Vaya, no hay que tomarlo tan á pechos, que

la naturaleza suele hablar de cuando en cuando... á mas de que me han dicho que doña Isabél de Alburquerque es una señora piadosísima, y que os ama como á hija.

— Es cierto; pero doña Urraca de Osorio, hermana del señor de Alburquerque...

— ¿Aquella de quien me hablabais en Sevilla?

— La misma, viuda ahora del señor de Montluzon, caballero francés. Esa doña Urraca es la que manejó en la corte de Francia el matrimonio de la princesa Blanca de Borbon con don Pedro de Castilla, y su hermano, que hoy manda mas que el rey, la ha nombrado camarera mayor de la reina. Aqui vino, muy envanecida con su encumbrada dignidad, á tiranizar á los habitadores del castillo como dueña absoluta, siendo el objeto de su viaje disponer las bodas de su hija doña Margarita de Lara con mi amante don Martin: mira tú cuál ha de ser mi dolor.

— Pero por Dios, no lloreis de esa

manera, pues si bien os quiere no ha de casarse con su prima. ¿Declaró ya á sus padres el amor?...

— No se atreve, repuso María, por ser el señor de Alburquerque un hombre tan temible. Aguárdanle hace dias en el castillo para concertar con él todos los negocios pertenecientes al matrimonio de su hijo: hecho esto, volverá doña Urraca á reunirse con la reina para acompañarla á Castilla, y Alburquerque regresará á Toledo, donde ahora se halla el rey. Estremézcome á la sola idea de tan enemiga reunion, pues ambos son á cual mas duro é imperioso.

— ¿Y qué será de vos, señorita de mi vida?

— La única esperanza que nos queda es que doña Margarita, que tambien viene en la comitiva de doña Blanca, se rinda á las razones que su primo don Martin la escribió y á las que secretamente le haya dicho su buen amigo el gran maestre de Santiago: en fuerza de ellas creemos que se negará á semejante matrimonio.

— ¿Y quién sabe si tendrá tambien algun galan?

— Por desgracia ninguno tiene, pues el gran maestre ha escrito á don Martin que su prima es una especie de idiota, sin talento ni hermosura, y que á pesar de su mucha nobleza, de sus bienes y del favor de la reina, ningun caballero de la corte la mira con interés: de esto nace su aversion al mundo, y no costará gran trabajo disponerla á volver á su convento antes que contraer un matrimonio tan contrario á su felicidad como á la de su primo. Sin embargo, teme hacer á su madre semejante declaracion, porque el violento carácter de ésta no le inspira menos terror que á nosotros mismos. Esta es mi situacion: ¿te admiras ahora de verme tan abatida? Te lo confieso, Paloma, me siento muy desazonada.

— ¿Y en qué sitio está vuestra dolencia? preguntó con inquietud la peregrina.

— No puedo decirlo: es un mal indefinible, una languidez... agita un po-

co ese abanico: asi... ya voy conociendo alivio.

— Todo eso procede de las pesadumbres, señorita; pero buen ánimo, que no todo ha de ser llorar, y al cabo os habeis de ver tan dichosa como yo lo soy ahora. Nada hay en el mundo que se iguale con una acertada eleccion. Matías y yo tenemos poco dinero, y por consiguiente gozamos placeres muy contados, quiero decir, esos placeres que tanto divierten á los demas; pero todo lo recompensan las confianzas mútuas, el amor correspondido, y luego, añadió bajando la voz, Dios ha escuchado nuestras súplicas, pues hace cuatro meses que me hallo en cinta.

— ¡En cinta! esclamó María turbada y sumamente encendida.

— Sí, señorita, repuso Paloma levantándose, y mirad, apenas se me conoce. Esto, segun dicen, sucede siempre al primer embarazo.

— Acaso no lo estés; es fácil equivocarse...

— Bien sabido lo tengo: ¡oh! ya he

sentido muchas veces los movimientos de mi niño.

— ¡ Los movimientos!

— Ayer mismo, sin ir mas lejos.

— ¿Con que esa señal te convence?

— Es la mas segura. Qué dicha la mia, señorita...

— Basta, Paloma, dijo María, cuya palidez iba en aumento.

— Qué placer el de abrazar al hijo de mis entrañas, descubrir en sus facciones las del esposo á quien adoro...

— Sí... es verdad... añadió la desdichada María fingiendo una sonrisa de complacencia. Pero es fuerza separarnos. Vete, Paloma; necesito descansar.

Porfiaba la compasiva camarera en quedarse otro rato acompañando á su señorita, traspasada por la amarga situacion en que la veía, cuando tres golpecitos muy sutiles que sonaron en una disimulada puerta del aposento hicieron estremecer á María. Levantóse de su silla, y cortando los cumplimientos de Paloma, la encargó muchísimo que no con-

tinuase al dia siguiente su peregrinacion sin presentarse en el castillo á recibir su despedida. Salió, pues, la enternecida peregrina, y su ama, cerrando el cerrojo y llave de la puerta principal, fue corriendo á abrir la oculta, y volvió al sillon, no sin mostrar el abatimiento que la consumia.

Entró silenciosamente don Martin, y entornando la puertecilla, no sin cierta precaucion y misterio, acercóse con aspecto triunfador á su querida, presentándole un papel que la abatida dama leyó ansiosamente. Contenia el manuscrito una carta de su amigo don Fadrique, en que anunciaba que, convencida doña Margarita de la imposibilidad de hallar la mútua dicha en el concertado matrimonio con don Martin, se habia decidido á participar á su madre la firme resolucion de no contraer semejante enlace, añadiendo que si se trataba de obligarla á él, la proteccion que debia á la reina doña Blanca aseguraria su entrada en un convento, donde nadie se atreveria á molestarla.

Esta agradable noticia, que en otras circunstancias hubiera podido entusiasmar el corazon de María, era tan secundaria en el momento de que hablamos, que no logró influir de ningun modo en el humor sombrío ni en la alarmante tristeza de su ánimo. Sorprendido don Martin de la fria indiferencia de su amada á la lectura del suspirado é importante documento que contenia la seguridad de su union y el triunfo mas completo sobre Alburquerque y doña Urraca, no pudo menos de achacarla al deplorable estado de la salud de María.

— ¿Qué es esto? la dijo sentándose á su lado y cogiendo la helada mano de su melancólica querida: ¿no te conmueve tanta dicha? O es mucho lo que sufres, ó poco lo que estimas á Martin.

— ¡Que tal digas! repuso la Padilla, cuyas palabras interrumpian mil repetidos sollozos: ¡ah Martin! aunque este corazon que late ahora á par del tuyo estuviese helado por el frio de la tumba, palpitaria al sonido de tu voz, y los mar-

chitos labios te juráran nuevo amor.

— ¿A qué entonces esas lágrimas?

— Si recuerdas los temores que te anunciaba ayer...

— ¡Dios eterno! esclamó don Martin lleno de júbilo: ¿será verdad?

— ¡Oh! sí, es demasiado cierto.

— ¡Bendito mil veces el cielo, que tanta merced me ha hecho! añadió don Martin apretando entre sus brazos á la llorosa María. ¿Y no te embriaga el placer de anunciarme la única nueva de mi ventura? ¿Cómo ha de bastar mi corazon al inmenso amor que me inspiras y al que siento nacer por el fruto de tus entrañas? ¡Ah! Mariquita, tú no comprendes las delicias de la maternidad, no comprendes el entusiasmo que agita mi alma al dulce nombre de padre...

— Sin ser esposo, dijo María interrumpiéndole y llorando amargamente.

— ¿De nada valen mis juramentos? ¿y no estarian ya cumplidos, arrostrando los peligros á que me espusiera la revelacion de este secreto, si el fundado temor

de compremeter tu adorada existencia no hubiera contenido el impulso de mi deber?

— Pues bien, Martin; lo que no nos atrevimos á hacer entonces en favor nuestro, hagámoslo hoy en favor del inocente que nos debe la vida.

— ¿Poniendo la tuya en peligro mayor? No, María, no lo esperes. Pensemos en los medios de ocultar tu estado y de substraerte al encono de mi familia. Ante todo, es fuerza que, bajo cualquier pretesto, vuelvas á Leon, donde se halla tu tio el comendador.

— No es necesario pretesto alguno, porque está enfermo, y ha escrito á mi madrina que desea verme. Justamente ha dormido esta noche en el castillo una compañía de peregrinos que van á Compostela, y deben pasar por Leon: con ellos podré ir.

— Te colocaremos en la litera de mi madre, y llevarás una escolta de ballesteros. Al dia siguiente, muy de mañana, saldré yo de Sahagun, fingiendo que voy

á caza, y en menos de tres horas estaremos juntos.

— Mi confesor, que me estima de veras, no tendrá dificultad en bendecir nuestra union. Testigos no faltarán.

— ¿Por ventura tu tio?

— No, Martin; el temor de perder la confianza de Alburquerque helaría la sangre de sus venas. Nada le diremos...

— Pero descubrirá tu situacion...

— Nada temas; aquella camarera que en Sevilla me servia, Paloma, si no olvidaste su nombre...

— Bien me acuerdo, prosigue.

— Se halla aqui con su marido Matías, de paso para Santiago, adonde van peregrinando. Hállase en cinta del mismo tiempo que yo: á su vuelta pasará por Leon, y la detendré hasta el suspirado término de nuestra zozobra.

— Sí; y aun cuando entonces no le hayan tenido las desgracias y sea indispensable continuar el mismo misterio, Paloma pasará por madre de entrambos niños, y alimentará el tuyo á nuestra vista. Pe-

ro antes de que tal cosa llegue, ya habré yo visto al rey, y estoy convencido de que á no ser por la tirana condicion de mi padre se hubiera acordado de mí y restituídome su favor. Tranquilízate, pues; esta esperanza y el influjo del gran maestre me aseguran el recobro de la amistad de don Pedro, que una vez lograda, obtendré fácilmente la aprobacion de mi padre. Doña Urraca no podrá menos...

— ¡Ah! esclamó María con vehemencia, cuánto la aborrezco por el placer que disfruta en atormentarme, en zaherirme del modo mas humillante... Pero mi orgullo es superior al suyo, y solo por tu amor he doblado la cerviz á tan insufribles ultrages. Llegará, llegará el dia en que sea yo la dama, la señora, y entonces sabré volverle ofensas por ofensas, humillarla con la comparacion de la antigua y heróica raza de los Padillas, con su reciente nobleza, y obligarla á que me rinda los honores debidos á la esposa de su señor natural.

— Hasta tus insultos me son gratos,

repuso don Martin sonriéndose; pero al cabo la nobleza de mi tia es tambien mi nobleza.

— Perdóname este rapto de orgullo é indignacion, dijo María abrazando de nuevo á don Martin. ¿Qué me importa que seas tú mas rico y noble que yo? Si el cielo me hubiese concedido la púrpura real siendo tú un infeliz aldeano, no dejarias de obtener el vasallage de mi corazon, ni el cariño que hoy constituye su delicia.

— Sí: tú serás mi esposa, ¡ oh dulce madre de mi hijo!

— ¡Calla! esclamó María levantándose demudada. Oigo cierto rumor... me parecen pasos de hombres armados... ¡ huye!... ¿nos habrán descubierto? todo lo temo de tu odiada tia...

— No te sobresaltes, amor mio: voy volando á despedir á esos necios importunos.

— Ya te sigo, pues no aguardo tranquilidad hasta verte fuera de este recinto.

Mientras los dos amantes se hallaban

tan dulcemente entretenidos discurriendo el modo de salvar el honor de la desdichada María, tenia lugar otra conversacion de distinta especie en el salon del propio castillo. Ocupaban gran parte de la vasta pieza doña Urraca de Alburquerque, que recostándose en una magnífica poltrona, leía cierto rancio manuscrito colocado en un atril tornátil de primoroso bruñido, y doña Isabél, esposa del privado, que se entretenia en bordar una rica alfombra con paciente y no interrumpida atencion: junto á ellas, pero separadas por la distancia que exigia el orgullo de las señoras, veíanse todas las dueñas, camareras y doncellas de la casa, silenciosamente dedicadas á las diversas labores de aguja, que eran peculiares de aquel siglo, sin atreverse á levantar los ojos por no encontrarse con la mirada furibunda de la dama de Montluzon, incapaz de perdonar la menor falta de respeto. Interrumpió el monotono silencio que alli reinaba la aparicion de Nuñez, el escudero de doña Urraca, que acercándose pausadamente á su señora con

tanta veneracion como misterio, díjola algunas palabras al oido, que fueron por ella replicadas en igual tono de voz; estas produjeron nueva contestacion del escudero, que tambien recibió la suya, sin que ninguna de las circunstantes pudiese percibir palabra del encubierto altercado. Conclu-yóse este por fin, y sucedióle la imperiosa orden de abandonar el salon, que la hermana del señor de Alburquerque intimó á las curiosas dueñas, á las burlonas camareras y á las doncellas impacientes de esquivar la incómoda presencia de las respetables señoras. No bien se vieron solas, cuando levantándose doña Urraca, sacó de la faldriquera un sutil y aromatizado pergamido, cuya lectura ofreció á su sorprendida pariente.

— Tomad, doña Isabél, leed esa carta que acabo de recibir de San Juan de Luz.

— ¿Os escribe la reina doña Blanca?

— No señora: quien me escribe es mi hija Margarita.

— ¡Jesus mil veces! esclamó doña Isa-

bél despues de leidos algunos renglones de la carta.

— Continuad, continuad.

— "Por lo que de don Martin me han dicho, estoy convencida de carecer de la belleza y talento que son necesarios para agradarle. Si el matrimonio contratado entre nosotros ha de causar su infelicidad y la mia, mas quiero renunciar á él y sepultarme en un convento."

— ¿Qué os parece de esto? *Por lo que de don Martin me han dicho.* ¿Habeis comprendido bien estas palabras? ¿No esplican muy á las claras que mi hija se halla informada de lo que aqui sucede? Todo proviene de los encubiertos enemigos de nuestros planes; y á fé que han sabido aprovechar la ocasion, gracias á vuestra debilidad.

— ¿Pero qué sucede? ¿qué quereis dar á entender con mi debilidad?

— Quiero decir, que sois una señora entregada esclusivamente á vuestras devociones, y que no teneis mas mundo que un niño que acaba de nacer. Yo no

dejo de advertíroslo. Vaya, ¿cuántas veces os habré dicho que concedeis á Mariquita demasiada libertad?

— ¡Qué libertad! respondió doña Isabél, cuya admiracion iba creciendo por instantes. Si tal llamais al permiso de pasar algunas horas encerrada en su aposento, donde pinta los preciosos adornos del misal, entonces...

— ¿Y esos adornos no pudieran pintarse aqui, á nuestra vista?

— Con la escasa luz que entra por esas vidrieras es imposible, segun dice María.

— ¡Qué sencilla sois y qué crédula! Veamos, ¿dónde os figurais que anda don Martin durante la encerrona de la niña?

— Semejante pregunta me parece muy estraña, pues no ha mucho me estabais señalando con el dedo desde el balcon de esta sala el vuelo de los alcones de mi hijo, sus caballos y ojeadores á las orillas del Cea y la inmediata llanura, donde ha formado la costumbre de cazar todas las tardes.

— Todo eso va muy bien, repuso la de Osorio recalcando las sílabas con cierta malignidad que hacia mas amarga la acusacion: los alcones, los caballos, los ojeadores estan aun en la llanura; pero mi sobrino don Martin, que hace un cuarto de hora volvió solo, introduciéndose por el postigo que sale á la poblacion, ha subido muy quedito la escalera del dormitorio de las dueñas, y luego, por la costumbre que ha formado todas las tardes, se deslizó en el corredor que guia desde vuestra cámara á la en que María pinta los preciosos adornos del misal.

— Paréceme, señora, dijo doña Isabél un tanto resentida, que eso no es mas que chisme.

— Pues bueno, replicó doña Urraca bajando le voz, ahora veremos si es chisme ó realidad. Nuñez ha cerrado por orden mia todas las salidas del aposento, escepto la que conducir debe á don Martin y la pintora á esta sala: entrad por ahí, ó aguardad, si os place, á la conclusion de la conferencia, pues no es da-

ble que salgan por otro camino, y el silencio que aqui reina les inducirá sin duda á intentar la evasion por el único paso libre. ¡Eh! ¿lo veis ahora?

En efecto, don Martin entreabrió la puerta de la sala, asomó por ella la cabeza, y observando que era inútil la retirada, cogió la mano de María, y con decidido desembarazo acercóse adonde estaban las señoras, resuelto á declarar cuanto era posible, sin comprometer la estimacion de su querida.

— Bendigo al cielo, dijo sin soltar la trémula mano de María, por la ocasion imprevista que me ofrece de revelar un misterio que es fuerza penetre mi madre, aunque cause su afliccion.

— Hablad mas quedo, señor sobrino, díjole doña Urraca con altivez, y evitemos un escándalo. Nadie, ni el mismo Nuñez que os encerró, sabe cosa alguna: quede, pues, el secreto entre los cuatro, y tratemos el negocio sin alborotos ni acaloramientos.

— ¡Ah María! ¡María! esclamó do-

ña Isabél, ¿cómo has tenido valor para engañar á quien desde los tiernos años tuviste en lugar de madre? ¿A la que te amaba cual si fueses fruto de sus entrañas? Tú has abusado de mi ciega y confiada ternura: tú has burlado mi cariño...

— Madre mia, respondió la confundida jóven, ¡cuál despedazan mi corazon tan dulces reconvenciones, mas aun que los arrebatos de la cólera! Vedme á vuestros pies, confesando con la amargura de mis lágrimas que soy la única culpada...

— ¡Insensata! replicó doña Isabél severamente. Levántate y aléjate de mi vista.

— ¡Perdon, madre mia, perdon! esclamó don Martin levantando del suelo á su adorada. La culpa es toda de vuestro hijo, y él debe sufrir todo el castigo. ¿Pero en qué hemos podido engañaros? Unidos desde la infancia, no pudimos menos de prodigarnos mútuamente los mas afectuosos epitetos, las mas dulces caricias. A vuestros ojos creció nuestro cariño, y vuestra voz, vuestro deseo lo animaba: vos misma poniais término á nuestras in-

fantiles desavenencias, vos sabiais corregir los desaciertos de nuestra niñez con la amenaza de separarnos. ¿Érame dable verla tan hermosa, tan buena, y no amarla mas que á mi propia vida? ¿Podia ella negarme su corazon? Obra vuestra es el dulce amor que nos enlaza, este amor que tanto imperio ejerce ya en el destino de Martin.

—¡Oh, y cuánta razon lleva, señora doña Isabél, ese mocito! dijo la de Osorio con su acostumbrado retintin. De todo tiene la culpa vuestra ceguera por la tal Mariquita.

—¿Y es por ventura el daño de tanta consideracion? preguntó mas sereno don Martin.

—Nada de eso, respondió doña Urraca; á mí me parece de facilísimo remedio.

—¡Ah! ¡señora! esclamó el heredero de Alburquerque, volveis á mi pecho la vida: sí, lo confieso, no era de vos de quien tanta indulgencia aguardaba.

—Mi enemistad solo alcanza á los

que se empeñan en hacer rostro á mi voluntad, sobrino mio, y no puede ofenderme un desacierto que no deshonra á la familia. El que tú has cometido no merece la pena, y consiento en olvidarle, con tal que la reparacion sea tan pronta como completa.

— Lo será, querida tia; este es mi mas ardiente deseo.

— Bien segura estaba yo, señor sobrino, de la elevacion de tu alma; bien convencida de que darias poquísima importancia á esas uniones momentáneas con una cualquiera, que hoy son muy frecuentes entre los señoritos por mera diversion...

— ¡Qué lenguage es el vuestro, señora tia! ¡qué indignidad! ¡confundir á doña María de Padilla con esas cualquieras de que hablais!...

— Segun eso, replicó la de Osorio con mayor arrogancia, ¿no estareis resignado á entregarme ahora mismo á Mariquita para que yo la encierre en un convento?

— Primero os daria mi cabeza, contestó don Martin resueltamente. Sin duda me he esplicado mal si no habeis entendido que mi voluntad es de lograr su mano y llevarla al pie del altar con el consentimiento de mi madre.

— ¿Con mi consentimiento? jamas, esclamó doña Isabél con viveza inesperada.

— Por Dios vivo, que no aguardaba semejante rebeldía, señor sobrino. ¿Olvidásteis ya que os hallais comprometido con Margarita?

— ¿Y finjís vos ignorar, señora tia, que su repugnancia á admitir mi mano anula mis juramentos?

— ¡Su repugnancia! ¿y de dónde sabeis que la tenga? ¿Lo estais oyendo, mi señora doña Isabél? Pues esa palabra sola descubre toda la trama de la perfidia mas negra: de aqui ha salido todo. Pero no, señor don Martin, mi hija no quiere ni puede repugnar el dar cumplimiento á una obligacion sagrada, y quien os diga lo contrario miente á bo-

ca llena. El favor que la reina me dispensa, y el imperio de vuestro padre en el ánimo del rey, me ofrecen los recursos necesarios para contener ese necio estravío de un invencible deber. Margarita será vuestra esposa; y esa que tiene la audacia de elevar sus miras hasta el estremo de usurpar el rango y los honores de una noble doncella, que desciende de los Alburquerques, de los Osorios, de los Laras de Castillas, esa infame barragana...

— ¡Basta ya! gritó don Martin con ímpetu rabioso: silencio, ¡vive Dios! y guardaos de repetir tan escandalosa palabra.

— Pues la repetiré: esa María, tu infame barragana...

— Yo os arrancaré la lengua que tal blasfemia pronuncia, añadió fuera de sí el pundonoroso jóven.

— Hijo, hijo, acudió doña Isabél, contente, que me sobresaltas.

— Moriré un millon de veces antes que casarme con la hija de esa furia, y

no reconozco humano poder que á tanto obligarme pueda. Esta es la única á quien amo: esta será mi esposa.

— ¿Esa vil criatura? dijo doña Urraca: ¿esa María, cuya humilde cuna...

— ¡Mi cuna humilde! esclamó exasperada la Padilla: la tuya si que es baja y vil; yo soy quien debiera avergonzarme de un enlace con los Alburquerques y los Osorios, doble fruto de las asquerosas complacencias de tu abuela Carlota, muger sin principios, con un rey viejo y disoluto...

— ¡María! gritó doña Isabél: tu lengua nos ultraja á todos.

— ¡Ah señora! repuso la indignada jóven con vehemencia cada vez mayor: no sois vos de su sangre, y Martin es digno de no serlo. ¡La humilde cuna de los Padillas! ¿Ignoras, insolente Urraca, que mi casa, tan antigua como la monarquía de Leon, era ya ilustre tres siglos antes de la existencia del reino de Castilla, y que lleva seiscientos años de ventaja á tu obscuro nombre? ¿Ignoras que don Ra-

miro de Padilla, cuñado del rey Aurelio, poseía mas lugares y castillos que vasallos cuentas tú? ¿Ignoras que fue un Padilla el primero que tremoló en Toledo el estandarte castellano y en Jerusalen el pendon de Cristo? ¿Y te atreves á insultar indignamente á la heredera de tan escelsa gloria?

— ¡Esto es insufrible! esclamó furiosa la de Osorio. ¡Nuñez, Nuñez! Apodérate de esa jóven, que está loca.

La aparicion de Nuñez á la cabeza de los escuderos de doña Urraca hizo mas tumultuosa esta escena, pues tirando don Martin de la espada, amenazó con muerte al atrevido que llegase á insultar á su querida. Fatigada ésta de la escesiva agitacion de su espíritu, no pudo menos de dejarse caer en una silla, donde creyeron iba á exhalar el último aliento: las dueñas, que habian acudido á tal estrépito, condujéronla á la estancia de su madrina doña Isabél. El enardecido amante quiso ir con ella, pero cerrando la puerta una vieja de las mas venerables,

le intimó la prohibicion fulminada por su madre de consentir la entrada á alma viviente: sonaban muchas voces hácia la custodiada cámara, y don Martin creyó que era llegada la hora de María, aunque el accidente que á esta sobreviniera íbase disipando, y quiso quedarse sola un instante con su angustiada madrina. Retiráronse los escuderos, permaneciendo solo Nuñez para ejecutar las ulteriores órdenes.

Al comparecer doña Isabél saliendo de la estancia donde quedaba encerrada María, exigióle doña Urraca en satisfaccion de la afrenta recibida disponer de la futura suerte de la huérfana. Con esta seguridad que recabó de doña Isabél, retiróse á su aposento para meditar con sanguinario rencor el género de castigo mas análogo al ultrage recibido. La madre de don Martin, dirigiéndose luego á su hijo, le intimó la orden de entregar la espada al escudero Nuñez.

— ¿Y quién defenderá la vida de mi amante? replicó don Martin.

-- Yo te respondo de ella; pero su suerte dependerá desde hoy de tu conducta. Entrega á Nuñez la espada.

-- Solo en vuestras manos quiero depositarla, dijo don Martin doblando la rodilla: disponed de mi vida, vuestra es: de mi libertad si quereis, no me rebelaré. Pero en nombre de lo mas sagrado os pido que no oprimais á María encerrándola en un monasterio.

-- Levántate, hijo mio, repuso doña Isabél entregando á Nuñez la espada de don Martin, y despidiendo al escudero. ¡Todo lo sé, desventurado! por no sufrir que las dueñas la desnudasen, me ha revelado María su secreto.

-- ¡Ah querida madre! dijo don Martin muy azorado: no hagais que me desespere.

-- En primer lugar es necesario que todo el mundo ignore tu falta y la deshonra de esa infeliz. Estremézcome al considerar la venganza que de ella tomarian Alburquerque y doña Urraca.

-- ¡La muerte! esclamó don Martin

horrorizado, ¡la muerte de la madre y de mi hijo! Os juro que no podré sobrevivir á tan funesto golpe.

— Tranquilízate, Mantin: aun hày tiempo de evitarlo, y quedará este secreto entre los tres, si obligas tu palabra de obedecerme sin murmurar.

— Disponed, madre mia, y vereis que no hay sacrificio á que no esté resuelto.

— ¿Me juras, pues, no indagar el sitio donde pienso guardar á María hasta el término de su convalecencia? Si asi lo haces, te prometo tambien no encerrarla en un monasterio, ni esponerla á los furores de doña Urraca, respondiéndote de su vida y libertad.

— ¿Y mi hijo, madre mia?

— Si es completa tu sumision á mis preceptos...

— Os lo juro por mi salvacion.

— Admito tu juramento: cúmplelo con religiosidad, y recuerda que al paso de tu salud eterna, espones, si lo quebrantas, las vidas de María y de tu hijo. ¡Ruy-Diaz!

Presentóse en la sala el mayordomo Ruy-Diaz. Doña Isabél intimó entonces al heredero de su casa que permaneciese arrestado en su aposento hasta nueva orden.

Obedeció don Martin con el mayor respeto. Su madre concertó en seguida con el honrado mayordomo los medios de proporcionar á María la debida seguridad, y de conservar el secreto que su estimacion exigia. Resolvióse, pues, que aprovechando la escolta de los peregrinos que aquella misma noche partian para Compostela, iria la huérfana en la litera de un platero toledano, íntimo de Ruy-Diaz, hasta la casa del gobernador de Leon, encargando á este la necesidad que habia de guardar secreto acerca de la situacion de su sobrina por una carta que le escribió la misma doña Isabél. En tanto creerian los moradores del castillo que María se hallaba custodiada y enferma en la habitacion de su madrina, cuyas puertas quedaron cerradas desde luego con la mayor precaucion.

CAPITULO V.

Si nuestro lector quiere tomarse la molestia de seguirnos al palacio abadengo del orden benedictino, que descollaba arrogante sobre la mísera poblacion de San Juan de Luz en la frontera de Francia, tendrá ocasion de escuchar la sabrosa plática de dos personages que figuran como de segundo término en el discurso de la peregrina historia que contamos.

Hácia el fondo de una inmensa galería guardaban dos robustos alabarderos la puerta del aposento destinado interinamente á la futura reina de Castilla doña Blanca de Borbon. Varios caballeros españoles y franceses, y algunos religiosos de los que componian la comitiva del arzobispo de Burgos, cruzaban la galería ó formaban diversos grupos, hablando no sin cierta viveza. Veíase tambien gran número de pages y escuderos, entretenidos en jugar á los dados, en los bancos

que habia junto á la puerta del fondo.

—¡Calle! ¿tambien estás tú por acá? dijo don Diego García de Padilla á Zafiro, reconociéndole entre los pages de la reina.

—¿Pues ignorais que soy individuo de la real comitiva? saltó Zafiro dando alguna importancia á sus palabras. Débolo al favor del rey, que ojalá se hubiera olvidado de mí para semejante cosa.

—¿Con que echas menos á Sevilla y á las bellas andaluzas?

—Ellas son las que se mueren por mí. Y por ventura, ¿no valen tanto las francesitas de Aviñon y Gascuña? Lo que únicamente me inquieta es no gozar con la reina todo el favor que me dispensaba el rey.

—Alguna de las tuyas habrás hecho.

—No por cierto: lo que me ha perjudicado es el color de mi rostro.

—¡Pues qué! ¿te ha tenido la reina por africano?

—Por judío, que es mil veces peor. Cuando doña Urraca de Montluzon me

presentó á doña Blanca, preguntó S. A. por qué le enviaban un herege. Quisieron disculparme; mas sin dar tiempo para ello, empezó á decir que seria judío, que aborrecia semejante canalla, y que no queria ver uno solo á su lado.

—— Eso me han referido tambien; pero á pesar de su repugnancia, fuerza será que nos admita á besar su real mano.

—— ¡Que nos admita! repitió Zafiro asombrado: renegásteis acaso de la fé de Jesucristo, hombre perverso. A bien que solo este paso os faltaba para aligerar la caminata á los infiernos.

—— ¡Ah Zafirillo! si bastase renegar para ser tan rico como mi amo don Samuel Leví...

—— ¿Luego sois de la comitiva del tesorero mayor?

—— Sí por cierto: soy, aunque indigno, el primer escudero del único favorito del rey, pues el señor de Alburquerque, el mandon, no tiene tanta privanza con su amo como don Samuel, de quien soy íntimo confidente.

—— En ese caso, replicó Zafiro besando la punta de la capa de don Diego, permitidme, el noble García de Padilla, que el mas rendido de sus servidores manifieste á su señoría los respetos que reclama tan encumbrada dignidad. ¿Y cómo ha llovido del cielo semejante favor en la cabeza del tuno mas desacreditado de Sevilla?

—— De un modo muy natural. Mi estrecha amistad con el Zurdo...

—— ¡Con el Zurdo! ¡con el primer ministro de los placeres y venganzas de nuestro rey y señor! ¡con el primer personage de la corte despues del muy ilustre don Samuel Leví!

—— Por mas que te mofes de él, á su afecto debo mi repentina elevacion y las esperanzas de mejorar de fortuna.

—— No andeis muy confiado, pues la reina se muestra muy resuelta á predicar una cruzada contra los judíos.

—— ¡Bah, bah! aunque eso no fuera un desatino, ¿no consideras que don Samuel Leví es un judío á parte, un judío

que nadie se atreverá á confundir con la canalla hebrea de los inmundos arrabales de Toledo y Sevilla, un judío honrado con el favor del rey, y que viene en nombre de este á poner á los pies de doña Blanca los magníficos regalos que su futuro la envia?

— Que los regalos sean bien recibidos, no lo dudaré; mas apuesto á que no sucede lo mismo con el embajador circunciso.

— ¿Te estás chanceando, Zafiruelo?

— Sí, para chanzas estamos. Preguntad por ahí, y sabreis que la reina ha declarado solemnemente que no admitirá en su presencia á don Samuel Leví.

— Pues dentro de poco lo veremos, replicó don Diego con acento amenazador.

— Poco á poco, y escuchadme. Desde la infancia, segun cuentan, se ha tratado de inspirar á doña Blanca una decidida aversion á los judíos: esta aversion, envenenada mas y mas por el continuo trato de la reina con eclesiásticos de alta categoría, que tanto aqui como en Aviñon

han permanecido á su lado, no ha podido menos de producir la resolucion que os he dicho.

— Pues á pesar de todo, juraría que el gran maestre de Santiago ha de tener mas ascendiente en el ánimo de la reina que todos los eclesiásticos del mundo.

— No lo dudo: ¡un hermano de su marido!

— ¡Oh! sí, respondió el Padilla mirando al page con particular atencion: semejante título le autoriza para la mayor familiaridad con ella: ademas de esto, la recíproca pasion del gran maestre y de doña Margarita de Lara, dama é íntima amiga de la reina, ha de contribuir muchísimo para el aumento del crédito que goza don Fadrique con S. A.

— Fuerza es que la pobre muchacha esté fuera de sí por el gran maestre, cuando desprecia la mano de don Martin de Alburquerque; pero hay quien dice que el príncipe no siente por ella el menor interés.

— Pero hombre, prosiguió don Die-

go sín apartar los ojos del rostro de Zafiro, ¿cómo puede ser eso, cuando se sabe que de diez meses á esta parte no se ha apartado un solo instante de doña Margarita?

—Tambien se sabe que doña Margarita no ha abandonado á la reina un solo momento, dijo el page con descarada malignidad.

—Y resumidas cuentas, ¿cuál es tu opinion en este negocio?

—Toma, toma; ¡no sois poco preguntón!

La llegada del judío Samuel á la propia galería, acompañado del vizconde de Narbona, embajador de Francia, y seguido de una numerosa comitiva que conducia en varias arquillas los regalos del monarca á su futura esposa, interrumpió el atrevido coloquio de don Diego con Zafiro, el cual salió de la galería, tanto por no interrumpir la conversacion que acaloradamente sostenian el judío y el vizconde, como por acudir á la seña que le hiciera el gran maestre desde la puer-

ta de la habitacion de la reina para apartarle de Padilla, á quien dirigió fulminante mirada de sorpresa y de enconado desprecio.

—Haceis mal en quejaros de mí, señor don Samuel, decíale el vizconde, cuando no he omitido esfuerzo alguno para inclinar el ánimo de S. A. en favor vuestro. Si antes de presentaros con tan imponente aparato hubieseis aguardado, como os indiqué, en mi cámara, sabriamos á estas horas el éxito...

—Señor vizconde, fatigado estoy de repetirlo tantas veces, interrumpió el judío; las órdenes de mi amo son absolutas, y suceda lo que quiera, he de cumplirlas exactísimamente.

—Todo eso es muy justo; ¿pero no valdria mas evitar un escándalo?

—Asi lo deseo, señor vizconde.

—¿Y no se evita enviando á mi corte un mensagero que traerá infaliblemente el mandato del rey, á que doña Blanca no podrá resistir? En aguardando un poco...

—No señor: bastante me detuvieron en Tolosa y en Irun vuestros ofrecimientos de la próxima llegada de la reina. Quiero dar crédito á esa enfermedad que ocasionó tan repetidas detenciones; pero el rey mi amo ordena que parta inmediatamente para Sevilla, y que manifieste de palabra á su augusta esposá las razones que le obligan á diferir por algunos meses el suspirado momento de su reunion. En consecuencia, es necesario que hoy, que ohora mismo me admita S. A. á besarle la mano y á escuchar mi mensage. En otro caso, yo sé lo que me cumple hacer.

—¿Intentaríais por ventura?...

—No os lo diré; mas considero que antes de esponerme á una resolucion desagradable, recordareis que aqui represento al monarca de Castilla y de Leon con el carácter de su embajador, y que mi amo mirará como hecho á su sagrada persona cualquier ultrage que la mia sufra.

—Pues bien, señor don Samuel, res-

pondió el de Narbona reprimiéndo su indignacion: tened la bondad de aguardar un instante en esta galería, mientras voy por última vez á persuadir á la reina.

— Id en hora buena; pero que me despachen pronto, porque tengo ya por una afrenta hecha á mi persona y dignidad la obligacion de aguardar aqui confundido con la multitud.

Y retirándose el vizconde sin disimular la cólera que le animaba, dejó á don Samuel en libertad de conferenciar á su sabor con el malvado favorito.

— ¿Has recogido mas noticias? preguntó á don Diego manifestando aguardar la respuesta con el mayor interés.

— Sí señor; y todas corroboran las anteriores.

— ¿Es decir, el amor del gran maestre á doña Margarita?

— ¡Qué disparate! No hay quien crea semejante fábula.

— ¿Con que ama á la reina?

— ¿Y lo dudabais aun, despues de revelaros las confianzas que hizo al comen-

dador mi tio? Lo mejor del caso es que su alteza le corresponde apasionada.

— ¿Se ven muy á menudo?

— Con la mayor familiaridad: ahora mismo le he visto entrar sin ceremonia. Sin embargo, continuó malignamente el renegado, de dia es mas circunspecto.

— ¡Hola! ¿con que de noche?

— Todas las pasa don Fadrique en el dormitorio de doña Margarita, adonde tambien acude doña Blanca.

— ¿Estás seguro de esta circunstancia?

— Tan seguro, que todo me lo contó una dueña que conocí mucho en Sevilla.

— ¿Y qué te dijo?...

— Que ese comercio escandaloso tuvo principio á la llegada del gran maestre á Aviñon, hará cosa de nueve meses.

— ¿Pero la enfermedad de la reina?...

— Inevitable consecuencia de semejante trato.

— ¡Oh Dios de Abraham! ¡si fuese cierto!

— Lo cierto es, que de seis semanas á esta parte que nos han detenido en Tolosa é Irun con sutiles pretestos, Blanca de Borbon ha cesado de presentarse en público. Casi siempre está en cama, y no admite en la cámara mas que al obispo de Burgos y al vizconde de Narbona, y aun á estos un solo instante, y siempre sentada y muy encubierta...

— ¡Quiera el cielo que salga verdadera tu congetura!...

— Y si no decidme: ¿á qué esa obstinacion en negaros una audiencia? ¿Os engañaría ese falso horror á vuestra nacion, y ese desprecio á vuestra persona?

— ¡Ah! no hay duda: esa tenaz resistencia envuelve un misterio que quieren ocultarme. Pero yo lo descubriré, ¡vive Isaac! y una vez dueño de su secreto...

— Lo sereis de la monarquía. Mejor secundará vuestros proyectos una reina hermosa, que no esa altiva Aldonza Coronel.

— Mucho me da que hacer, querido Diego.

—Bien empleado os está: ¿no os decia yo continuamente que mi hermana María es otra muger?

—Y no me ponderaste su talento y atractivos, si he de creer lo que Alburquerque me escribe.

—¿Con que al fin le hablasteis de ella?

—¡Cómo evitar tus importunas alabanzas!

—Es ya tarde, vive Dios. ¡Qué lástima!

—¿Quién sabe? si este golpe entrase en las miras de Alburquerque, que está muy resentido del amor que tu hermana inspiró á su hijo don Martin...

—¡Don Martin! ¡valiente sugeto! Os repito que es una maravilla, un bocado digno del monarca.

—El tal Martin queria casarse con ella.

—En hora buena...

—¡Silencio! ya vuelven...

Y abriéndose la puerta del fondo de la galería, aparecieron el obispo de Bur-

gos y el vizconde de Narbona, cuyo lento paso indicaba lo poco satisfechos que salian de su espinosa comision. El reverendo prelado quiso tomar la palabra, sin duda animado de la esperanza de que una negativa pronunciada por su boca no tendria la misma acrimonia que si asomase á los labios del embajador francés.

— Señor don Samuel, dijo al judío, noble amigo, traspasado del mas vivo dolor os declaro, en nombre de la reina nuestra señora, que los escrúpulos de su conciencia...

— ¿Es esa la definitiva resolucion de su alteza? preguntó Leví con altivez.

— Conviene añadir, replicó el vizconde, que su delicada salud no le permite soportar en este dia las fatigas de una audiencia solemne.

— Nada importa, dijo Samuel resueltamente: entraré solo, como el gran maestre de Santiago, que se halla ahora en su compañía.

— Es verdad, repuso el vizconde, pues creyó que si la reina se dignaba es-

cucharle un breve instante, acaso lograría convencerla; pero se ha negado á ello, retirándose al oratorio. De mí sé decir, os lo confieso, que desespero de que varíe su resolucion, y lo mejor seria enviar á París el mensagero que os indiqué...

— Paréceme, señor mio, dijo pálido de cólera Leví, que teneis grande interés en ganar algo de tiempo.

— ¿Y qué interés pudiera ser ese? replicó el vizconde.

— No puedo penetrarlo. En conclusion, mi deber me llama hoy mismo á la presencia de mi soberano, por lo cual declaro, que si no se me abren al instante las puertas de esa cámara, iré á llamar con la mano y en nombre del que me envia, hasta que, fatigados de mi perseverancia, juzgueis oportuno emplear la violencia para arrojar fuera del edificio que habitais al embajador del rey de Castilla y de Leon.

— Antes de recurrir á tal estremo dijo sobresaltado el obispo, hacedme el obsequio, señor don Samuel de Leví, de

entrar en mi habitacion, donde el gran maestre ha de volver á buscarnos, y todos juntos discurriremos el medio mas oportuno para salir con honor de un paso tan escabroso.

— En hora buena, señor obispo; pero no hay fuerza humana que destruir logre la resolucion que he adoptado, ni me detengo mas tiempo que el necesario para disponer mi equipage y partida. Don Diego, prosiguió encarándose con él, id á reunir mi comitiva, y volved todos á aguardarme en la misma puerta de este monasterio.

Partió don Diego velozmente, y los tres personages se entraron silenciosos en la habitacion del obispo, donde les dejaremos para acudir á la misteriosa estancia de doña Blanca de Borbon.



CAPITULO VI.

En una reducida antecámara, que para gozar mas de cerca la intimidad de reina eligiera doña Margarita de Lara, la hija de doña Urraca de Osorio, entró repentinamente don Fadrique, gran maestre de Santiago, en el momento de la conclusion del coloquio que tuvo lugar en la galería entre don Diego García de Padilla y el deslenguado page Zafiro.

— ¿Pudísteis lograr mi perdon? preguntó don Fadrique á la dama.

— Tan imposible es alcanzar de ella un sí como un no, respondió Margarita.

— ¿Pero no tuve yo razon en reconvenirle semejante alegría tan fuera de propósito?

— Aquella risa ya pasó: vedla ahora en fervorosa oracion.

— ¡Ah! esclamó el gran maestre, ¡qué estraña mezcla la suya de ligereza y

austeridad, de indolencia y vigor, de formalidad y caprichos infantiles! ¡Ojalá que sus súplicas al Eterno le inspiren la resolucion de admitir á Samuel en su presencia, á ese Samuel, falso y malvado director de la voluntad de mi hermano!

— Dígoos, señor don Fadrique, que no alcanzo la causa de vuestros temores y lamentos. ¿Qué daño puede hacer á la hija de San Luis un innoble judío?

— ¿Quién, por muy elevado que se mire, podrá figurarse que no ha de alcanzarle el infortunio? ¿cuál será la pureza tan privilegiada que no deba temer el venenoso aliento de la calumnia? Margarita, añadió tristemente el gran maestre, soy muy desdichado, pues no tengo valor para separarme de ella.

— Admírome de ese lenguage. ¡Separaros de ella! Si la hubieseis perdido de vista un solo instante, ¿qué testimonio oponer entonces á las increibles calumnias que fragua vuestra acalorada imaginacion? ¿No os mandó el mismo rey que velaseis por la seguridad de doña Blanca, y que

no la abandonasceis sin su orden?

— Su designio fue tenerme apartado de mis hermanos, que se habian rebelado contra su autoridad, y todos tuvieron el encargo, con que al parecer me honraba, por un honorífico destierro. Yo, á la verdad, vi el cielo abierto, pues ya os dije que habia conocido á Blanca en el primer viaje que hice á París; pero ignorais que la amaba...

— ¡La amabais!...

— Con idólatra pasion.

— Y ahora, repuso severamente doña Margarita, ahora que es esposa de vuestro hermano...

— La adoro mil veces mas. Hace un año, amiga mia, que la estais viendo como yo, pero no con los mismos ojos... vos admirais su dulzura, su pureza, su santidad: yo me entusiasmo al contemplar su modesta y graciosa hermosura; estreméz-come al sonido de su voz; exaltan mi espíritu sus cariñosas palabras, y el fuego de sus miradas abrasa mi corazon y le consume. De mí os compadeciais, al mi-

rarme á las puertas del sepulcro, durante mi penosa enfermedad: amor era mi mal, ¡oh Margarita! y aquellos tiernos cuidados que Blanca creía prodigar al hermano... acabaron de embriagar al infeliz amante... y en un momento llegué á figurarme...

—¡Ilusion, desdichado don Fadrique! esclamó vivamente Margarita; funesta ilusion, si acaso ha contribuido á alimentar ese amor tan criminal como insensato. Yo leo claramente en el alma de la reina, y os aseguro que tanto como le place la amistad del hermano, le horrorizaria la pasion del amante. Huid, huid de ella, no volvais jamas á su vista, ó yo le revelaré el odioso misterio.

— Sí, Margarita, respondió abatido el gran maestre, sí: me arrancaré de su presencia, y para siempre, ya que el honor me impone tan duro sacrificio. Esta mañana he recibido una carta de vuestro primo don Martin: en ella me dice que el secreto que yo tuve tan oculto, es ya conocido de Samuel...

— ¡Dios nos asista! ¿y cómo ha podido penetrarlo?

— Un comendador de mi orden, que por su nobleza, honradez y bondad ganára mi corazon sencillo y confiado...

— ¡Imprudente!...

— Entonces creía no volver á verla. El comendador volvia de la corte de Francia, donde vió á Blanca, y yo fundaba mi felicidad en hablar de ella... Un sobrino de aquel buen hombre, llamado Diego García, entró por su recomendacion á servir á mis órdenes. El tal Diego era un malvado que despues empleó contra mí la mas infame traicion: ignorélo por mucho tiempo; pero casualmente tuve oportunidad de descubrirla y echársela públicamente en rostro. Su tio cometió la necedad de declararle mi amor á Blanca: esto me ha escrito vuestro primo, y ahora... fuerza es decirlo todo...

— Acabad.

— Samuel Leví ha unido á su comitiva al infame Diego, que se halla aqui.

— ¡Oh Dios!

— En este momento le he visto hablando con Zafiro, el cual me ha confesado, cediendo á mis amenazas, que Diego le preguntaba acerca de mí, descubriéndole las siniestras intenciones de Samuel para con la reina. Me consta tambien que ese perverso judío ha tomado un absoluto imperio en el ánimo del rey mi hermano, y fue quien le aconsejó los asesinatos de mi desdichada madre y de Fernandez Coronel, cuyos inmensos bienes tentaban su codicia; es cruel, orgulloso y vengativo. Y ahora que con razon puede quejarse de la reina, ¿pensareis que baste la inocencia de su alma para defenderla de los envenenados tiros y de la venganza de Samuel? Recordad nuestras prolongadas conferencias con Blanca en esta cámara, nuestros paseos solitarios, su dulce familiaridad conmigo, y sobre todo que Diego es dueño de mi secreto, y preguntad cómo puede la calumnia manchar con su veneno la fama de vuestra amiga.

— ¡Perdida está la reina! esclamó Margarita fuera de sí; vos, don Fadrique...

— Nada se ha perdido todavia, repuso vivamente el gran maestre. Unid á las mias vuestras plegarias para conseguir que Blanca reciba la embajada de Samuel y le dispense favorable acogida, pues su demanda es justa, y como gran dignatario del estado viene en nombre del rey...

— Todo eso importa muy poco, dijo doña Margarita interrumpiéndole con manifiesta agitacion; solo veo el peligro de Blanca, y tambien el vuestro. Es necesario que éntre Samuel al instante. Hé ahí la reina, ayudadme.

Abrióse la puerta del oratorio, y aparecio la reina doña Blanca.

— Vaya, Margarita, dijo gravemente á su dama, ¿has reducido al fin ese espíritu rebelde? ¿has vuelto á su reina un súbdito fiel y sumiso? ¿Está ya arrepentido de su falta?

— Señora, repuso Margarita poniendo en el suelo una rodilla, reclamo ahora el don prometido.

— Levántate, acudió la reina sonriéndose: ¿tan poco me conoces que crees

verdadera mi cólera contra don Fadrique? No hay necesidad de recurrir á semejante promesa para obtener su perdon. Fadrique, hermano mio, no estoy enfadada. Levántate ya, Margarita.

— ¡Ah señora! no abandonaré esta postura hasta tanto que os digneis escucharme. Cualquiera que sea tu demanda, me dijisteis, te la concederé.

— Escepto la de separarte de mí.

— Nunca lo haré voluntariamente, respondió Margarita, y reclamo el cumplimiento de vuestra real palabra.

— Yo te lo otorgo, si es cosa que puedo hacer, dijo doña Blanca un tanto conturbada. ¿Pero por qué elegiste este momento? Me tienes en brasas: ¿qué quieres?

— Que recibais el mensage de Samuel.

— ¿Tambien tú, amiga mia? ¿Tambien tú te unes con ellos? ¡A un judío, á un enemigo de mi Dios, admitirle á mi presencia, á que me hable, á que yo me vea espuesta á responderle! ¿esto exi-

ges de mí? ¿esto quieres de la sangre de San Luis?

— Sabed, pues, acudió Margarita sin levantarse del suelo, que ese judío puede hacerme un daño tan terrible que acaso será precursor de mi muerte. Don Fadrique esperimentará tambien los efectos de su venganza.

— ¡Justo Dios! esclamó asombrada doña Blanca: ¿de dónde le viene tanto poder?

— Del imperio que ejerce en el espíritu del rey: los dos seremos víctimas de su rencorosa enemistad.

— ¿Tú, amiga de mi corazon? añadió la reina cada vez mas sobresaltada: ¿y vos, hermano mio? ¿Por qué no me lo dijisteis al principio? ¿Dudabais del tierno afecto que os profeso?

— Pronunciad, hermana mia, una sola 'palabra, díjole el gran maestre, y se alejará de nuestras cabezas la tempestad que las amaga.

— Sí, la pronunciaré: levántate, Margarita.

— Ya he logrado vuestra palabra

real, repuso Margarita obedeciendo: os debo la vida. Don Fadrique, salid á llamar á Samuel.

— Aguardad por Dios, gritó la reina muy conmovida: ¿es absolutamente preciso que le reciba ahora mismo? ¿no usareis conmigo de alguna misericordia? ¡un judío! ¡un judío horrible!...

— ¿Será capaz vuestro corazon de tanto odio? díjole el gran maestre.

— ¡Odio! nunca le conocí; á nadie se lo tengo: no es ese hombre quien me inspira irresistible aversion, sino su detestable error, y seria culpada ante Dios si favoreciese su maldita raza.

— ¿Y será favorecerle, replicó don Fadrique, el admitir á vuestra real presencia al enviado del rey?

— Basta, basta, respondió Blanca con algun abatimiento; ¡me rindo á vuestros deseos, y perdónemelo Dios!... ¿Qué dirán de mí? prosiguió despues de ausentarse el gran maestre.

— Dirán que sois tan bella como virtuosa.

— No, Margarita: con mas razon podrán llamarme ligera y caprichosa. ¿Pero qué me importan las hablillas de los hombres? El cielo es el único juez cuyos decretos tiemblo, y éste lee en mi corazon.

— ¡Ah señora! dijo Margarita suspirando: tambien creía yo que bastaba una conciencia limpia...

— Suceda lo que quiera, esa será siempre mi ley. El temor del vituperio nace generalmente de la hipocresía y constituye una vileza efectiva. Quien camina sin torcerse por el camino del Señor, ha de despreciar los juicios de la tierra... ¡Pero ese judío, Margarita, añadió mirando con zozobra hácia la puerta, ese pícaro judío! ¡Cuánto trabajo me cuesta resolverme á soportar su vista!

— Animo, señora, que va á entrar.

— ¿Con toda su comitiva? ¿son tambien judíos?

— No por cierto: son oficiales de casa real.

— Vaya, vaya, prosiguió la reina

como distraida y con cierta jovialidad; olvidábaseme que estoy enferma, que no puedo andar... Llama á esas mugeres.

Sentóse en un gran sillon, y acudiendo las camareras á un silbido de Margarita, cubrieron á doña Blanca con un ancho manto de armiño, pusieron á sus pies un taburete, una gran cofia en la cabeza, y despues de hallarse bien acomodada para resistir la tremenda visita de Samuel, preguntó la reina á Margarita si aquella postura y atavíos comunicaban á su persona cierta languidez propia de un enfermo.

— No por cierto, contestó Margarita presentándola un espejo: nunca os he visto mas fresca y encarnada.

— Estos colores no son naturales, querida amiga, pues siento la agitacion de la fiebre y zumbido inaguantable en la cabeza. ¡Ah! ¡cuánto cuesta sostener una mentira! No hay duda, es mucho mas cómodo decir siempre la verdad; pero ya me he metido en ello, y es fuerza continuar. Vaya, poneos todas delante de

mí, y no consintais que se acerque el espantoso judío.

—¿Cómo asi, si os ha de besar la mano?

—¡Qué horror! esclamó indignada doña Blanca.

— Resignaos en nombre del cielo...

En esto, abriéndose las puertas de la estancia, dieron franca entrada al embajador, que acompañado del obispo y del vizconde de Narbona, y seguido de su numerosa y esplendente comitiva, en la que no faltaba don Diego García, fue á hincarse de rodillas ante la hermosa doña Blanca. Azorada ésta con la presencia del judío, mandó á sus dueñas que colocasen en la mesa inmediata á su sillon un magnífico jarro de plata lleno de agua bendita, del cual sacó un ramito de laurel, con el cual comenzó á darse aire como si fuese un abanico. Tomó la palabra el vizconde de Narbona anunciando á don Samuel Leví, tesorero mayor del reino, como embajador estraordinario de don Pedro de Castilla. Quedó la reina cortada y mu-

da, y acercándose el vizconde la dijo muy quedo que le diese la bienvenida. Margarita rogaba en tanto á su amiga en voz muy baja que ofreciese la mano al embajador: hízolo asi con visible repugnancia, y mirando al judío horrorizada. Samuel no tardó en aplicar sus labios á la bella mano, pero Blanca la retiró precipitadamente, lanzando un grito y sumergiéndola toda en el jarron de plata. Todos los concurrentes manifestaban su sorpresa y descontento, en especial los de la comitiva de Samuel, quien se levantó, y fijando sus ojos en la reina, descubria en ellos la viva indignacion que respiraba su pecho.

— Señora, empezó á decirla en respetuoso lenguage que no convenia con el desconcierto de sus facciones, vengo en nombre del rey don Pedro á rendir á los pies de vuestra alteza estos regalos en prenda de su amor. Mi augusto amo se ha dignado encargarme que fuera el intérprete de su sentimiento, al no poder cumplir todavia el deseo que le anima de salir al encuentro de su regia esposa, cuando los moros

de Granada, rompiendo la tregua, á despecho de la prometida fé...

— Señor vizconde de Narbona, interrumpió la reina temblando, y vos, señor obispo de Burgos, ya visteis la respetuosa deferencia con que admití las esplicaciones que sobre el mismo asunto me dió el rey en su último mensage...

— Señora, prosiguió Samuel, despues del postrer mensage en que se daba cuenta á vuestra alteza de la irrupcion de los moros en el obispado de Jaen, han sobrevenido nuevos estorbos, de que me ordena informar á vuestra alteza boca á boca. El conde de Trastamara acaba de tremolar por segunda vez en Asturias el estandarte de la rebelion. En consecuencia, cuando se haya logrado asegurar la tranquilidad de las fronteras meridionales, el rey se verá compelido á marchar hácia el norte, con la mira de poner sitio á la fortaleza de Jijon, donde se ha retirado el conde á la cabeza de fuerzas considerables. La urgencia de esta operacion no le permitirá detenerse en el castillo de Sahagun, en

el cual pensaba aguardar á vuestra alteza para acompañarla personalmente á Leon. Valladolid es el punto que ha elegido para celebrar sus reales nupcias y coronar á vuestra alteza por reina de Castilla en presencia de todos los nobles de sus reinos. Mas no puede aun fijar la época de esta reunion feliz, objeto de sus mas ardientes deseos.

— Señor vizconde de Narbona, dijo la reina volviendo la cabeza, le entregareis la carta que pienso escribir al rey mi esposo en respuesta á su bondadoso mensage.

— Señora, añadió Samuel encendido de furor por tan humillante desprecio, pero conservando su respetuosa actitud, ¿no me dispensará vuestra alteza el alto honor de encargarme algunas palabras para el rey que me envia?

— Señor obispo de Burgos, dijo doña Blanca ya impaciente y encarándose con él, ¿no me ofrecísteis que esta audiencia duraría un solo instante? Estoy sufriendo á no poder mas.

— La reina pierde su color natural, saltó doña Margarita colocándose entre el judío y doña Blanca; permitid, señores, que se quede sola con sus damas.

Saludó Samuel profundamente y salió con toda su comitiva, despues de dejar en los almohadones de la cámara los regalos del rey para su esposa. Al llegar á la galería llamó á don Diego, y con voz animada por el furor mandóle abreviar los preparativos para la marcha. Obedeció el malvado confidente, llevándose en pos de sí toda la comitiva del judío, el cual al verse solo con el obispo, el vizconde y el gran maestre, dirigíoles la palabra sin disimular la agitacion y descontento de su espíritu, aunque rebozándola de cuando en cuando con los mas venenosos sarcasmos.

— Mucha razon teniais, señor vizconde: el estado de la salud de su alteza presenta síntomas muy graves: yo he observado signos evidentes de delirio. ¿No os ha sorprendido tambien, señor obispo?

— Mi opinion, repuso titubeando el

reverendo prelado, es idéntica á la del señor vizconde.

— Yo discurro, señores mios, añadió Samuel, que ha de ser muy grave su enfermedad, y debiendo dar de ella exacta cuenta al rey mi amo, me veo en la precision de oir el informe de los médicos.

— ¡De los médicos! repitió el vizconde con suma impaciencia; hasta ahora no hemos juzgado necesario su ministerio.

— ¡Qué escucho, señor vizconde! esclamó Samuel fingiendo tanta admiracion como interés; ¿diré yo á su alteza el rey mi amo que no se ha juzgado preciso llamar á los mas hábiles doctores, cuando la vida de nuestra graciosa soberana se halla en tan manifiesto peligro, cuando el mal toca en un estremo de violencia que llega hasta el estravío de su razon?

— Por Dios, señor Samuel, acudió indignado el gran maestre: eso es ya mucho decir.

— ¡Mucho decir, señor gran maestre de Santiago! repuso irónicamente el solapado judío. ¿Creis por ventura que

nuestra querida soberana se hallase en la cabal posesion de su conocimiento cuando sumergió toda la mano en aquel jarron?

Don Fadrique manifestó en el súbito encendimiento de su rostro la turbacion de su espíritu á la inesperada pregunta de Samuel. Y en tanto doña Margarita, asomándose á la puerta del aposento de la reina, empezó á escuchar con vivo interés el diálogo que tenia lugar en la espaciosa galería.

-- ¿No me hareis el favor de responderme, señor gran maestre? continuó Samuel gozando de la confusion de don Fadrique: á pesar de todo, es fuerza que yo dé cuenta al rey de vuestra opinion particular sobre la preciosa salud que nos tiene en la mayor zozobra. Su alteza el señor don Pedro no ignora que vos habeis tenido ocasion de hacer en este asunto atentas observaciones durante las largas veladas que pasais en union fraternal con doña Blanca y en presencia de estos noble señores...

-- Es falso, señor Samuel, gritó el

vizconde interrumpiendo la última frase.

— ¡Cómo! ¿con que no es en presencia vuestra, señor vizconde? esto sin duda hubiera sido lo mejor; pero una vez que el señor obispo preside las conferencias...

— ¿Qué conferencias? acudió el de Burgos asombrado.

— ¿Luego es este un misterio? confieso, señores, que me dejais estupefacto. Yo estaba en la inteligencia de que el propio gran maestre habia dado noticia al rey de su entrada todas las noches en el aposento de la reina, nuestra adorada soberana, y su alteza debió creer que tan inocente pasatiempo nada tenia de misterioso ni para su embajador el obispo de Burgos, ni para el del monarca francés.

— ¿Nada teneis que replicar á tan estraña alegacion, señor don Fadrique? díjole el vizconde atónito á vista del silencio y mortal turbacion del gran maestre.

— No es él quien deba responder á ella, gritó doña Margarita saliendo re-

pentinamente: el honor le manda callar, y á mí declarar la causa de su generoso silencio. Las visitas del gran maestre eran para mí sola, y nunca, ninguna noche ha penetrado mas allá de mi habitacion. Juro delante de Dios que el señor don Fadrique no ha sido introducido ni una vez en la estancia de la reina, sin ir acompañado del vizconde ó del señor obispo; y cualquiera que haya osado decir ó dar á entender otra cosa, profirió una calumnia infame.

— Vuestra sencilla confesion lo aclara todo, mi señora doña Margarita, repuso el judío con falsa sonrisa. ¿Es decir que por espacio de diez meses ha entrado secretamente el gran maestre en la habitacion de su alteza, pero siendo recibido en vuestra estancia con la debida virtud y honestidad? No puedo menos de persuadirme de ello, y me esforzaré en hacer partícipes de esta opinion á mi señora doña Urraca, vuestra noble madre, al señor de Alburquerque, padre de vuestro esposo futuro, al señor don Martin

Gil... Cumplísteis con vuestro deber, añadió, viendo el diluvio de lágrimas que vertia la deshonrada Margarita; pero el mio me ordena dar la mayor publicidad á esta singular aventura, que mal conocida, ó malignamente interpretada, pudiera producir rumores injuriosos al terso honor de mi querida reina.

— ¡Qué rumores, señor Samuel! hablad, dijo doña Margarita impetuosamente; es fuerza que en este instante, y á presencia de estos ilustres testigos, quede confundida la calumnia contra la pura y virtuosa conducta de Blanca de Borbon.

— Solo un traidor ó un loco, Samuel, añadió el gran maestre, podrá concebir tan criminal pensamiento. Y en cuanto á la confesion que doña Margarita acaba de hacer, si hay un hombre, cualquiera que sea, que se atreva á interpretarla siniestramente, ó á decir una palabra contra su honor, le declaró vil é infame calumniador; y siendo caballero, me ofrezco yo don Fadrique, gran maestre de Santiago, á sostener con mi cuerpo y del modo que

el rey juzgue oportuno, que el tal caballero mintió groseramente.

— Está muy bien, dijo sonriéndose Samuel: yo informaré al rey mi amo de cuanto acabo de ver y oir.

Lloraba en tanto la infeliz Margarita, reclinada en los brazos del gran maestre, que dirigia á don Samuel Leví venenosas miradas de furor. Este llamó aparte al obispo y al vizconde, y entabló con ellos nueva conversacion en tono bajo, paseándose á alguna distancia, de modo que de cuando en cuando se acercaban al gran maestre y á Margarita, que escuchaban con avidez el secreto coloquio.

— ¿No me informareis, señores, decíales don Samuel, de un mercader gallego que pasó la semana última por esta poblacion, volviendo de la feria de Belcaire?

— Mas de cuarenta han pasado, respondió el vizconde, procedentes del mismo punto: ¿sabeis el nombre de ese?

— No por cierto; solo sé que llevó á la feria lino de Galicia, seda murciana,

espadas de Toledo, y que regresaba con carga de corazas y armas de Milan, de tapices flamencos, espejos de Venecia, perfumes levantinos y colonias de Persia.

— En esos géneros comercian todos los mercaderes gallegos, repuso el vizconde.

— Con todo, es fuerza que trabajemos para descubrir al tal hombre. Las estrañas noticias que divulgó á su paso por Irun nacian sin duda de la indiscrecion de algun individuo de la real comitiva. Hablaba este hombre de las nocturnas visitas del gran maestre á esa dama, sacando las mas audaces consecuencias, sin el menor miramiento al honor de mi querida soberana. Yo tuve por fábula absurda semejantes visitas; pero veo con dolor que el acaso nos ha probado su evidencia.

— Muy perjudicial sin duda, acudió el obispo, á doña Margarita; pero al fin no puede dar materia á la menor sospecha injuriosa contra la reina.

— ¡Oh! señor obispo, ese hombre era un solemne malvado, y aseguraba, no

lo permita Dios, que la habitacion de doña Margarita tiene una puerta secreta que da á la de su alteza ¿Callais, señores? ¿seria cierto?

—— Aunque lo fuera, respondió el vizconde en el colmo de la indignacion, ¿quién seria el insolente que se atreviese á sacar una consecuencia?...

—— ¿Quién decís? replicó Samuel con la mayor sangre fria; ese infame mercader gallego que no respeta lo mas sagrado, y llevaba mas lejos su osadía calculando la época en que comenzaron las secretas entrevistas del gran maestre con la reina...

—— ¡Con la reina! esclamó furioso el de Narbona.

—— Con la reina, asi decia el malvado, en la estancia de doña Margarita. El calumniador atribuía á las consecuencias del nocturno trato, cuya fecha se remonta á cerca de diez meses, la incomodidad que hace algunas semanas obliga á su alteza á ocultarse de todos.

—— Yo le buscaré, gritó fuera de sí el vizconde, mientras el obispo se santigua-

ba pálido de terror, yo le buscaré: yo le arrancaré la lengua que profirió tan abominable calumnia, y azotaré con ella sus lívidos carrillos.

— Su infamia, señor vizconde, prosiguió Samuel, no me inspira menos espanto que á vos mismo; y por ella podeis calcular el deseo que he manifestado de penetrar exactamente la naturaleza de esta enfermedad, para ponerme en estado de responder á las preguntas que el rey no dejará de hacerme; y como se me ha negado por seis semanas el comparecer á vista de su alteza, alegando la mala salud de la reina, y mi conciencia me manda declarar que la he visto hoy en una situacion muy alarmante, con la frente pálida, las facciones descompuestas, recostada en un sillon, arropada con una enorme capa que me impedia descubrir los contornos de su talle...

La aparicion de Diego en la galería avisando á don Samuel que todo estaba dispuesto para la marcha interrumpió el viperino discurso del judío, que despi-

diéndose de los demas interlocutores, sin atender á sus ruegos, saludóles reverente, repitiendo que daria al rey su amo exacta cuenta de lo ocurrido, y salió dejándolos perplejos acerca del partido que les cumplia tomar.

Contristado el gran maestre con tan desagradable suceso, prometió á doña Margarita que seria el zeloso defensor de su honra, y conociendo la necesidad de separarse inmediatamente de la reina, formó la resolucion de ir á fortificarse en una de las ciudadelas de Galicia pertenecientes á su orden, reunir en ella á todos sus caballeros, y tomar de concierto con sus hermanos el conde de Trastamara y don Tello una actitud imponente para lograr que el rey les concediese una paz honrosa y duradera. Conseguido esto, pensaba dirigirse á combatir con los moros para encontrar en esta lucha el término de una vida sin esperanza, y despues de comunicar este proyecto á la buena doña Margarita, separóse de ella, dándola el postrer á Dios.

CAPITULO VII.

En el bosque de Saldaña, situado entre Cea y Sahagun, que distan uno de otro tres leguas, detuviéronse cierta mañana del estío unos cuantos peregrinos á disfrutar durante las horas mas ardientes la apacible sombra de los espesos árboles que estaban convidando con su frescura. Hallábanse en el número de los devotos viajeros que regresaban á sus hogares despues de visitado el sepulcro del patron de las Españas, el ciego Matías, su esposa Paloma, Perez Cuellar, platero toledano, y su nieto Perico, adolescente de diez y seis años. Fuéronse colocando todos sobre la yerba donde no alcanzaban los rayos del sol, y sacando las provisiones que llevaban, empezaron unos á satisfacer su apetito, mientras los demas aprovechaban el rato de dascanso para tender sus fatigados miembros, en-

tregándose á un sueño restaurador. No asi sucedia con Paloma, que, habiendo perdido á su hijo muchas horas antes, se sentia desfallecida, tanto por la pesadumbre como por la incomodidad, que era consecuencia precisa de la falta de cria. Tendida, pues, en el suelo, y sofocada por el escesivo calor, no tardó mucho en perder el uso de sus sentidos, pronunciando entre dientes el nombre de su amado Enriquito. Perez Cuellar, que poseía algunos secretos medicinales, trató de prestar algun ausilio á la infeliz en el momento que, apareciendo un caballero, calada la visera y rebozada su armadura en un gran tabardo de terciopelo negro, comenzó á preguntar á los peregrinos por una muger llamada Paloma que habia pernoctado en Cea.

—Ahí está, señor caballero, dijo Matías sollozando, ahí está tendida, moribunda: ¿qué la quereis?

—¿No criaba un niño que murió esta misma noche? preguntó el caballero.

—¡Ah! sí señor, repuso Perez Cue-

llar; y la muerte de ese niño es la causa de su mal.

— Pues aqui le traigo otro, añadió el incógnito desembozándose y mostrando en sus brazos un infante recien nacido.

— Venga acá, esclamó Perez Cuellar tomándolo y aplicándolo al seno de Paloma. Sosten á tu muger, Matías, que si el niño coge el pecho, se salva mejor que con todos los remedios que yo pudiera hacerle... Muy bien... El inocente estaba muerto de hambre...

— Oid dos palabras, buen anciano, díjole el caballero sacándolo del corro de los peregrinos.

— ¿Qué teneis que mandarme?

— ¿No sois Perez Cuellar, platero de Toledo?

— El mismo soy.

— Pasando por Sahagun siete meses hace, ¿no os alojásteis en casa de un amigo de Ruy-Diaz, el mayordomo mayor del señor de Alburquerque?

— Ahí es la verdad, y á buen seguro que tuve ocasion de hacer al mismo

Ruy-Diaz un obsequio que no debe haber olvidado, pues á ruego suyo presté mi litera á una linda muchacha...

—— Ya lo sé, no prosigais: me consta tambien que sois hombre recomendable y digno de toda confianza. ¿No vais directamente á Toledo con Paloma y su marido?

—— Sí señor.

—— Pues bien, honrado anciano, en el nombre del Altísimo y del Santo Apostol cuyo sepulcro acabais de visitar, os ruego me hagais un señalado favor.

—— Mandad, caballero, que si es cosa de mi profesion...

—— De ningun modo: se trata de que recibais este bolsillo, que contiene quinientos maravedís, y empleeis esta suma en la alimentacion de Paloma y del niño que acabo de darle y poner bajo vuestra proteccion.

—— ¿Y con qué título disponeis de ese infante, señor caballero? ¿cuál es su nombre?

Mientras confuso el incógnito, no sa-

bia cómo satisfacer á la justa pregunta del anciano, Paloma iba recobrando el conocimiento, gracias al afan con que el ambriento niño habia desvanecido su dolencia. Viendo, pues, en sus brazos otro pequeñuelo, casi de la misma edad del que perdiera, comenzó á aplicarle el nombre de este, no enteramente recobrada de su letargo.

—¡Enrique! ¿eres tú? ¿Te vuelve el cielo á mis brazos, Enriquito mio?

—Dejémosle con el nombre que le ha dado su nodriza, dijo á Perez Cuellar el incógnito saliendo de su perplejidad. Llamadle Enrique.

—Yo conozco esa voz, dijo Matías á Paloma muy quedito.

—En Toledo, continuó el incógnito, os entregarán muy pronto otra cantidad igual á esta, y otras sucesivamente, segun sea necesario, pues deseo que Paloma y su marido vivan en la mayor abundancia mientras dure la crianza de Enrique, quedando ademas su suerte asegurada para el resto de su vida si el cuidado con que

traten al infante es merecedor de recompensa. Comprad una buena mula en la primera poblacion, para que sea mas cómoda la caminata. Os obligais, Perez Cuellar á este singular favor.

—Me obligo solemnemente, y pongo al cielo por testigo.

—Págueoslo Dios. Y quitándose el guante, sacó del dedo una sortija, la rompió en dos pedazos, y dió uno de ellos á Perez, añadiendo: tomad la mitad de este anillo: la envolvereis en un escapulario que ha de llevar el niño colgado del cuello. ¿Me jurais, buen anciano, no entregar á Enrique sino á mí mismo, ó al que en mi nombre os presente la otra mitad, que deberá encajar exactamente con la que dejo en vuestras manos?

—Lo juro, señor caballero, por mi salvacion.

—Dios os bendiga, y conceda largos años de honrada existencia.

Dichas estas palabras, desapareció.

—Cuando yo te aseguro que es el gran maestre de Santiago, dijo Matías en

voz baja á Paloma, estudiado me lo tendré. Y levantándose todos los peregrinos simultáneamente, volvieron á continuar su marcha con la lentitud que pedia el calor y su cansancio.

Don Martin, fiel al juramento que su madre le exigiera, no procuró indagar el parage donde María se hallaba por orden de su madrina. Creyóla encerrada en alguno de los aposentos mas solitarios del castillo, donde permaneceria oculta, bajo pretesto de castigo, hasta el suspirado término de su convalecencia. Tranquilo al menos en este punto, devoraba el amante caballero sus secretas angustias, y para esquivar de algun modo la inquietud de su espíritu al acordarse de un porvenir incierto, púsose á la cabeza de la compañía de hombres de armas que su padre envió para hacer frente á las del conde de Trastamara, que se hallaba en Asturias. Ganó con sus heróicos hechos las doradas espuelas de caballero, y el mismo conde de Trastamara, aunque adversario y hábil capitan, admiró las proezas del

esforzado jóven, por mas que costáran la vida á muchos de sus mejores soldados.

Volvióse al castillo de Sahagun, dos dias antes que tuviese lugar la estraña escena con que este capítulo comienza, muy ocupado el pensamiento de su bella María, muy feliz al considerar que la fama de su amante, del padre de su hijo, habria penetrado acaso hasta la retirada mansion de la hermosa prisionera. Calculaba don Martin que ésta debia ser madre dos meses hacia, época en que la altiva doña Urraca salió del castillo para reunirse en San Juan de Luz con la reina doña Blanca.

Mas en vez de encontrar á María en el goce de su libertad y al lado de la bondadosa doña Isabél, halló en Sahagun á doña Urraca y á su padre. La vista de los adustos personages causó al pronto en el ánimo del caballero cierta admiracion mezclada de terror, que no pudo menos de dulcificarse al ver que recibia de ellos las pruebas del mas esquisito cariño: en efecto, pasóse el primer dia de su llegada en

los placeres de un festin anticipadamente dispuesto para celebrar su regreso y sus victorias. Por la noche llamóle á un lado doña Isabél, y le confió que á vista de las conversaciones de Alburquerque con doña Urraca, sospechaba con mucho fundamento que entrambos habian renunciado al empeño del matrimonio con doña Margarita, muy comprometida por la pública y generosa confesion que hizo de sus conferencias secretas con el gran maestre de Santiago. Díjole tambien que María estaba en Leon, y que manifestando su padre, en presencia de doña Urraca, los mayores deseos de ver á la desterrada María, y de que ésta volviese á ocupar en el castillo el lugar que la correspondia por su clase, habian enviado el mismo dia una carta al comendador de Hinestrosa, invitándole á volver á Sahagun con su sobrina.

Incapaz don Martin de dar treguas á su amorosa impaciencia, no bien partió Ruy-Diaz, portador de la carta, con un grueso de ballesteros para escolta de Ma-

ría, cuando montó su mejor caballo, y por ciertas veredas que le eran conocidas voló á Leon, donde tuvo la dicha de abrazar á su amante y de darle la primera noticia de las favorables disposiciones de sus parientes para con ella. No hay que hablar del entusiasmo y tiernas caricias de los enamorados jóvenes, y ardiendo don Martin en deseos de abrazar al hijo de su amor, llevóle doña María á un aposento elevado, donde se criaba el niño Alfonso al cuidado de una honrada dueña llamada Mergelina, sin que el bueno del comendador hubiese traslucido su nacimiento ni permanencia en el castillo. Lisonjeábase María con la esperanza de que Paloma pasaria de vuelta por Leon, llevándose al niño á Toledo; pero las turbulencias de Galicia multiplicaron el número de salteadores y bandoleros, en términos que los peregrinos tuvieron que hacer un largo rodeo para evitar su encuentro, tomando el camino de Oviedo y apartándose de Leon. Fue, pues, muy grande la confusion de don Martin al discurrir un

medio de dejar en manos seguras al niño Alfonso antes de su salida para Sahagun, pues Mergelina habia de acompañar á la Padilla: ademas de esta circunstancia, no podia perder momento, porque tenia precision de hallarse en el castillo de su padre antes de la noche. Desesperábase María, y al fin resolvieron de comun acuerdo que don Martin llevaria consigo al niño y lo depositaria en alguna aldea de las inmediaciones de Sahagun por un corto número de dias, en cuyo término habria tiempo de proporcionarle seguro asilo.

Partió, pues, el heredero de Alburquerque sin ser visto, gracias á la astucia de Mergelina, y tomó á todo correr el camino de Sahagun. El igual y rápido movimiento de su caballo sirvió de cuna al niño, que fácilmente se durmió. Cruzando el jóven desusados senderos, habia caminado ya cuatro leguas en direccion del castillo de Cea, cuando dispertándose el infante, comenzó á lanzar agudos gritos. No vió don Martin otro recurso que el de acercarse á unos cabreros, los

cuales, por una corta porcion de oro, se encargaron del niño, de llevarle á Cea, y cuidarle hasta que se presentase el mismo que le encomendaba á su caridad, fingiendo haberlo recojido en un campo no distante, donde le oyó llorar abandonado. Continuó su camino don Martin, y llegó á Sahagun sin que fuese advertida su larga ausencia, pues el señor de Alburquerque, acompañado de su esposa y hermana, habia invertido el dia entero en visitar á los barones y caballeros de las cercanías, sin volver á su castillo hasta despues del regreso de don Martin, el cual á la mañana siguiente, muy de madrugada, dirigiéndose hácia Cea, encontró no lejos del bosque donde descansaron los peregrinos á los propios cabreros que tenian al niño en su poder. Dijéronle éstos que una dueña del castillo de su madre, llamada Mencía, se habia encargado del infante suponiendo conocer á sus padres, noticia que sobresaltó á don Martin. Felizmente los pastores añadieron, que varios peregrinos que volvian de Compos-

tela se habian detenido aquella noche en la inmediata aldea, y que una de las mugeres que con ellos iban habia perdido un niño de la misma edad que el otro: que interesándose toda la parroquia en la desgracia de la pobre madre, se tomaron informes de ella y de sus compañeros de viaje, sabiendo que se llamaban Paloma, Matías y Perez Cuellar, platero toledano. Apenas concluida esta relacion de los cabreros, presentóse de repente un caballero armado de punta en blanco, que alzando su visera y abriendo los brazos, recibió en ellos al atónito don Martin. Era el caballero el gran maestre de Santiago. Sin consultar don Martin mas que á la necesidad del momento, y enteramente preocupado con la idea que acababa de concebir, rogó al gran maestre que corriese al castillo, preguntase por el niño á la anciana Mencía, y le trajese sin pérdida de tiempo para entregarle á Paloma; y segun ha visto el lector, todo salió á medida de sus deseos. Sin embargo, en el acaloramiento de la entrevista de los dos

amigos no acertó don Martin á comunicar á don Fadrique la señal que haria distinguir siempre á su hijo, y consistia en su nombre Alfonso, grabado sobre su brazo derecho con letras indelebles, aunque no dejó de complacerle que el niño llevase interinamente el de Enrique, cuya circunstancia no podia menos de contribuir á la duracion del secreto de su nacimiento que convenia guardar por entonces.

Concluida la comision de don Fadrique, volvió sin detenerse á tranquilizar al heredero de Alburquerque, que no poco sobresaltado le aguardaba en el mismo punto donde le habia encontrado. Despues de manifestarle el feliz éxito de su amistosa tentativa, puso en manos de don Martin la mitad de la sortija rota que habia de servir de contraseña para la entrega del niño.

—Tomadla, caballero, le dijo; y acordaos de que este anillo era un regalo de Blanca de Borbon, en el cual iba estampado su nombre: la posesion de tan pre-

ciosa joya daba pábulo á la llama de un amor que el deber y la delicadeza me mandan hoy sofocar. Complázcome en creer que este sacrificio hecho á la amistad logrará mitigar el mal de mi pecho.

— ¡ Ah, señor don Fadrique! repuso abrazándole don Martin, ¡ cuánto os compadezco, y cuántas veces he recordado con horror los peligros que puede acarrear á Blanca la negra iniquidad de Samuel!

— Tranquilizaos en este punto, amigo mio, pues la generosa resolucion de la desdichada Margarita...

— No compadezcais á mi prima, don Fadrique, pues es dichosa con su suerte. Escríbeme muchas veces con amor fraternal: díceme que nada la resta que desear, contando con la seguridad de mi corazon y el de la reina, que, como yo, conoce su inocencia. Margarita es un ángel, y no solo os perdona, sino que os estima.

— Ella misma, replicó el gran maestre, acaba de asegurármelo en este instante.

— ¡ Ella misma! ¿ cómo pues?

-- Margarita se halla en Cea.

-- ¿Es posible? ¿desde cuándo se ha separado de la reina? ¿qué objeto la ha traido aqui?

-- Lo ignora, pues una orden espresa de su madre la ha obligado á presentarse repentinamente en el castillo. Antes de salir de San Juan de Luz me envió un mensage á Jijon, donde yo me hallaba en compañía de mi hermano el conde de Trastamara. Margarita me señalaba el dia de su llegada á Cea, suplicándome que fuese á verla ocultamente; y con este motivo os he citado á este lugar, confiando que me proporcionaríais libre entrada en el castillo. Pero ayer noche se me presentó una ocasion favorable: introdújeme con unos mercaderes que llevaban provisiones de toda especie, y tuve con Margarita una larga conferencia, no sin algun riesgo de ser descubierto por su madre, que acababa de llegar.

-- Me dejais sumamente confuso, pues no me es dable comprender el motivo de la venida de Margarita, ni por qué mi tia,

en lugar de traerla á Sahagun, la tiene metida en Cea con semejante misterio. Sin duda lo ignoraba mi madre, pues me hubiera dado á entender algo.

—Doña Urraca ha salido de Cea esta mañana, continuó el gran maestre, sin dar á su hija la menor esplicacion en punto al viaje, y contentándose con prevenirla que aguardase y ejecutase las órdenes que le comunicaria prontamente. Por otra parte, las nuevas que vuestra prima me ha dado acerca de Blanca de Borbon son menos tristes de lo que yo temia. Parece que el infame Samuel ha juzgado conveniente á su interés pasar en silencio la afrenta recibida en San Juan de Luz, y no propalar la abominable calumnia que engendrára su furor en el primer momento. Toda la deshonra ha recaido sobre la infeliz Margarita, y gracias á esto, ha sido respetada la reina, quedando intacta su buena fama. Desde entonces el rey mi hermano ha continuado escribiéndole cartas llenas de apasionada ternura, y es evidente que su estra-

falaria pasion á Aldonza Coronel constiye el verdadero motivo del retardo que sufre la coronacion de Blanca: verdad es que siempre alega sus contínuas guerras, que la reina le cree y se arma de paciencia; pero me consta que la corte de Francia mira con enojo tan dilatada detencion, y acaso esto influirá mucho en que se celebren pronto las reales nupcias. En tanto debo decir que nunca el rey se ha manifestado conmigo tan franco y cariñoso, por lo cual, lejos de unirme á mis hermanos, he mantenido toda Galicia y las poblaciones de mi maestrazgo en sumisa obédiencia, disponiendo los rebeldes á la paz.

—Efectivamente, he oido hablar de esa agradable noticia, repuso don Martin, y mi padre mismo declaró el otro dia ante una multitud de caballeros, sus vasallos, que el rey, que desde Toledo se dirigia á Valladolid con designio de ir á poner sitio á la fortaleza de Jijon, habia revocado la orden de marcha de las compañías, que llegaban ya mas allá de Burgos hasta Reinosa, donde han formado

un campo considerable, y tambien que la corte regresa á Castilla la Nueva.

—— Asi es la verdad, y esta mañana ha dicho doña Urraca á Margarita que el rey habia emprendido ya su viaje á Toledo, y que la imprevista aparicion del señor de Alburquerque en Sahagun tiene por objeto recibir allí á los caballeros encargados por el conde de Trastamara de tratar con él las condiciones de la paz. La favorable disposicion en que dejé á mis hermanos me persuade de la certeza...

—— Decidme, don Fadrique, dijo don Martin interrumpiéndole y mirando con inquietud por entre los árboles, ¿son de vuestra comitiva esos dos hombres de armas que descubro en el camino de Cea?

—— Uno de ellos es Juan Cavedo, respondió el gran maestre, único escudero que he traido de la aldea donde dejé mi escolta; pero no conozco al otro. Hace algun tiempo que los veo hablar con interés: ya se separan, y Juan Cavedo viene hácia nosotros, bastante agitado al parecer.

— Perdonad, señores, dijo el nuevo interlocutor, si me atrevo á interrumpiros; pero traigo estrañas nuevas. El rey llegó ayer mañana á Burgos.

— ¡El rey! esclamó asombrado el gran maestre: ¿quién te ha dicho eso?

— Un antiguo criado vuestro, respondió Cavedo, á quien casualmente encontré en el vado del arroyo, adonde llevé los caballos para que bebieran. No ignoraba tampoco que vueseñoría se halla en este bosque, y que ayer y esta mañana se ha introducido en el castillo de Cea.

— ¿Y quién es ese criado mio?

— Don Diego García de Padilla.

— ¡Ah traidor! gritó el gran maestre sin poder enfrenar su cólera; ¿y cómo pudo saber?...

— Pasando por Aldea de la Fuente, donde quedó la escolta, reconoció algunos camaradas y les hizo mil preguntas.

— ¿Cómo es posible, cuando todos ignoran mis idas á Cea?

— Lo que yo sé decir, repuso Cavedo, es que Padilla me ha hablado de

ellas con un tono que me ha hecho poquísima gracia.

—— Vaya, vaya, poco me importa lo que diga ese miserable; pero me admira la llegada del rey á Burgos, y no puedo menos de dudarlo todavia.

—— Pues el mismo Diego, continuó el escudero, afirma que Samuel Leví recibió en el campo de Reinosa una carta de puño del rey, en la que le daba cuenta de su viaje.

—— ¡El rey en Burgos!... esclamó el gran maestre: ¡cuando se divulgaba la noticia de su vuelta á Toledo!... ¡cuando decian que iba á firmarse en Sahagun la paz con el conde!...

—— ¿Y por qué casualidad, preguntó á Juan Cavedo don Martin, se halla aqui don Diego? ¿adónde va?

—— A Sahagun, respondió Cavedo, precediendo á su amo Samuel Leví; y si he de creer lo que me ha contado, parece que el rey en persona viene mañana al castillo de vuestro padre.

—— ¡Quiéralo Dios! esclamó don Mar-

tin lleno de júbilo: si asi sucede, concluyeron nuestros males. Me presentaré al rey, consuelo que mi padre me niega con tanta obstinacion, y que don Pedro no desea menos que yo: oirá mis disculpas, y ya que una ausencia de tres años no puede haber alterado la amistad de nuestra infancia, le hablaré de María...

—No, amigo mio, interrumpió el gran maestre reflexionando acerca de estos acontecimientos: todo me presagia un siniestro porvenir. Samuel es un hombre infernal, y no sin intencion habrá querido acompañar al rey en este viaje, que vuestro padre no puede menos de desaprobar... Es absolutamente preciso que yo me informe de la verdadera causa de la llegada del rey á esta provincia. ¿Quién sabe si marcha contra el conde? ¿quién sabe si su objeto es apresurar la deseada conclusion de la guerra?... ¡Ah don Martin! ¿á qué vendria entonces tanto misterio? No puedo menos de confesaros que ruedan en mi cabeza mil funestos pensamientos...

—— Amigo mio, repuso don Martin, antes de todo sepamos lo que hay de cierto: tomemos juntos el camino de Sahagun, nos separaremos en una de las aldeas vecinas, entraré solo en el castillo, donde indagaré lo que os importe saber para corroborar ó desvanecer vuestra incertidumbre, y volveré por la noche á daros exacta cuenta de lo que ocurra.

—— Acepto vuestra proposicion, mi querido don Martin, pues en la duda en que me hallo, cualquiera resolucion que tomase podria ser fatal á alguno de mis hermanos, ó tal vez á mí mismo. Juan Cavedo, acerca los caballos.

Y montando en sus gallardos corceles, emprendieron el camino que acababa de indicar el prudente don Martin.



CAPITULO VIII.

— TRANQUILÍZATE, hermano mio, decia doña Urraca al señor de Alburquerque entrando en el salon del castillo; sin vender el secreto de la próxima llegada del rey, todo lo habia dispuesto para hacer digna de tal huésped la acogida que meditais. Las abundantes provisiones de todo género, reunidas en vuestro castillo de Cea, vienen á poca distancia con mis criados. Habrá pompa, magnificencia... y ojalá se realicen tus proyectos con igual facilidad.

— No dudes de su buen éxito, respondió Alburquerque, pues siendo María de Padilla sin comparacion mas hermosa que Aldonza Coronel, es fuerza que don Pedro se enamore de ella hasta los tuétanos, ademas de que nada he omitido para irritar sus deseos. Ni tampoco debemos temer al judío, porque no aborrece menos que yo á la falsa Aldonza;

al contrario, favorece mis planes con mucho ardor, pues se lisonjea de volver en su provecho particular la elevacion de María de Padilla, contando con el ausilio del hermano. Este descarado intrigante, ese Diego, que en el dia es su primer confidente, concibió la idea de encumbrar á su hermana; pero tengo de mi parte al comendador de Hinestrosa, y María, educada en mi casa, y ahijada de mi muger, nunca perderá de vista que su fortuna es obra nuestra.

— No hay que fiarse, repuso doña Urraca: la niña es ambiciosa y altanera, y dudo mucho que se preste á complacer tus miras.

— No me da pena, pues en ese caso sabré perderla y dar á otra su lugar. Bastante habré logrado con envilecerla para que Martin desista de llamarla su muger, si nos sirve ademas para decidir la desgracia de Aldonza Coronel, cuando es tan urgente deshacernos de ella á toda costa.

— En hora buena; pero no pierdas de vista, hermano mio, que el punto esen-

cial es apresurar la llegada de la reina Blanca. Su belleza, su amabilidad, su ilustrado talento han de ejercer indispensablemente absoluto y duradero imperio en el espíritu femenil de don Pedro.

—¿Y has hallado mas dispuesta á Margarita á dar la mano á su primo? preguntó Alburquerque despues de un momentáneo silencio.

—Poco me importa su buena ó mala disposicion, cuando estoy segura de que obedecerá mis órdenes. ¡Ojalá dijeses otro tanto de tu hijo!

—Mi hijo se conformará con mi voluntad, repuso Alburquerque con calor, y si se resiste, quedará preso hasta mi muerte en la torre de Cea. Tengo tomadas mis medidas para conseguirlo. El rey, hasta que haya logrado una paz ventajosa con el conde de Trastamara, está decidido á contemporizar con el gran maestre, á quien aborrece mas que á los otros bastardos, pues el astuto Samuel ha conseguido persuadirle de que este príncipe es amado de Blanca de Borbon; y una

vez que es fuerza decirlo, ese es el principal obstáculo de la llegada de la reina. El judío tiene espías en San Juan de Luz, mientras otros siguen todos los pasos del gran maestre, por cuyo medio se han descubierto las secretas conferencias del príncipe con mi hijo en el bosque de Saldaña. Verdad es que Samuel solo á mí las habia confiado; pero temiendo alguna traicion he corrido á revelárselas al rey, que ha sabido agradecérmelo. Estalló en imprecaciones su cólera contra don Martin, y no he logrado poco apartándola de mi cabeza. Solicité la orden de encerrar á mi hijo: esta orden ha llegado ya: mi amigo Benavides, á quien he elevado á la dignidad de justicia mayor, acaba de traérmela, y solo aguarda el regreso de Martin para ejecutarla. Margarita será su carcelera, ya que su honor está tan interesado en este negocio como el tuyo: mi hijo se casará con ella, ¡ vive Dios! ó morirá de pesadumbre.

— Bien segura estoy yo de que se casará con ella, no lo dudes, aunque no

puedo negar que su amor á María me daba mucho que temer, viendo firmes pruebas de él en las cartas que dirigia á Margarita, y que encontré en lo mas hondo de su arca; pero en esas mismas cartas he leido tambien la espresion de la ternura mas acendrada hácia mi hija...

— Pues entonces poco trabajo cuesta dar á su viva amistad una interpretacion amorosa. Con ellas se persuadirá María de que mi hijo da gustoso la mano á su prima, y el despecho la arrojará á los brazos del rey. Martin no podrá ya oponer á nuestros deseos resistencia alguna; y si se revela, ¡perezca antes de trastornar mis designios ó de estorbar mi fortuna! Ven, Urraca, elijamos las cartas mas interesantes, y pongámonos de acuerdo, pues María no puede tardar ya. Héla que llega, añadió al oir el clarin del centinela de la torre y asomándose al balcon: bien conozco, aunque de lejos, á los hombres de armas de Ruy-Diaz. Creí que mi hijo estaria antes de vuelta, y voy á decir al justicia mayor que oculte de Ma-

ría sus ministros y alguaciles, pues conviene que ignore la prision de don Martin, y crea que de su voluntad ha abandonado el recinto del castillo. Todo se dispondrá de modo que le prendan sin algazara, y que sin perder momento le conduzcan á Cea.

Terminó esta diabólica conferencia la llegada de María de Padilla con su tio el comendador, á quienes dejaremos descansar para ocuparnos desde luego de los acontecimientos del siguiente dia.

Fácil es discurrir que los dos personages que figuran en el anterior coloquio no perdieron un solo instante en deslumbrar á María con la falsa noticia de la precipitada fuga de don Martin, despues de la secreta prision del caballero, confirmando su desamor la lectura de las amistosas cartas á Margarita. Hallábase, pues, la desventurada María llorando sola en su aposento y maldiciendo tal vez al inocente jóven, cuando á vista del comendador, iniciado ya en la infernal trama de los Alburquerques, enjugó sus senti-

das lágrimas, tomando un aspecto algo risueño, que mal se conformaba con el abatimiento de su espíritu.

— Vaya, vaya, Mariquita, díjole Hinestrosa sonriéndose; paréceme que el descanso de esta noche ha dado algunas treguas á tu mal humor.

— Os aseguro, querido tio, que me consuela la idea de volver á Leon y de encerrarme de nuevo en mi obscura y querida soledad.

— ¿Qué estás diciendo? La soledad no se ha hecho para una jóven noble y hermosa como tú.

— ¿Acaso me ha salvado la nobleza de las humillaciones que sufrí ayer? replicó María algo indignada. ¿Y de qué me ha servido esta miserable hermosura á que dais tanto valor, si fijar no ha podido el corazon del ingrato don Martin?

— ¿Pero no consideras que don Martin ha debido ceder al deseo de su familia, á la voluntad del rey?...

— No señor; solo escuchó su perversa inclinacion. Él ama a la necia Mar-

garita, ama sus inmensas riquezas, ama el título de rico-hombre que le trae en dote. Yo misma he leido las cartas en que exagera su indigno amor y su ardiente deseo de substraerse de la dependencia en que le tiene la avaricia de su padre. Sí, don Martin se halla ya devorado por la sed del oro, y á tan baja pasion me sacrifica... ¿Por qué, pues, ayer mismo, en el instante que se preparaba á conducirla al altar, fue á Leon á jurarme amor eterno? ¡Ah pérfido!

— María, considera que eres pobre, y don Martin por su matrimonio será el mas rico caballero del reino. No debes, pues, estrañar que al hablarte de su amor calculase que tú, á ejemplo de tantas otras jóvenes de un nacimiento igual al tuyo, pudieras ceder al atractivo del oro...

— ¡No acabeis por vida vuestra! esclamó encolerizada la Padilla; ya lo veo, ya comprendo el aire triunfador de la orgullosa Urraca, la insultante piedad de Alburquerque. Ahora, ahora es cuando quieren alhagar á la dama con indife-

rencia, y aun con alegría, mientras temiendo que llegue á ser la esposa de don Martin, me persiguen con rabioso furor. La deshonra de una pobre muger, el oprobio de una familia distinguida entran en sus cálculos, y don Martin suscribe á tan odioso tratado. ¡Ah! ¡cuánto desprecio, cuánto odio me inspiran todos estos Alburquerques!... ¡qué dulce me seria la venganza!

— Si hablas con sinceridad, dijo el comendador bajando la voz, acaso...

— ¿Hay por ventura algun medio? decídmelo, y aunque me cueste la vida...

— No á tanta costa, hermosa María. En tu mano está mortificar, confundir á toda esta familia tan orgullosa por sus riquezas y su favor.

— ¡En mi mano! esclamó admirada la Padilla; ¿y cómo?

— ¿No sabes que el rey llega hoy á este castillo con toda su corte?

— No lo ignoro, y por esto mismo quiero marcharme esta misma mañana.

— Y no consideras que entre la tur-

ba de príncipes y grandes señores que forman la comitiva del rey, todos idólatras de las bellezas, habrá muchos que se tendrian por felices en ofrecerte su corazon...

—No lo quiero, respondió María con fiereza.

—Y su mano. ¿Hay acaso alguno de ellos que se tenga por mas noble que nosotros? Los Castros, los la Cerda, los Mendozas, los Toledos, los Portocarreros son parientes nuestros. Créeme, María, nunca pudo admirar la corte de Castilla una belleza tan singular como la tuya: si cedes á los deseos de tu madrina asistiendo al festin real...

—¿A qué? ¿á presentar este rostro abatido, estos ojos inundados de lágrimas?

—Nunca brillaron con fuego tan vivo como el que ahora los anima, y el despecho mismo les comunica irresistibles atractivos. María, vuelve en tí, asiste al baile esta noche...

—¡Al baile, tio! esclamó María, ¡al baile, cuando tengo todo el infierno en mi corazon!

-- Puedes vengarte, puedes humillar á tus orgullosos perseguidores. Atrévome á jurar que no se ha de pasar la noche sin qúe reciba yo la proposicion de algun ilustre enlace. ¡Cuán hermosa eres!

-- ¡Y cuán pobre, tio mio!

-- Esas son vejeces. Los caballeros que vienen con el rey son casi todos independientes, dueños absolutos de su voluntad: el amor no calcula, ¿y quién puede inspirarlo como tú? quién sabe si el mismo rey...

-- Basta ya, interrumpió María con severidad; esa sola palabra lo descubre todo, y no debo escuchar mas. Cuando me hablabais de un marido...

-- ¿Y no puede serlo el rey? ¿Te crees indigna de tan elevada fortuna?

-- Tio, os estais enredando en la propia red que quereis tenderme. ¿Se os olvidó que el rey está casado?

-- Todavia no lo está, repuso el comendador bajando mucho la voz y acercándose á María: tu hermano acaba de confiarme un gran secreto de que solo

estan instruidos el judío y él, y que los Alburquerques ignoran. Has de saber que el rey no se casará jamas con la princesa doña Blanca.

— ¿Qué significa ese misterio? ¿no le ha dado ya su mano por poder y con la mayor solemnidad ante el rey de Francia y el duque de Borbon?

— Esa pública ceremonia seria con efecto un nudo indisoluble si despues no hubiesen sobrevenido causas de nulidad de tan grave naturaleza que ya es imposible el matrimonio. Has de saber... pero júrame por tu cabeza que este secreto quedará sepultado en tu pecho.

— Yo os lo juro delante de Dios, repuso María con la mayor impaciencia.

— Sabe, pues, que Samuel ha descubierto un amoroso trato entre Blanca y el gran maestre. Mucho tiempo hace que don Fadrique me habia confiado su pasion. Ella correspondia... ella ha sucumbido...

— ¡Es posible! esclamó María en el colmo de la agitacion.

—— Samuel, que queria vengarse de una afrenta recibida de doña Blanca, presentó la prueba al rey, que sabe ya que su esposa es madre...

—— ¡Madre! ¿y cómo se ha descubierto?

—— En la corte no hay secretos. El rey, enfurecido por los rabiosos zelos, hubiera manifestado ya su justa indignacion, á no temer que irritado el gran maestre fuese á prestar ausilio con sus armas al conde de Trastamara; pero á pesar de todo, nunca entrará en Castilla doña Blanca. Ademas, el rey anhela casarse, anhela tener herederos legítimos que hagan frente á la turbulenta ambicion de los bastardos y de los infantes sus primos. ¿Comprendes ahora, María de mi alma, cuál pudiera ser tu suerte, si, como esperan Alburquerque y doña Urraca, logra tu espléndida hermosura atraer hoy y fijar la atencion de nuestro soberano?

—— ¿Cómo, esperan, decís, querido tio?

—— Fuerza es confesarlo. Sí: Alburquerque y su hermana han calculado este golpe decisivo para triunfar del judío y

de Aldonza Coronel. Su proyecto es hacer de tí el instrumento de esta trama, con la esperanza de sacrificarte fácilmente á Blanca de Borbon, á quien anhelan ver sentada en el trono, pues tambien cuentan con ella para dominar al monarca.

—¡Sacrificarme! ¡infames! esclamó María fuera de sí: ¿y entra don Martin en tan abominable complot?

—Si asi no fuese, ¿cómo interpretar las caricias que te hizo para conducirte aqui, y su fuga para ir á reunirse con Margarita?

—Don Martin, dijo María sofocada ya por la cólera, es un malvado, un hombre sin ley, y no me inspiran menos horror sus mismos padres.

—Ellos fueron, repuso el comendador, los que inflamaron la imaginacion del monarca con maravillosas ponderaciones de tu hermosura, logrando que sin haberte visto esté ya perdido por tí: ¿qué será, pues, cuando te contemple con los espléndidos atavíos que indispensablemente han de añadir nuevos quilates á tu

gloria? Olvidábaseme decirte, que para asegurar doña Isabél el triunfo de tus atractivos, ha mandado disponer una magnífica bata de tisú, bordada de armiño, y el señor de Alburquerque me encargó ofrecerte en su nombre una cadena de perlas y rubís que estaba destinada para su nuera. Aun hay mas: doña Urraca quiere que te pongas hoy su riquísimo aderezo; y en ese gabinete estan ya dispuestas todas las galas... ¿No quieres verlas?... Bueno fuera que este juego con que los ambiciosos quieren entretener al coronado adolescente, te sirviese para conquistar un esposo...

—Si pudiese creerlo, dijo María echando fuego por los ojos, entonces...

—En tu mano está. Basta que te vea vestida con el esplendente trage, cubierta de pedrería, con esos ojos tan animados como ahora estan, con esa tez, cuya frescura deslumbra... ¡Ah María! presto brillará en tus sienes la corona de Castilla y de Leon, y los orgullosos Alburquerques...

—¡Cuánto los aborrezco!

—— Esfuérzate en ser su reina, y verás entonces arrastrarse por el suelo que pises á esas mismas culebras que intentaban mancharte con su veneno.

——¡Ah tio! yo arrostraría la muerte por gozar un solo instante de tan exaltada alegría.

—— ¿No oyes? dijo el comendador mudando de tono al percibir una marcha guerrera y el confuso rumor de las lejanas aclamaciones que anunciaban la proc-simidad del rey; María, ahí estan esas joyas, esas piedras, esas galas; ven sin perder momento.

—— Vamos, respondió María con vigor; tomada está mi resolucion, y aunque me cueste la vida... esta es mi suerte.



CAPITULO IX.

Los primeros personages que ocuparon el vasto salon del castillo de Alburquerque, destinado á recibir solemnemente al monarca de Castilla, fueron el tesorero mayor don Samuel Leví y su digno confidente don Diego García de Padilla. La anticipacion con que se presentaron á efecto de no perder un ápice de cuanto necesariamente debia suceder alli, les proporcionó abundante espacio, y lo llenaron con la siguiente conversacion.

—Todos los cortesanos se atropellan por meterse en la galería y en las antecámaras, dijo don Samuel; nosotros estaremos mejor aqui, y podremos departir un rato. Vamos recapitulando todos los antecedentes. ¿Con que tú respondes de haber visto con tus mismos ojos que el gran maestre entró ayer mañana en el castillo de Cea, y que salió poco despues con un niño oculto debajo de su tabardo?

— Cuando el gran maestre salia del castillo, respondió don Diego, estaba yo revuelto con los acemileros que traían las provisiones á Sahagun. Pasó juntito á mí, entonces lloraba el niño á mas y mejor, por lo cual tomó precipitadamente el sendero del bosque, de donde una hora despues salió acompañado de don Martin, y los vine siguiendo hasta el castillo.

— ¡Ah necio! repuso descontento el judío: ¡los peregrinos eran los que debiste seguir, en nombre del Altísimo! ¿no conoces que ellos se llevaban el niño en la litera? ¿por qué no haberte informado de quiénes eran, del camino que llevaban?

— Como salieron del bosque por el lado opuesto, temí perder de vista á los caballeros, y no traté de seguir á los peregrinos, creyendo que don Martin tuviese el encargo de recibirle.

— ¿Y no te se ocurrió la idea de que Margarita habia traido de san Juan de Luz ese niño, que solo puede ser fruto del adulterio de Blanca y del gran maestre?

¡Cuán torpe anduviste! ¡qué poco puedo esperar de tu decantada fidelidad!

—Hola, hola, señor don Samuel, replicó Padilla algo amostazado; no hay que levantarme tanto el grito.

—Serénate, Diego mio, pero reflecsiona cuánto perdemos, y compadece mi justo dolor. Si hubiésemos podido alcanzar esa prueba irrefragable del crímen de la francesa, era segura mi venganza.

—Mejor la alcanzareis con el triunfo de mi hermana.

—Bien se conoce que no te abruma el sangriento ultrage que esa fanática hizo á mi persona, á toda mi nacion, cuyo esterminio ha jurado. Su público deshonor, un divorcio ruidoso son los únicos medios de lavar mi injuria, y de fortificarme contra sus proyectos, proyectos harto conocidos, que cuentan ya escesivo número de partidarios. Mucho lograremos á la verdad si tu hermana logra deslumbrar al rey y vencer á Aldonza Coronel, que se iba declarando contra mí; pero si el triunfo se convirtiese en pro-

vecho de los Alburquerques, ¿quién...

— Os digo que no, y os lo diré cien veces si es preciso. ¿Quereis que os repita hasta qué punto los aborrezco desde el acontecimiento de Sevilla, cuando don Martin desechó la única ocasion favorable para apoderarse del gran maestré? Pues mas todavia los aborrece mi hermana, á quien trataban con tan negra indignidad, y el principal objeto de su aborrecimiento es esa insoportable doña Urraca. Ahora mismo acabo de hablar con María, y no podeis figuraros cuán exasperada está contra la antigua dueña, en qué términos me ha hablado de Alburquerque y del mismo don Martin, con quien pensaba casarse, y quédese esto para entre nosotros. ¡Ah, señor don Samuel! parece que todo ese ardor de la venganza que os anima se ha trasladado al corazon de María.

— ¿Pero tu tio Hinestrosa, observó el judío patentizando su inquietud, no está interèsado en la elevacion de Alburquerque?

-- Lo mismo que nosotros. Ahí le teneis, y podeis juzgar de su opinion.

-- ¿Qué hay de nuevo, señor Hinestrosa? preguntóle Samuel con cierta familiaridad.

-- Todo se va disponiendo á las mil maravillas. Doña Isabél acaba de presentar las damas en la cámara del rey, y en el momento de entrar mi sobrina, radiante como un astro, y ataviada con las magníficas joyas de doña Urraca, se ha percibido cierto murmullo general de admiracion. El rey quedó encantado, y no la quitaba los ojos ni aun cuando respondia á doña Isabél y á su cuñada. En fin, poco acostumbrado á contenerse, y sin poder dominar su entusiasmo, se ha acercado á ella, diciéndola en alta voz: "Señora doña María de Padilla, yo sabia que erais la doncella mas noble de mis reinos, mas ahora proclamo que sois tambien la mas hermosa: mañana lo mantendré contra todos los que lo nieguen, en un torneo de que os elijo reina. ¿Aceptais por vuestro caballero á don Pedro de Castilla?"

—¡Victoria, victoria! esclamó don Diego inundado de júbilo: ¿y qué respondió mi hermana?

—María, replicó el comendador, se ha portado mejor de lo que podiamos esperar. Con tanta magestad como una reina, con la modestia mas acendrada, "Señor, ha dicho al rey, esa mirada bondadosa que os dignais dirigir á una pobre huérfana, le valdrá mas envidiosos que apasionados; pero la gloria sobrepuja al peligro, y acepto reconocida el grande honor que vuestra alteza me dispensa. Hé aqui mi prenda, continuó desenlazando y ofreciéndole su banda de seda blanca.—Esta es la mia, repuso el monarca quitando de su toca un broche de pedrería."

—¡El broche! ¡el broche que vale cien mil maravedís! ¡ahora sí que podemos cantar victoria!

—Y no paró aqui, prosiguió Hinestrosa. Adornado el rey con aquella banda, y mas orgulloso con ella que con su doble corona, presentó su mano á María, y la llevó á uno de los dos sillones dis-

puestos junto al suyo para doña Isabél y doña Urraca, á las cuales ni siquiera dijo que se sentasen. Daba lástima, por cierto, el gesto de las altivas damas y el del señor de Alburquerque; pero el rey no les hacia caso. No hay en todos los libros de caballería un encantamiento mas rápido y milagroso que este. Maravillada la corte de esta novedad, permaneció á cierta distancia durante el coloquio de María con el rey. Yo, que me hallaba algo mas cerca, oí que la preguntaba con interés acerca de la palabra *peligro* que soltó en la respuesta primera, y poco despues dirigió don Pedro á doña Urraca una mirada en que todos leyeron la espresion de la cólera mas violenta.

—¡Loado sea Dios! esclamó Samuel; esto solo faltaba para mis planes, á bien que de antemano habia yo preparado el ánimo de su alteza. Mostréle mucha inquietud acerca del ignorado motivo de la llegada de doña Urraca á Sahagun, estrañé cómo abandonaba tan pronto á la reina doña Blanca despues de las malas re-

sultas que tuvo su primera ausencia de San Juan de Luz, causa de los escandalosos desórdenes que daban márgen á la murmuracion de toda España, con grave menoscabo del honor del rey: hablé tambien de la arrogancia y ambicion de esa muger altiva, del niño procedente de Francia, y traido por su hija al castillo de Cea para ser entregado al gran maestre: recordé el dominante tono de absoluta dueña que afectaba ya en el alcázar de Toledo. Por último, amigos mios, fiaos de mí: la caida de la imperiosa dueña está bien preparada; este golpe acabará de decidirla.

Abriéronse en esto las puertas de la sala del festin, en que se veía una mesa adornada con la mayor magnificencia, un trono con dosel y un sillon á cada lado. Los circustantes franquearon calle al mayordomo mayor, que venia á la cabeza de los oficiales de la real casa: seguíale el repostero mayor escoltado de gran número de pages que traían varias fuentes de plata cargadas de manjares esquisitos. Pasó despues un caballero con un cuchillo

en la mano, otro con la escudilla del rey. La sala se iba llenando de considerable concurrencia. Apareció luego entre dos alabarderos el copero mayor, que en un plato de oro traía la copa del rey. El ugier que le precedia gritó: — ¡La copa del rey! á cuya voz doblaron todos la rodilla mientras pasaba. Varios ricos-hombres, señores y caballeros, se pusieron en dos filas á los lados de la sala. Alburquerque, camarero mayor, entró precediendo al rey.

— ¡El rey! gritó de nuevo el ugier.

— O estoy ciego, ó viene María á su derecha, dijo Samuel al comendador y á su sobrino.

— Y dándole la mano, añadió Hinestrosa.

— ¿Y no es doña Urraca la que viene detras? saltó don Diego; ¡qué cara trae! Algo bueno apostaría á que revienta de esta hecha.

— Ya llegan á la sala del festin, continuó diciendo Samuel, y solo hay dos sillones junto al trono: uno será sin duda para la señora del castillo.

— En efecto, replicó don Diego, el rey la manda sentar á su izquierda. ¡Malo lo veo! ¿á que logra doña Urraca el sillon de la derecha?

— Ahí teneis el lugar que os corresponde, doña María de Padilla, dijo el rey levantando la voz y señalando el asiento vacío, que no tardó en ocupar la huérfana con general admiracion de los circunstantes. El tuyo, continuó el rey volviéndose á doña Urraca, está en San Juan de Luz, yo te mando que vayas á ocuparle al momento.

Tan inesperada salida fue un rayo para la orgullosa dueña, que no pudiendo sobrellevar este tremendo golpe, perdió el uso de sus sentidos y cayó en los brazos de Alburquerque á tiempo que se cerraron las puertas del salon.

— ¡Victoria! ¡victoria! gritaron á una don Diego y el comendador, abrazándose con los mayores estremos de alegría.

— ¡Grande y memorable acontecimiento, amigos mios! esclamó Samuel

petrificado. Esa muchacha en menos de una hora ha andado mas camino que Aldonza Coronel en dos años. ¿En qué parará todo esto?

—Suceda lo que quiera, repuso el comendador, jurémonos amistad eterna.

—Ese es mi mas ardiente deseo, señor de Hinestrosa, respondió Samuel. Ya sabeis que soy todo vuestro, señor don Diego García.

—Enhorabuena, Samuel, le dijo Padilla, y cuidado con las reprimendas de esta mañana.

—Amigos, añadió el comendador, con la ayuda de esa muchacha podremos hacer gran contrapeso.

—¿Contrapeso no mas? dijo Samuel en tono bajo; yo pico mas alto, y espero someter y mandar. Este golpe que reciben los Alburquerques es anuncio de su próxima ruina, y juro que la francesa no entrará en Castilla.

Reuniéronse por la noche en la misma sala el señor de Alburquerque y su altanera hermana, á quienes la humilla-

cion recibida en aquel dia memorable había escitado mas y mas la cólera y los deseos de venganza.

—¡Muera la Padilla, hermano mio, muera la Padilla! gritaba fuera de sí la orgullosa dueña. En tres horas mortales que han pasado desde que principió el maldito baile, el rey no ha dejado de hablar con ella un solo instante. Su ardiente pasion, ó mejor diré su grosero apetito, se descubre sin rebozo: la descarada intrigantuela manifiesta igual anhelo, y parece que se hallan solos en medio de esa estúpida comparsa que contempla con necia admiracion tan indecente espectáculo. ¡Muera la Padilla, ó somos perdidos!

—Breve será su triunfo, querida hermana, respondió Alburquerque descolorido de furor. Ahora mismo he recibido la contestacion de nuestro primo el rey de Portugal.

—¿Rehusaría por ventura su mediacion?

—Al contrario, la ofrece, y responde de las favorables disposiciones del conde

de Trastamara, el cual salió ya de Jijon para ocupar con numerosas huestes las gargantas del Montego.

— Mala noticia es esa, pues la paz puede perjudicarnos.

— ¡Perjudicarnos! ¡pues no se hará vive Dios! diré al rey de Portugal que su ausilio llega tarde, y que el conde ha empezado ya el combate, cuya escaramuza me fue posible disimular, como incidente sin la menor consecuencia; mas en este momento me sirve de mucho, y acabo de enviar orden á las compañías reales para que ataquen á los rebeldes. El rey partirá mañana mismo, te lo juro, y sabré no perderle de vista.

— No basta, no basta, hermano mio; esa hechicera vil le ha fascinado, ha trastornado su razon y su espíritu. ¡Muera pues!

— No me has comprendido, Urraca, respondió Alburquerque asiéndola violentamente del brazo. Mañana me llevaré al rey, y quedará María á tu disposicion.

— No lo creas; si damos lugar, querrá que le siga.

— ¡Pues bien! haré los mayores esfuerzos para que la corte salga esta noche misma.

El resplandor de las antorchas que precedian al rey y á todo su acompañamiento advirtió á los dos interlocutores que era fuerza abandonar por entonces el campo de batalla á la vencedora María, y se retiraron por no descubrir el desorden de su rostro y los infernales proyectos de venganza que brotaban sus ojos inflamados.

Llenóse el salon con la espléndida comitiva del rey don Pedro, el cual, trayendo asida de la mano á la hermosa María, la condujo hasta la puerta del aposento de doña Isabél, mientras esta permanecia á la conveniente distancia para no interrumpir el secreto coloquio de don Pedro con su favorecida.

— Otra palabra siquiera, díjola con el mayor interés. Ya veo que no me compadeces como merezco.

— ¿Sois acaso tan infeliz? replicó la Padilla sonriéndose.

— Hasta hoy, bella María, no hubo

mortal mas digno de lástima que yo. Abandonado de mi padre desde la infancia, sacrificado por mi madre á los caprichos de un criado, contaba solo con un amigo, y aun éste cometió la perfidia de venderme. Apenas me vi en el trono, mis propios hermanos, rebelados contra mí, conspiraban mi muerte en union de los señores de mis reinos. Alburquerque permanece fiel, porque goza de mi poder, que ya es suyo: reina en mi nombre: me tiraniza; y Aldonza se ha unido á él para esclavizarme. Samuel es buen servidor, pero mas afecto á su interés que al mio, y no puedo concederle mi amistad. No, no hay un solo corazon que corresponda á los latidos de mi pecho. Pero todas las perfidias que la ambicion y la venganza inspiraron á cuantos me rodean, han recaido en mi cabeza; me conquistan el odio de los grandes y del pueblo, sin dejarme ni aun el triste consuelo de inspirar temor. Por último, creí hallar el lenitivo de estos males, la felicidad de mi vida en una princesa entendida y hermosa; pero es la deshon-

ra de mis dias: Blanca de Borbon ha despreciado su honor, ha vendido la fé que me jurara. Mi madre y Alburquerque quieren que sea mi muger; nunca lo lograrán, y lo juro delante de Dios. En tanto mi ardiente corazon no puede vivir sin amar; mi juventud anhela una dulce compañera... María, ¿por qué bajais los ojos?...

— Señor, ya es tiempo de separarnos.

— ¿No me has entendido, hermosa? prosiguió el rey cada vez mas entusiasmado: yo me muero por tí.

— Yo soy la que he de morir, respondió María mirando al rededor de sí con el mayor espanto; el esplendor de un momento, que vuestra real bondad comunica á la pobre huérfana, imprimió en su frente el sello de la muerte. No lo dudeis, me matarán.

— ¡Perezcan antes tus enemigos en los horrores de los mas espantosos suplicios! yo te defenderé de todos.

— ¡Ah, señor! no me impidais que corra á un santo monasterio...

— ¡Jamas! ¡jamas!

— Sea asi; mas, lo repito, pagaré con la vida esta jornada tan gloriosa para mí, como humillante para ellos. Me olvidareis, me abandonareis al instante, y su venganza no se cansará de perseguirme. Tened compasion de mí: solo al pie de los altares hallar me es dado honor y seguridad.

— No, María, te digo que no quiero, replicó don Pedro con visible ímpetu. Mi vida está ya enlazada con la tuya. Mis brazos han de ser tu único refugio; y no han de perseguirte hasta ellos esos enemigos que te espantan. Sé mia, sé mia, y verás como caen á tus pies.

— No señor, no puedo ser vuestra, sino de Dios.

— María, yo te amo con esceso, no me desesperes asi.

— Señor, dijo Alburquerque presentándose á la puerta del salon, aqui traigo noticias del ejército...

— Despues las veremos, respondió irritado el rey; ¿cómo te atreves á interrumpirme de este modo? Quédate en

nombre del cielo, prosiguió diciendo á María en tono bajo, ó logre yo esta noche hablarte un solo instante sin testigos... en tu cámara.

—— Antes morir, repuso María con la mayor viveza; solo un esposo...

—— ¿Y si te prometo?...

—— No lo intenteis.

—— Iré, te lo juro, si no te quedas.

—— Señor, repitió Alburquerque levantando la voz, el conde de Trastamara ha salido de Jijon, y viene con muchas fuerzas.

—— ¡El conde! esclamó don Pedro acercándose á Alburquerque. ¿Y se atreve á provocar á mis compañías?

—— Se atreve á batirlas y á rechazarlas, respondió Alburquerque bajando la voz.

—— Querido tio, dijo en tanto María al comendador, ¿se halla en el castillo el capellan del rey?

—— Sí por cierto, y es amigo mio.

—— ¿Y el canciller del sello de la puridad?

— Tambien ha venido. ¿A qué esas preguntas?

— Basta, Alburquerque, díjole el rey. Mañana al apuntar el dia montaremos á caballo. ¿Me habeis oido, señores caballeros?

— ¡Castilla! ¡Castilla! por el rey don Pedro, gritaron todos á la vez.

— Vamos, Alburquerque, y responderemos á esos mensages. Fuerza es que os hable un solo momento, prosiguió dirigiéndose á María con el tono mas apasionado, pues en ello se interesa la suerte de mi vida, de la vuestra... Es preciso, esta misma noche...

— Pero no sin testigos, contestó María resueltamente.

— Poco me importa... ¿dónde está tu aposento?

— Mi tio os lo dirá.

Y besándola el rey la mano con ardor, salió acompañado de toda su comitiva; en tanto detúvose Alburquerque conferenciando un breve rato con doña Isabél.

— Llevad corriendo á mi aposento al

capellan y al canciller, dijo María al oido del comendador.

—— ¿Con qué designio? replicó Hinestrosa lleno de de asombro. No querrán ir allá.

—— Habladles en nombre del rey, tomando en seguida sus órdenes. Enviadme á mi hermano Diego. Ni una palabra á Samuel... id volando.

—— ¿En nombre del rey, María? ya te entiendo. ¿No te dije yo?...

—— Dadme esa daga, continuó María agitadísima, arrancándosela del cinturon y ocultándola debajo de la bata.

—— ¿Qué vas á hacer?

—— Id, querido tio, no os detengais. Dentro de una hora seré muerta... ó reina de Castilla.



CAPITULO X.

Cercado de una tropa de alguaciles en el momento de su entrada en Sahagun, arrestado por su amigo Benavides, justicia mayor de la casa real, condujeron á don Martin al castillo de Cea, dejándole encerrado en la torre. Alli supo al dia siguiente que le acusaban de alta traicion, al mismo tiempo que llegaba á su noticia la impudente infidelidad de María. Los escesos de furor á que se abandonó sin ningun freno encendieron en su sangre una fiebre devoradora, que encadenándole largo tiempo á doloroso lecho, le entregó á las convulsiones del delirio en que llamaba á la muerte como término de sus males.

Durante los breves intervalos de su acceso, veía confusamente en vez de horribles fantasmas, una jóven nada hermosa, cuya dulce mirada, fija en los ojos del enfermo, esprimia la mas tierna compa-

sion. La imágen de aquel ángel consolador ocupó por toda una noche el sueño de don Martin, quien al abrir sus párpados miró á la jóven sonriéndose. — Mi corazon, le dijo con voz lánguida, me reveló que sois Margarita, mi sensible prima.

Llevó ella un dedo á su boca imponiéndole silencio, y en seguida aplicó á sus labios una copa, cuyo vivificante licor apuró don Mantin pausadamente.

— Querido primo, díjole Margarita despues de sentarse á su lado, serenaos. Las dos cosas que mas os atormentaban durante vuestro letargo son las que menos temor os deben infundir: sabed que el gran maestre de Santiago permanece libre. El rey, aunque irritado contra vos por las secretas conferencias con don Fadrique, á quien detesta, no se atreve á tratarle como enemigo á causa de la poderosa influencia que ejerce en los caballeros de su orden. El otro motivo de pesar que demostrabais nace de mí propia, y es aun menos fundado.

— ¡De vos, prima mia! esclamó Mar-

tin avergonzado: ¿qué dije, pues?...

— ¡Silencio! interrumpió Margarita, ó me retiro. Sí, prosiguió con cariñosa sonrisa: mucho me habeis maltratado en vuestros sueños: ninguno de vuestros insultos he dejado de oir en los quince dias que llevo á vuestro lado. Perdóneoslo Dios, que mi sola pesadumbre consistia en no poder disipar vuestra equivocacion. Verdad es que soy vuestra carcelera, pero no vuestra enemiga, no vuestra opresora; y si me veis aqui, es solo para favorecer vuestra evasion tan luego como os halleis restablecido...

Estas palabras consoladoras produjeron todo el efecto que Margarita se habia prometido de ellas. A vista de los nuevos síntomas que se presentaron en aquel dia, el médico declaró que don Martin se hallaba fuera de peligro. Por la noche, vigorizado su cuerpo á beneficio de un descanso no interrumpido, pudo sostener una conversacion con su prima, que acababa de reparar tambien con largo sueño las fatigas de sus penosas vigilias.

Entonces fue cuando Margarita satisfizo completamente la curiosidad de don Martin, refiriéndole los acontecimientos que tuvieron lugar en Sahagun. — A la mañana siguiente, prosiguió despues de informarle de cuanto habia sucedido en la célebre jornada que hemos procurado describir en el capítulo anterior, salió el rey del castillo, yendo á ponerse á la cabeza de sus huestes. Montada en una blanca hacanea, cabalgaba María á su lado, seguida de Hinestrosa y de don Diego: agolpábase en torno de la favorita toda la caballería de la corte durante los tres dias del primer viaje hasta el castillo de Avilés, donde don Pedro se detuvo una semana entera con María, mientras sus tropas se acercaban á Jijon para ponerle sitio. Mas dejando en esta plaza las necesarias fuerzas para defenderla, arrojóse el conde de Trastamara en los desfiladeros de los montes, donde puede burlar por largo tiempo los enemigos esfuerzos. Dícese que vuestro padre tuvo alguna intervencion en las maniobras que propor-

cionaron al conde una situacion tan favorable. El señor de Alburquerque tuvo en su mano el término de la guerra, pero conoce que cuanto mas embrollados esten los negocios, mas necesarios serán al rey sus consejos. Engañadas cruelmente las esperanzas que fundara en la elevacion de María...

— ¡ Cómo ! esclamó don Martin : ¿ mi padre mismo ?...

— Ruborízome al decirlo, respondió Margarita, pero es demasiado cierto que mi tio fue el instrumento de esta intriga, favorecida ademas por los esfuerzos de mi madre. Tratábase de sustituir á la altanera Aldonza una jóven dulce y modesta que les debiese su elevacion; equivocáronse eligiendo á María de Padilla...

— ¡ Baldon eterno ! dijo don Martin encendido de cólera : ellos lograron pervertir á María, y no podrán menos de coger el fruto de su infamia.

— Harto los ha castigado Dios, primo mio. Mi madre ha sido desterrada ignominiosamente de la corte : Samuel ha

cobrado sobre el espíritu del rey todo el ascendiente que perdiera el señor de Alburquerque. La íntima alianza del perverso judío con los Padillas pronostica terribles males á la reina doña Blanca y á vuestro amigo don Fadrique. Todo depende ahora de la guerra de Asturias. Mi madre ha ido secretamente hasta Poitiers, donde está la corte de Francia, á escitar al rey Juan para que intervenga en nuestras interiores turbulencias, pintándolas como único obstáculo de la coronacion de Blanca: de su apoyo, de la entrada de la reina aguardan la victoria de su partido, esperando que asi volverá á ponerse Alburquerque al frente de los negocios del reino. Yo, querido primo, solo me acuerdo de Blanca, solo pienso en vuestros males.

—¡Ah! buena Margarita, dijo don Martin suspirando, no es vuestra suerte menos digna de lástima que la mia.

—No os acordeis de la pobre Margarita, que sino amase á Blanca, seria ya feliz en el monasterio de las Agustinas de

Montluzon. Pero ahora lo impide un nuevo obstáculo: no puedo resolverme á abandonaros antes de que os halleis enteramente restablecido y contento.

— Si este caso puede llegar, oh Margarita, respondió don Martin derramando algunas lágrimas, reservado estaria á una amiga como vos tan peregrino milagro. Pero si conocieseis las penas del amor...

— Vaya, primo, que las de la amistad no son menores.

— Sí, Margarita, sois el ángel enviado del cielo para suavizar mis pesares, mientras yo soy causa de todos los vuestros. Bien sabreis cuán ásperamente respondí á Benavides que mas queria morir que no deber mi libertad á nuestro matrimonio.

— Dejemos eso, primo mio; no me quejo de vuestra dureza, al contrario, me sirve mucho para convencer á todos que decia la verdad cuando sostuve que el gran maestre permanecia en San Juan de Luz solo por amor á mí. Lo que importa es el honor de la reina, y únicamente por conservarle os niego mi ma-

no. Pésame á la verdad que se crea que os detengo aqui para lograr por fuerza la vuestra, dando esta satisfaccion á mis ofensas. Dicen tambien que os amo con locura; pero si hubiese de apasionarme de todos los enfermos que he cuidado, muy larga seria la lista de mis amantes. Sin embargo, cuando hablan del cariño que os tengo, no puedo menos de sobresaltarme.

Aqui bajó los ojos don Martin, confuso y silencioso. Creyendo su prima que el sueño le rendia, corrió las cortinas de la alcoba y se separó de la cama. Continuó el caballero llorando secretamente, y revolviendo en su imaginacion las diversas sensaciones que esperimentaba al comparar, no sin dolor, la esplendente hermosura de María, su talento, la elegancia y dignidad de su ademan, con la vulgar figura, con la llaneza de Margarita. Pero, decia para sí, qué avilantez, qué perfidia ocultaba el brillante esterior de la una, cuando en la otra veo tanta sencillez, tanta ternura, tanta bondad. Su carácter tan comun, al parecer, ¿no se

elevó hasta el heroismo, sacrificando su honor al de la reina?

Estas reflexiones fueron conduciendo un tranquilo sueño al despechado caballero. — Primo, le dijo Margarita al amanecer del dia siguiente, he recibido muchos mensages de todas partes. Mirad, la reina me llama junto á sí durante la ausencia de mi madre, que salió para Poitiers. Mi tio Alburquerque está guerreando en Asturias; y vuestra buena madre, á quien tengo confiado mi designio de poneros en libertad, me escribe que va á volver...

— ¡A volver! repitió asombrado don Martin: ¿con que ha venido?

— Sí por cierto, respondió Margarita; doña Isabél no se ha apartado de aqui durante vuestra enfermedad. Pero yo la obligué á marcharse hace dos dias, cuando el médico declaró que ibais á morir si no se apartaba de aqui, pues sus mismas lágrimas os escitaban á repetir con mas furor las amargas quejas con que no cesabais de contristarla.

— ¿Será posible?

— La constante relacion de vuestro delirio eran estas palabras, repetidas sin cesar: Madre desnaturalizada... ¿y tu hijo? ¿no te acordaste al menos de tu hijo? ¡tú le sacrificas, le abandonas, vil madrastra! Dios te maldecirá...

— No hablaba yo de ella, interrumpió don Martin avergonzado: dejemos eso, Margarita.

— Mañana volverá, y al instante me pondré en camino para San Juan de Luz. El castillo de Cea pertenece á vuestra buena madre, y manda en él como dueña absoluta; en el momento que os halleis con fuerzas para vestir la armadura y montar á caballo, ella misma facilitará vuestra evasion.

— Bendígala Dios, y á vos tambien, querida prima: iré á echarme á los pies del rey, me justificaré de las injustas calumnias de mis enemigos: sabré confundirlos, y la vil María...

— ¡Vírgen santa! interrumpió Margarita: ¿quereis perdernos á todos y á vos mismo? No, primo mio: en Francia

es donde debeis buscar refugio. Blanca de Borbon, á quien vereis al pasar por San Juan de Luz, os dará cartas para el rey su primo, y hasta la conclusion de nuestras guerras civiles pelearcis en las filas francesas. De todo os hablará el gran maestre en el castillo de Salinas, donde os aguarda.

—— ¿El gran maestre decís? ¡oh cuánto anhelo el verle!

—— Su impaciencia es igual á la vuestra, primo mio. Confiemos, pues, en la bondad del cielo: tiempo vendrá en que nos encontremos en la corte de Castilla: vos glorioso, triunfante, reconciliado con el rey don Pedro; yo siempre amiga de Blanca, y tambien vuestra: ¿no es asi?

—— Hasta la muerte, querida Margarita, respondió don Martin besando tiernamente la mano que ella le ofrecia en prenda de amistad. Os lo repito, fuísteis para mí el ángel de los consuelos.

—— Vamos, Martin, replicó Margarita levantándose, ahora urge responder á estas cartas. No tardaré en volver.

CAPITULO XI.

Los peregrinos llegaron á Toledo sin el menor incidente que perturbase su sosegado camino. Fiel á su promesa Perez Cuellar, colocó en una linda habitacion abundantemente provista á Matías y Paloma, que continuaba criando al niño Alfonso bajo el nombre de Enrique. Tuvo don Martin noticia de estas circunstancias por conducto del gran maestre de Santiago, en cuya compañía pasó algunas horas en Salinas, yendo hácia la frontera de Francia despues que su madre favoreció su evasion del castillo de Cea. Esta nueva entrevista de los dos amigos contribuyó muchísimo á estrechar mas y mas su amistad. Don Fadrique se obligó á vigilar sobre el niño de don Martin y acudir á sus necesidades. Este prometió al gran maestre darle exacta cuenta de los intereses de Blanca de Borbon, que sin duda alguna estarían ocupando la corte

del rey Juan y á toda la nobleza de Francia, principalmente despues de los acaecimientos de Sahagun.

Recibió el caballero en San Juan de Luz la mas agradable acogida de la hermosa reina, cuya corte se componia de barones franceses encargados por el Duque de Borbon de acompañar á la princesa hasta Valladolid. Muchas nobles damas, á imitacion de la vizcondesa de Narbona, esposa del embajador del rey Juan, se habian reunido con sus maridos, estacionados por tan largo tiempo en la frontera. Tambien se veía allí gran número de caballeros castellanos, que rivalizaban con los franceses en magnificencia y cortesía.

Esta ligera y espléndida juventud se ocupaba únicamente en distraer con fiestas y juegos el enojo de su forzada permanencia en aquella miserable poblacion; y la reina, harto delicada para descubrir la pesadumbre que la consumia, tomaba parte en aquellos placeres, á que servian siempre de pretesto los amorosos mensa-

ges del rey don Pedro. Las galantes lizas de cañas y parejas, las costumbres finísimas de la caballería ofrecian un espectáculo enteramente nuevo á don Martin, que hasta la edad de diez y seis años solo habia conocido la triste soledad en que viviera con el infante dentro del alcázar de Toledo, y el austero retiro de la dama de Alburquerque, su madre, en el castillo de Sahagun.

Pero lo que mas pudo asombrarle fue la singular mudanza que observó en toda la persona de su prima Margarita. Ya no era aquella jóven vestida de buriel, desprovista de gargantilla, comun en sus maneras, cuyos cabellos mal asegurados con una aguja de ébano caían en mechones desiguales sobre su frente descolorida por las vigilias, cual la miraba junto á su lecho: la primera dama de honor de la reina se le presentó, por el contrario, ataviada con magníficas vestiduras de seda: su cabellera entrelazada con perlas coronaba graciosamente los contornos de la frente: era noble su ademan; pero la

dulzura de sus miradas no habian sufrido la menor alteracion, y continuamente perseguia con ellas á don Martin, encantándole la espresion de su ternura. Durante su primera estancia en San Juan de Luz tuvo con su prima muchas de aquellas largas é íntimas conferencias en que todo el corazon se muestra sin rebozo. Siendo el de Margarita tan puro y tan sencillo, compartía los pesares de su primo, llorábalos con él, y solo lamentaba los de Blanca.

Don Martin se separó con pesadumbre de su amable prima, cuya memoria contrapesaba ya en su espíritu la de la pérfida María. El rumor de las armas proporcionó mas poderosa distraccion á sus tristes pensamientos. Recibiéronle como amigo los caballeros del rey Juan, y se mostró digno de pelear en sus filas. Mas de una accion brillante realzó la justa fama que adquiriera en la guerra de Asturias. Verdad es que solo tenian lugar breves escaramuzas ó desafios parciales entre los caballeros de los príncipes

cuyas posesiones se tocaban en los indecisos límites de la Guiena y del Poitú; allí se disputaban encarnizadamente una aldea, un caserío, y hasta el derecho de peage de un puente. Pero estas querellas, obscuras y aisladas en apariencia, tenian por testigos é instigadores á dos poderosos soberanos agriamente irritados entre sí. La Francia y la Inglaterra preludiaban en sus campos de batalla la lucha que no tardó en comenzar y duró un siglo entero, con mil opuestas vicisitudes.

El caballero castellano encontró, pues, frecuentes ocasiones de señalar su valor y conquistar un glorioso nombre. No bien le dejaba algun descanso la conclusion de uno de estos encuentros, cuando regresaba á San Juan de Luz, adonde le arrastraba el irresistible atractivo de Margarita, y hallábala cada vez mas tierna y mas amable. Doña Blanca continuaba oponiendo á los rigores de la fortuna una paciencia angelical, y atribuía únicamente la injuriosa indiferencia del rey á la pasion que le inspirara María de Padilla,

pues los embajadores de Francia y de Castilla, concertados con Margarita, procuraron ocultar las siniestras interpretaciones que la rabia del ínfame judío diera á las secretas visitas del gran maestre.

No ignoraba Margarita la verdadera causa del pesadísimo retraso que esperimentaba la coronacion de la reina; por esto dirigía al cielo ardientes súplicas para que las sospechas que engendrara la malicia de Samuel recayesen únicamente sobre su cabeza. Sin embargo, cuando confiaba á don Martin su secreto pensamiento y repetia su intencion de consagrar á la soledad del claustro el resto de sus dias, la opresion de su seno, y las lágrimas que brotaban de sus ojos, descubrian el doloroso pesar que le costaba tamaña resolucion. Suspiraba con ella don Martin: -- No, prima mia, le dijo cierta noche, no: ahora no podria acostumbrarme á la idea de vivir sin vos.

-- Ni yo tampoco, querido primo, respondió Margarita; y con todo es indispensable que asi suceda. Pero cuando

la reina se justifique y entre en Castilla, adonde no me es dado seguirla, ¿cuál será mi destino? Desde que os asistí en vuestra desesperada enfermedad, solo me acuerdo de que os consolaba, de que me llamabais vuestra querida Margarita; entonces no me abandonó vuestra cara imágen, y ahora que volveis glorioso, admirado de todos... no, no puedo ser ya buena religiosa.

— Pues bien, le dijo él sumamente enternecido; yo que conozco vuestra inocencia, soy quien debe restituiros el honor.

— Nunca, primo mio, interrumpió Margarita; no podreis borrar de mi frente la mancha de haber recibido al gran maestre en mi aposento, sin confesar que la reina terciaba en nuestras conferencias, y esto seria declararla culpada, proporcionando á María de Padilla y á la rabia de Samuel un medio el mas seguro de cubrirla de ignominia, y suspendiendo acaso la cuchilla sobre su inocente cabeza. Muera yo con el bal-

don que me abruma y con el dolor de perderos; pero al menos sin remordimientos.

Toda la grandeza de alma de Margarita se iba retratando en sus facciones al pronunciar este discurso; brillaba en sus ojos el fuego del entusiasmo, y mirábala don Martin con la mayor sorpresa y enagenamiento. — Prima, esclamó en el tono mas enérgico, hoy es cuando aprendo á conoceros. ¡Ah! si el cielo hubiese permitido que tanta nobleza de alma y tan puros sentimientos hubiesen desvanecido con tiempo mi equivocada ilusion, nunca empañara el alma que os estaba destinada una pasion de que me avergüenzo, y que abjuro para siempre. Pero vuestra ternura me realza á mis propios ojos. Yo no falté á mis deberes con María; su infidelidad es la que ha deshecho nuestros lazos y me ha vuelto la libertad. A vuestros pies la rindo; sed vos mi dama, doña Margarita, que yo soy vuestro caballero, y guardaré hasta el último suspiro el juramento de ama-

ros que pronuncio ante el Eterno.

— ¡Sueño, ó estoy dispierta! dijo Margarita embriagada de placer. ¡Vos, don Martin, mi caballero, vos el amante de Margarita! No, nunca me amareis con el estremo que yo os adoro; mas ya que vuestra misma boca pronunció ese sagrado juramento, acéptolo con la mayor alegría.

— Y yo lo cumpliré, Margarita, á pesar de la ausencia y á despecho de todos los obstáculos. Si place al Altísimo, estos dias de amargura abrirán camino á mejores tiempos.

— No lo esperemos, Martin; mi destino está irrevocablemente ligado al de la reina.

— El cielo la protegerá y descubrirá su inocencia; Blanca entonces proclamará la vuestra, y nada estorbará...

— No acabeis, querido primo, interrumpió Margarita con melancólica sonrisa. No me presenteis de una vez la esperanza de tantas felicidades: si la diese entrada en mi corazon y despues se des-

vaneciera, conozco que el dolor le despedazaría.

Desde este momento don Martin se ausentaba raras veces de San Juan de Luz, pues Margarita le iba inspirando cada dia mayor cariño. Su lenguage al hablar de María respiraba solo desprecio y aborrecimiento, pues unida al judío Samuel contra la familia de Alburquerque y contra la reina Blanca, habia jurado su perdicion. La dama de Alburquerque murió en Sahagun por aquel tiempo, á consecuencia del pesar que engendrara en su pecho la ingratitud de María, á quien maldijo en su último suspiro. Esta noticia que don Martin recibió en Francia, donde era odiado el nombre de Padilla, contribuyó á que dominase á una pasion indigna que alimentaba en su corazon, á pesar de todos sus esfuerzos y juramentos.

Su madre al morir le habia dejado una rica herencia y el título de rico-hombre de Leon, anejo á la propiedad del distrito de Çea, cuya posesion no podia

tomar el heredero sin el beneplácito del rey. Pero Alburquerque vacilaba en hacer la demanda. Permanecia, es verdad, al frente del gobierno; mas detestado de su señor, objeto de la enemistad del conde de Trastamara, sosteníase tan solo fomentando sus discordias y por el temor que les inspiraba á entrambos. Con el ausilio de sus inmensas riquezas, de sus numerosos lugares, y de doscientos señores y caballeros sus vasallos feudales, se habia constituido el árbitro de la gran contienda que tenia suspendida á toda España, ganándose por otra parte el apoyo de las cortes de Francia y Portugal. En esta situacion todo hacia sombra al ambicioso Alburquerque: conocia que su caida precedería inmediatamente á la reconciliacion de los bastardos con el rey, si era parto de la influencia de los Padillas y del judío, y temblaba asimismo que su hijo ya rico y poderoso tomase partido en las filas de sus aborrecidos adversarios.

Algo mas de un año despues de su salida de Sahagun, volviendo don Mar-

tin por última vez á San Juan de Luz, halló á la reina y á Margarita embriagadas de placer. — Concluyeron nuestros males, díjole Blanca de Borbon: el rey me llama á Valladolid, donde todo está ya dispuesto para mi coronacion. Tambien vendreis con nosotras, don Martin, pues el rey me escribe que un rico-hombre de real sangre y la mas rica heredera del reino han de recibir la bendicion nupcial en el mismo altar donde se celebre mi boda. Margarita os dará razon de tan agradables noticias.

Salió Blanca, dejando á los amantes en completa libertad. — Ya eres mia, dulce Margarita, esclamó don Martin estrechándola tiernamente entre sus brazos.

— Sí, tuya para siempre, gracias al cielo que ha protegido nuestros amores inocentes y el honor de doña Blanca.

— Bendito él sea, Margarita: la reina triunfa al fin de la miserable rival que osaba disputarle el corazon de su esposo, y acaso la corona misma.

— Ya sabrás, sin duda, primo mio,

que es madre hace un mes de una niña, cuyo nacimiento se ha celebrado cual pudiera el de la legítima heredera del trono. La pasion del rey creció hasta el punto de dudar si se hallaba en su cabal juicio: dió en dote á su hija las villas, castillos y posesiones de la antigua casa de Coronel, cuya restitucion exigia Aldonza, siendo esto lo que preparó la caida de la primera favorita, pues tu padre y el judío aspiraban á conseguir tan ricos despojos. Vivia la Padilla como reina en su castillo de Montalvan, junto á Toledo, con sus compañías mandadas por Hinestrosa, y adulada por la corte y por toda la caballería del reino. Aumentábase entre tanto el crédito de los Padillas y de Samuel, y vacilaba el de Alburquerque, amenazado de próxima ruina. Venciendo entonces su aversion al conde de Trastamara, á quien temia mas que á los otros adversarios, trabajó sériamente en reconciliarle con el rey. Hízose mediador de la paz entre los dos hermanos, siendo la primera condicion de esta avenencia la so-

lemne entrada de Blanca en Castilla y su coronacion en Valladolid. La segunda, consecuencia de la primera, el abandono de María, y la desgracia del judío Samuel Leví. Asi, pues, amigo mio, es ya seguro el triunfo de la reina.

—¿Y el gran maestre? preguntó don Martin con inquietud.

—En medio de tantos motivos de alegría, respondió Margarita, no deja de darme cuidado la situacion de don Fadrique. Escríbeme que es el único individuo de la real familia á quien no se convida á las reales nupcias, cuya escepcion mortifica sobremanera á doña Blanca; y en efecto, desde que no te he visto ha recibido cartas del duque de Borbon su padre, en que la da cuenta de las calumnias del judío, y el vizconde de Narbona se ha visto obligado á confesar á la reina que esta fue la sola causa de su grande detencion, hiriendo el amor propio de Blanca, que ha determinado exigir del rey el destierro del judío, el cual, aunque desgraciado, conservó su empleo de

tesorero general, por la necesidad que habia de su estrema habilidad para encontrar dineros en estos momentos de penuria.

Suspiró don Martin al saber la resolucion de la reina, y manifestó á su prima que convencido del carácter de don Pedro, juzgaba mas conveniente guardar silencio acerca de todo lo ocurrido; pero Margarita le replicó que ningun poder del mundo lograría alterar la voluntad de Blanca. Convinieron, pues, en que don Martin precedería á la reina para instruirla á su llegada del verdadero estado de las cosas, y de la opinion de los hombres prudentes y avisados.

Esta jornada, tan bella para la reina Blanca, y que le presagiaba al parecer el mas dichoso destino, como tambien á sus amigos Martin y Margarita, terminó con una fiesta brillante, á la que siguieron los preparativos para entrar al siguiente dia en el territorio de Castilla.

CAPITULO XII.

Una bella mañana del año de gracia 1353, el señor don Martin de Alburquerque y Cea, regresando de sus campañas en Francia, y despues de visitar sus dominios del reino de Leon, salió del lugar de Dueñas, donde pasara la noche, y continuó su camino hácia Valladolid, de que solo distaba unas seis leguas. Seguíanle muchos escuderos armados de pies á cabeza; flotaba sobre su coraza un tabardo bordado de oro y de terciopelo azul y blanco, colores de su dama doña Margarita de Lara. Detras de los escuderos venia gran número de criados, conduciendo á mano muchos caballos de batalla de las castas mas escogidas: caminaban despues las acémilas cargadas de tiendas y provisiones: cabalgaba siguiendo á don Martin un page que llevaba su lanza, y era el africano Zafiro, que la reina le habia regalado.

Siguieron por tres horas el curso del Pisuerga, y apartándose despues hácia la derecha, cruzaron un espeso bosque, á cuya salida observó el caballero un campamento colocado junto á una aldea. — ¿Qué lugar es ese, preguntó á un labrador, y qué tropas las que ahí estan?

— Señor caballero, respondióle el campesino, el lugar se llama Cigales, y esa es la comitiva del conde de Trastamara y de su hermano don Tello, que van á las bodas del rey nuestro señor, que Dios guarde.

— ¡La comitiva! repitió admirado don Martin: mas bien parece un ejército.

— ¡Oh! sí por cierto, repuso el labrador. Han venido de Asturias por el camino de Villalba del Alcor, y se han detenido ahí toda la noche en lugar de ir á la ciudad, que solo dista legua y media. Mucha gente hay; yo he contado mas de seiscientos hombres de á caballo, y los peones pasan de dos mil.

— ¡Mucho me admira todo esto! dijo don Martin á sus escuderos. ¿Con qué designio vendrá el conde tan armado pa-

ra asistir á unas bodas? Su campo está bien sentado, tiene fosos y barreras... levantad mis tiendas á la orilla de ese bosque, mientras voy á la descubierta.

Dichas estas palabras, tomó la lanza de las manos de Zafiro, mandándole que le siguiera, y aguijando á su corcel tomó carrera hácia la aldea. Apenas habia andado la mitad del camino, cuando un caballero armado á la ligera, de los que entonces se llamaban ginetes, salió del campo á recibirle. Flotaba en su pica una banderola blanca, y venia en pos de él un escudero con la espada envainada. — ¡Qué diablos es esto! murmuró deteniéndose don Martin: ¡un parlamentario!

Los dos caballeros fueron aflojando el paso, y cuando estuvieron á cierta distancia paróse el ginete, y se acercó solo el escudero. — Señor caballero, dijo, el conde de Trastamara me envia á preguntar á vueseñoría si viene como amigo ó como enemigo.

— Yo no me dirijo al campo del conde, sino que voy como él á las bodas del

rey nuestro señor. Por lo demas, lejos de ser enemigo de vuestro dueño, escucho con la mayor sorpresa que cree tenerlos en Castilla despues de la reconciliacion con su real hermano. Llevadle estas palabras, continuó alzando la visera, y decid al conde que don Martin de Alburquerque aguarda de su cortesía...

-- ¡Qué es lo que estoy viendo! esclamó el escudero: por cierto que no aguardaba ver aqui á vueseñoría. ¿No reconoceis á Juan Cavedo, primer escudero del gran maestre?

-- ¿Está en el campo? preguntó con viveza don Martin.

-- Señor, respondió el otro con notable embarazo, mi dueño es el único caballero castellano á quien no han convidado á las reales nupcias. Se ignora...

-- Basta, Juan; vuelve á Trastamara, y pídele en mi nombre paso franco para mí y mi comitiva por entre sus tiendas...

-- Guardaos bien, señor mio, repu-

so el escudero, de cometer semejante imprudencia. Esta nueva guerra, cuyos preparativos estais mirando, es solo entre el conde y vuestro padre...

—- ¿Perdiste el juicio, Juan Cavedo? ¿no fue mi padre quien ajustó la paz del rey con sus hermanos?

—- Creedme, señor don Martin, replicó el escudero: no paseis por el campo. El rey habrá salido ya de Valladolid con todas sus compañías mandadas por el señor de Alburquerque para combatir al conde: no está, pues, entre nosotros el lugar que os pertenece.

—- Tienes razon, amigo mio, si es cierto tu relato.

—- Es la pura verdad: voy á decir al conde que, habiéndoos negado á descubrirme vuestro nombre y disignio, habeis tomado otro camino. Mas no os aparteis mucho de esos primeros árboles del bosque que podrán ocultaros de nuestras tropas: pronto tendreis el gusto de abrazar á un amigo que os instruirá de cuanto pasa.

— ¿Qué amigo puede ser ese? ausente el gran maestre...

— Ahora mismo vais á verle, respondió el escudero bajando la voz: solo el conde sabe que se halla en el campo; pero si es fuerza pelear, como indican las apariencias, ha ofrecido retirarse. Voy corriendo á darle nuevas de vuestra llegada.

Y volviendo las riendas del caballo, partió hácia el campo á carrera abierta. Don Martin dispuso en tanto levantar sus tiendas detras de un soto que encubria el campamento del conde. Apenas terminada esta operacion, vió salir de la aldea y dirigirse hácia el bosque dos caballeros, uno de los cuales era Juan Cavedo y el otro el gran maestre, á quien recibió con los brazos abiertos. Fueron entrambos á sentarse sobre el fresco césped en la cima de una colinilla, desde donde, y á favor de la espesa sombra de un poblado seto de pobos, descubrian, sin ser vistos, todo el camino principal hasta las puertas de Valladolid. Tanto tenian que decirse, tanto

que preguntarse, que á los principios era su coloquio dificilísimo de comprender.

Calmado al fin el primer ardor de su recíproca curiosidad, dieron cabida á una conversacion mas tranquila. Instruido don Martin de que su niño continuaba creciendo en hermosura y fuerzas bajo la proteccion del anciano platero de Toledo, comunicó al gran maestre cuanto concernia á la reina doña Blanca, y le pidió aclaraciones sobre la guerra que veía prócsima á romperse.

—— Amigo mio, respondióle don Fadrique mostrándole con el dedo la calzada, si no estuviese mirando que el rey sale de Valladolid á la cabeza de sus compañías contra mi hermano Trastamara, no querria dar crédito á esta contienda, para mí inesplicable. Pero no es este el único acontecimiento que no puedo comprender. Por otra parte, como antes que los cuerpos de tropas contrarias se hallen en disposicion de combatir ó parlamentar ha de pasarse mas de media hora, me queda tiempo bastante para referiros cuan-

to sé. No ignorareis, sin duda, á qué estremo llegó la estravagante pasion de don Pedro hácia María con motivo del nacimiento de una niña.

-- Sí, respondió don Martin sonriéndose desdeñosamente; este era el asunto de todas las conversaciones, y se hablaba con admiracion de su prodigiosa liberalidad con la María, tanto mas estraña, cuanto parece que el rey ha aprendido toda la avaricia de Samuel Leví.

-- Ya aventaja al mismo maestro, repuso el gran maestre; pero no es esto lo mas sorprendente: ocho dias hace que despues del tratado concluido por vuestro padre para pacificar lo interior del reino, continuaba don Pedro manifestando á su dama en Montalvan la misma ternura, y jurando no abandonar jamas á su hija: negábase tambien á trasladarse á Valladolid, donde toda la nobleza del reino se habia reunido ya para asistir á sus bodas, tratando de retrasar el dia de su celebracion. Desesperábase vuestro padre; pero un secreto mensage de Trastamara calmó

de repente la tempestad, y trastornó como por encanto las primitivas intenciones del monarca. Desde entonces solo una vez visitó á María, y la abandonó sin muestra de pesar, y aun sin abrazar á su hija. Pocas horas despues se puso en camino para Valladolid, y alli se presentó mas alegre, mas cortés que nunca, con todos sus caballeros, y de tal modo olvidado de María, que se le ve entregarse á nuevos amores, y rendir público homenage á doña Juana de Castro, á quien conoció en Sevilla. Los cortesanos ignoran la circunstancia del mensage de Trastamara, que permanece secreta entre mis hermanos y yo, y como no pude atribuir á esta sola causa la súbita mudanza del rey, apuré á mi hermano el conde para que me confiase la naturaleza del tal mensage. Respondióme con palabras insignificantes, en las que descubrí cierta desconfianza: hablaba con una sonrisa de compasion acerca de mi estremado afecto á las personas, que turbando mi corazon y fascinando mis ojos, me quitaban

la facultad de ver y juzgar las cosas bajo su verdadero aspecto. "Si te lo dijese todo, Fadrique mio, añadió, acaso por no comprenderme llegarias á reconvenirme, y tal vez á perjudicarme; pero mas tarde, y cuando seas absoluto dueño de tí mismo, podrás hacerme la justicia que merezco." Estas palabras, querido don Martin, envuelven un misterio que inútilmente me aplico á descifrar.

— Pues yo creo comprenderle, dijo don Martin: el conde trabaja sordamente en preparar la ruina de mi padre, y teme que la amistad que conmigo os une no os disponga á vituperar este designio, aprobado sin duda por el rey, siendo este el motivo de sus secretas comunicaciones.

— Mas aunque asi fuese, repuso don Fadrique, ¿con qué objeto levantaria hoy el conde nuevo estandarte de rebelion? ¿por qué en vez de presentarse en la corte, donde seria recibido como hermano, viene á la cabeza de las mas aguerridas compañías asturianas, de sus ballesteros, montañeses, de su invencible caballería,

y de esa turba de caballeros armados? Ayer, al llegar á Cigales con ese guerrero tren, envió Trastamara al rey un mensage pidiéndole permiso para entrar de ese modo en Valladolid, y declarando que si se lo negaba no entraria de ninguno. Queria el rey que despidiese sus compañías; pero el conde pretende conservarlas á su lado. Manifestóse por ambas partes la mas agria obstinacion, y el rey intimó á Trastamara que si no se alejaba en el momento, marcharia contra él á la cabeza de sus compañías. Bien conocereis, amigo don Martin, que nada de esto concuerda con la secreta inteligencia que suponeis entre mis dos hermanos; y como por otro lado la firmeza y el valor que en esta ocasion muestra don Pedro guardan tan poca analogía con su carácter tímido é indolente, repito que me cuesta infinito trabajo dar crédito á lo mismo que estoy viendo. Y sin embargo, miradle cómo se acerca al campo de donde salen en muy buen orden las compañías de Trastamara.

— Verdad es, repuso don Martin; y unos y otros combatientes se estan disponiendo para un choque inevitable, pues mi padre hace por la izquierda un movimiento con la guardia del rey para envolver al conde y ocupar á su retaguardia el paso del rio.

— Amigo, dijo el gran maestre, es fuerza que me aparte de aqui: no quiero tomar armas contra ninguno de mis dos hermanos en esta insensata contienda, cuyo éxito, sino me engaño, ha de ser muy fatal á Blanca de Borbon. Algunas palabras de Trastamara, y el haberme prohibido el rey comparecer en la corte, me parecen para ella de funesto agüero. Voy, pues, á colocarme de modo que pueda observar de lejos la accion que no tardará en empeñarse, y segun el término que tenga, sabreis por Juan Cavedo dónde podremos vernos.

— Mi lugar, dijo don Martin, está junto al rey y al lado de mi padre. A Dios, don Fadrique.

Montaron á caballo los dos amigos:

el gran maestre; á favor del bosque, se alejó sin ser visto de ninguno de los dos ejércitos: seguido don Martin de sus escuderos se dirigió hácia el cuerpo de la guardia del rey, que mandaba el señor de Alburquerque.



CAPITULO XIII.

El rey don Pedro echó pie á tierra en la falda de una escarpada colina, y subió á lo mas alto con los dos infantes de Aragon, sus primos, y una grande comitiva de señores y caballeros. Observaba desde alli los movimientos del conde, que iba disponiendo sus tropas en batalla, cuando acercándose don Martin con la visera alzada, dobló una rodilla ante el rey, que conoció al momento al amigo de su niñez. — ¿Quién es ese caballero? díjole con amistosa sonrisa dándole á besar la mano: levántate, que quiero conocerte despacio y convencerme de que no me equivoco. Mucho tiempo hace que perdí de vista á un muchacho lerdo, delgado, y de figura comunísima; y hoy contemplo un moceton que me lleva toda la cabeza, hermoso, fornido y marcial: no puedo creer que sea mi amiguito Martin.

— Al menos, respondió él con fir-

meza, es el mas fiel y rendido de vuestros vasallos, por mas que hayan podido decir á vuestra alteza.

— ¡Toma! ahora sí que le reconozco enteramente, replicó don Pedro; tan mohino era cuando muchacho, pero franco y leal cual ninguno. Vaya, Martin, olvidemos, tú el encierro que sufriste en Cea, obra, mas que mia, de tu padre, y yo tu fuga á Francia. Solo quiero acordarme de tus altos hechos entre los caballeros del rey Juan, mi primo y amigo, pues ha llegado hasta mí el rumor de tus hazañas, y te tengo preparada la mas dulce recompensa... Pero, continuó dirigiendo sus ojos hácia la línea del conde de Trastamara, parece que mi bendito hermano ha concluido ya de ordenar su gente. ¿Qué opinais de estas disposiciones, marqués de Tortosa?

El rostro del rey estaba bastante risueño: el marqués, primogénito de los infantes de Aragon, á quien se dirigia esta pregunta, y que pasaba por uno de los mas hábiles capitanes españoles, no se ma-

nifestó tan tranquilo como su primo. Hízole notar que las tropas enemigas, todas selectas, y mandadas por un guerrero como Trastamara, á pesar de la diferencia del número, eran evidentemente superiores á las compañías reales, y que ocupaban ademas una ventajosa posicion, mientras que al otro lado del arroyo, que le separaba del conde, Alburquerque habia colocado su gente en un terreno cubierto de viñas que no podian menos de embarazar sus maniobras. Estas observaciones no turbaron de ningun modo la serenidad del rey. — Cuanto hace mi primo Alburquerque está bien hecho, dijo con mofadora sonrisa. Bueno fuera que obrase yo por la primera vez sin licencia y consentimiento de tan hábil personage. ¿Qué seria entonces de mí? Vaya, vaya, vamos á ver esto mas de cerca.

Y se adelantó hasta un tiro de ballesta de los peones del conde. Todos los caballeros le seguian asombrados de tanto valor, y prodigando pomposos elogios á su heróica calma, seguro garante de la

victoria. Quedóse don Martin un poco atras, y entre los grandes señores reconoció á uno de sus hermanos de armas de la guerra de Asturias, cuyo franco carácte y aventajado personal habian cautivado su cariño. Era este don Fernando de Castro hermano mayor de la bella Juana. El receloso aspecto de este jóven hacia singular contraste con el júbilo que animaba las demas fisonomías. Llevóse á un lado á don Martin, y le dijo: — Esta batalla me parece un trampantojo, si considero que el valor de don Pedro en tan crítica circunstancia no es propio de su carácter, pues su corazon es el de un cobarde.

— ¡Cobarde! repitió admirado don Martin. Don Fernando, ¿cómo os atreveis...

— Sí, lo vuelvo á decir, repuso don Fernando echando fuego por los ojos, el rey es un cobarde, un desleal caballero. Yo mismo se lo he dicho.

— ¿Y vivís todavia, don Fernando?

— Si vivo no es á él á quien tengo

que agradecérselo, pues esta mañana ha querido que me matasen en el torneo que ha tenido lugar en la plaza del mercado.

— ¡Que os matasen! ¿cómo? ¿por qué? no puedo creerlo.

— Pues es la pura verdad; porque no quise sufrir el deshonor de mi hermana doña Juana, en cuya estancia se introdujo el rey furtivamente esta misma noche, ayudado por ese vil tártaro llamado el Zurdo, que logró seducir una de las doncellas de mi casa. Corrí con espada en mano á los gritos de Juana, y trasportado de justo furor, quise matar al rey; pero gracias al cielo, reflexioné un instante y retrocedí, dándole tiempo para ponerse en guardia y defenderse. Don Pedro aprovechó mi generosidad para huir vergonzosamente: el tártaro cerró la puerta donde permanecia oculto, y sus soldados, que aguardaban en la calle, protegieron su retirada. Esta mañana, al apuntar el dia, he entrado solo en su real cámara, como mayordomo mayor, pero he visto al Zurdo apoyado en su maza de

armas, junto al lecho del rey, donde ha pasado toda la noche. No he podido menos de echar en cara á don Pedro su indigna accion, su fuga aun mas indigna... Todo lo ha negado, don Martin, sosteniendo á carcajadas que yo habia soñado una majadería. Entonces fue cuando á riesgo de mi vida le llamé cobarde y mentiroso; pero él continuó tratándome de iluso con aquella falsa y burlona sonrisa que ahora mismo retozaba en sus labios al hablar de vuestro padre. A consecuencia de esta escena, esta mañana, en el torneo, ha bajado á la liza capitaneando á sus maceros, bajo pretesto de figurar una escaramuza para divertir á las damas concurrentes. Hánme rodeado todos, y aprovechando aquel desorden de que el rey se reía á carcajadas, y buscando la juntura de mi coraza, iba el Zurdo á clavarme una daga, que un diestro quite de mi hermano ha hecho volar por los aires...

— El tártaro es un perverso, respondió don Martin avergonzado. Como testigo de vuestra querella con el rey, ha-

brá querido vengarle á su manera. Yo creo que don Pedro ignoraria...

— Yo le conozco mejor que vos, interrumpió don Fernando: ¡ay, amigo don Martin! cuanto estamos viendo no pasa de un juguete, concertado entre los dos hermanos, que oculta algun lazo donde caerá el primero el señor de Alburquerque... Pero mirad, ¿no os lo dije yo? todo este hostil aparato se concluye por un parlamentario, ved cuál de las filas enemigas sale un caballero y se dirige al rey. Acerquémonos.

— Verdad es, dijo don Martin; ya vadea el arroyo, y mi padre se adelanta por su parte. No distingo aun la fisonomía del guerrero; pero veo claras en su escudo las armas de los Avendaños, vasallos del conde de Trastamara.

— Es el mismo don Lope, interrumpió don Fernando, y le reconozco por su insignia roja del orden de la Banda.

— ¿Dejó ya de ser gobernador general de Sevilla? preguntó sorprendido don Martin.

— No, respondió don Fernando; su arrogancia no pudo soportar algunas burlas pesadas del rey, que le recordaban el duro é injusto trato recibido en Sevilla en los primeros dias de este reinado, y tomó partido con el conde. Pero se halla comprendido en el último tratado de paz, gracias á vuestro padre, que teme con razon á este poderoso enemigo.

Llegaban entonces los dos amigos á poca distancia del rey. Don Lope echó pie á tierra, y se acercó al mismo tiempo que el señor de Alburquerque, doblando muy poco la rodilla. — Hola, hola; eres tú, don Lope, le dijo el rey en tono de burla: vienes en nombre de mi hermano de Trastamara, cuyo vasallo eres, ¿no es verdad?

— Sí señor; con tal título...

— En ese caso, don Lope, dime arrodillándote un poco mas: *Sí, señor de mi señor.* ¿Mas por qué te presentas con ese disfraz?

— ¿De qué disfraz está hablando vuestra alteza? preguntó don Lope con orgullo.

— Hablo de esa banda roja con su galon de oro, verdaderas insignias de la órden fundada por mi real padre, y que no recuerdo haberte dado, don Lope amigo.

— De su real mano la recibí, repuso entonándose; y era la misma que llevaba puesta en el sitio de Tarifa, quitóla de su cuello, y la colgó de mi hombro con su propia mano, cuando entre muchos otros prisioneros moros puse á sus pies el famoso Al-Berim, señor de Montes-Claros.

— Si es cierto lo que me han contado, replicó el rey, tú repites con frecuencia que los reyes, aunque señores, no pueden infringir las leyes de la caballería. ¿Te acuerdas de haberlo dicho?

— No lo niego.

— Siendo asi, el deber te mandaba advertir humildemente á mi padre que los estatutos de la misma orden con que te honraba le prohibian conferírtela. Pero tú los ignorabas ciertamente, y ahora mismo voy á enseñártelos: *Ninguno pue-*

de usar las insignias de la orden de la Banda, sino es vasallo del rey de Castilla. Ahora bien, don Lope amigo, ya que eres el vasallo de mi vasallo, tus propias palabras te indican la obligacion en que estás.

La palidez y violenta contraccion de la fisonomía de don Lope patentizaban el furor que devoraba su seno. — Basta, dijo quitándose la banda y poniéndola en las manos del rey. ¿Quiere ya vuestra alteza escuchar el mensage del conde Trastamara?

— Todavia no, repuso el rey. Acércate, don Martin de Alburquerque. Tu dominio de Cea depende directamente de mi corona, sé, pues, caballero de mi orden, y estoy seguro de que bajo esta banda que llevó mi noble padre latirá desde hoy un corazon siempre leal. Pon en tierra una rodilla.

Obedeció don Martin, y despues de haberle puesto la banda, añadió el rey: — Aunque tu padre no te juzgó digno de conservar el primer don que te hice, nom-

brándote adelantado mayor de Andalucía...

— Ese don, interrumpió el señor de Alburquerque con imperioso tono, le fue tambien concedido en perjuicio del señor don Lope. Mi hijo debia...

— Ya lo oyes, Martin, replicó el rey levantándole: tu padre me recuerda que aun entonces obraba yo con mas discernimiento que él en la distribucion de los premios y castigos, tratando equitativamente á cada uno segun su verdadero mérito. Te repito que no fui yo quien quiso tu prision y tu destierro, pero sí quien te nombra caballero de la orden de la Banda y rico-hombre de Leon: recibirás esta noche de mi mano el estandarte y la caldera, dones con que te quedarás, pues juro á Dios que en adelante nadie tendrá la osadía de deshacer lo que yo haga, ni de contradecir en cosa alguna mi voluntad real. Habla ya, don Lope, que quiero escuchar tu mensage.

Los ojos de todos los circunstantes se clavaron en Alburquerque cuando in-

terumpió al rey: creyóse que como en otras ocasiones recobraria con algunas palabras, hijas de la aspereza de su carácter altivo, el absoluto imperio que habitualmente ejercia sobre su discípulo; pero la réplica de don Pedro escitó la sorpresa general, y aquella mezcla de insulto y burla confundió hasta tal punto al orgulloso Alburquerque, que se quedó mudo de estupor.

En tanto don Lope, que como él devoraba su mortal despecho, respondió al rey: — Señor, el conde de Trastamara me envia á vuestra alteza para decirle que le besa las manos. Ruégale tambien que no condene su venida á las reales nupcias al frente de un ejército, por haber juzgado que esta precaucion era indispensable á la seguridad de su vida, amenazada por un enemigo mortal, que le ha perjudicado mucho en el ánimo de vuestra alteza, y que manda las compañías reunidas en Valladolid.

— ¿Y quién es ese enemigo mortal? preguntó el rey.

— El señor de Alburquerque, respondió don Lope.

Levantóse entre los caballeros un murmullo de admiracion. — ¡Cómo! esclamó el rey con pesadumbre: ¿el conde sospecha que tú eres su enemigo, Alburquerque? ¿tú, que concertaste mi paz con él? esta es una falsedad, y si solo se funda en el mando de mis compañías que confié á tu fidelidad, persuádome de que para tranquilizar enteramente al conde estás dispuesto á dimitirlo, cediéndoselo á mi primo el marqués de Tortosa.

— Señor, respondió Alburquerque inflamado de cólera, dejemos á un lado lo que á mí toca. Solo veo aqui el peligro que corre vuestra alteza cediendo á la demanda de un vasallo que presenta su súplica en el hierro de una lanza.

— Agradezco tu buen consejo, repuso el rey siempre risueño y con acento amistoso. Deniego absolutamente la demanda de mi hermano para entrar armado en Valladolid. Y por lo que á tí ha-

ce, ¿estás resuelto á continuar tu amistad con el conde de Trastamara?

— Sin duda ninguna, señor...

— Ya ves, Lope, que los temores de mi hermano carecian de fundamento. Vuelve al conde que te envia, dile que por mi amor, Alburquerque, mi primo, renuncia el mando de las compañías, que doy al infante de Aragon, marqués de Tortosa, y para que no lo dude, anda, marqués, y ponte al momento á su cabeza. Pésame, continuó dirigiéndose con calma á don Lope de Avendaño, que el conde no se haya esplicado con franqueza acerca de esta quimérica enemistad, pues creo que nos hubiéramos entendido mas pronto. Mándale en mi nombre que venga sin dilacion al hermano que le ama y quiere darle pruebas de su cariño. Es mi voluntad que todos participen de mi alegría, y que la hermosa reina, al llegar mañana á la corte de Castilla, vea á su rededor rostros tan jubilosos como el mio.

Alburquerque rugía de cólera, mur-

murando entre dientes horribles imprecaciones. Los mismos cortesanos que una hora antes se agolpaban al tropel en torno del favorito, dejábanle ahora abandonado presagiando su próxima desgracia. Don Martin fue el único que se acercó á él, pero encontró una acogida glacial. — Tus amigos no han llegado todavia adonde piensan, díjole volviéndole la espalda. Anda, reúnete con ellos; poco me importa un enemigo mas.

Apartóse el jóven con el pecho contristado de este estremo de dureza, y no lejos de alli encontró á su amigo don Fernando de Castro, quien al verle esclamó: — ¡ Vaya ! ¿ qué os dige yo del gran esfuerzo del monarca? Ya veis ahora que todo estaba concertado de antemano, y que solo se trataba del triunfo de Trastamara, que á su vez quiere elevarse sobre las ruinas de la fortuna de vuestro padre. ¿Pero cuánto durará el reinado de los bastardos? ¿ qué cimientos podrán echar en un espíritu tan débil como el de don Pedro, en una alma tan falsa, tan pérfida? ¿No

vísteis cuál se complacia en atormentar á don Lope? ¡Cuánta enemistad, cuánta venganza ha dispertado en su implacable corazon! Y el señor de Alburquerque, á quien trata tan indignamente...

— Amigo, no compadezcais á mi padre, dijo vivamente don Martin: confio que esta desgrácia, que es un beneficio del cielo, le curará de su funesta y devoradora ambicion, restituyéndole los naturales sentimientos de amor á su familia y fidelidad á su rey.

Reuniéronse en medio de la llanura don Pedro y el conde de Trastamara, y conferenciaron un breve instante. Tuvo Alburquerque bastante tiempo para reponerse de su primera turbacion, y recordó al rey, que segun el último tratado, debia el conde despedir sus compañías, y darlas á su soberano, como tambien sus ciudadelas de Asturias. Convino al punto Trastamara, y ofreciendo rehenes para la entrega de las plazas, renunció inmediatamente el mando de sus hombres de armas, de quienes el menor de los infan-

tes de Aragon recibió juramento de obediencia. Cuando don Martin llegó á los dos hermanos, cabalgaban juntos amistosamente por el camino de Valladolid, acompañados del señor de Alburquerque y de todos los caballeros. Las compañías asturianas y las tropas reales, abandonando su enemiga fiereza, comenzaron á moverse, y tomaron opuestas direcciones.

El alojamiento de Blanca de Borbon, á quien se aguardaba por momentos con la reina madre, se hallaba dispuesto en el monasterio de la Trinidad, en el barrio septentrional de Valladolid, sobre el camino de Burgos. El rey habia elegido la casa del abad de Santander, al otro estremo de la ciudad, fuera de su recinto y junto á la calzada de Toledo. Alli fue donde despues del festin con que recibió á sus hermanos Trastamara y don Tello, distribuyó las gracias mucho antes ofrecidas á las familias mas nobles del reino con motivo de su matrimonio.

Mientras que los postulantes llamados sucesivamente por el canciller del sello de

la puridad recibian del rey los títulos de los favores que les estaban destinados, acercóse á don Martin el conde de Trastamara, y tendiéndole la mano afectuosamente: Ya sé, le dijo, que eres el mejor amigo de mis dos hermanos Pedro y Fadrique, y quiero que tambien lo seas mio.

—Asi lo deseo yo, respondió don Martin, y ojalá que tu anhelo sea tan sincero como el mio.

—Veo, don Martin, que tú lo dudas con razon por la desconfianza que manifesté á tu padre. Confieso que me equivoqué, y que el rey mismo me ha desengañado, dándome á conocer las rectas intenciones de Alburquerque. ¿No has visto que durante el festin estaba yo sentado junto á él, y que departíamos en buena amistad? Para que no me crea su rival, he suplicado al rey mi hermano que le dé una ruidosa prueba de su favor, elevándole á la dignidad de conde, que dará nuevo brillo á la de gran canciller del reino que conserva. Mira, amigo Martin, ya comienza la ceremonia.

Efectivamente, delante del trono acababan de poner una mesa, y de colocar en ella una copa de vino, en la cual metió el copero mayor tres rebanadas de pan largas y delgadas, cuyos estremos sobresalian del vaso. El rey hizo á Alburquerque una seña para que se acercase, y mostrándole la copa le dijo: — Tomad, conde. — Tomad, rey, respondió Alburquerque. El rey repitió otras dos veces esta invitacion, y en ambas recibió igual respuesta. A la tercera tomó y comió una de las sopas de pan: el electo tomó otra y la comió tambien: luego mandó el rey al canciller del sello de la puridad que escribiese la relacion de este hecho, leyéndola en alta voz. Entonces toda la asamblea gritó por tres veces: *viva el conde de Alburquerque;* y el nuevo dignatario prestó juramento en manos del rey.

Trastamara, cuyas jubilosas aclamaciones se oyeron antes que todas las demas, fue asimismo el primero que dió la enhorabuena al nuevo conde, abrumándole con las muestras de su amistad, y

quedando al parecer restablecida la mejor armonía entre los dos rivales. Continuaban estos conversando francamente, cuando llamado don Martin á su vez, fue á arrodillarse á los pies del trono. Dióle el rey un estandarte con las armas de Alburquerque y de Cea, diciéndole: — Rico-hombre de Leon, este es el signo de tu derecho. Cuando tremoles esta bandera, deberán armarse tus vasallos y seguirte á la guerra. Presentándole en seguida una caldera, añadió: — Toma el emblema de tus deberes para con ellos: has de alimentarlo á tus espensas en el campo hasta que los vuelvas á su hogar. Anda, don Martin de Alburquerque y Cea: velarás esta noche tu estandarte en la iglesia de Santa María la Nueva, donde lo bendecirán mañana, y prestarás en mis manos el juramento que me debes como á tu rey y señor natural.

El conde de Trastamara, separándose entonces del padre, fue á felicitar al hijo con iguales demostraciones de afecto.

— Conde, le dijo don Martin lla-

mándole á parte, dame de esa amistad que me juras la prueba mas positiva y preciosa para mí de cuantas puedo pedirte, pues se trata de la felicidad de mi mejor amigo, tu hermano el gran maestre, y de la reina doña Blanca.

— Habla, Martin: no podias invocar unos nombres mas caros á mi corazon.

— Pues bien, ya que no ignoras las abominables calumnias de que uno y otro fueron objeto, dime francamente la opinion del rey en este punto.

— Convencido está de su inocencia, y el acontecimiento que se prepara lo publica.

— ¿Cómo, pues, no ha llamado al gran maestre á sus bodas?

— Manifestéle mi sorpresa, y le encontré afrentado de un resto de sospecha, que solo se dirige contra Fadrique, y de ningun modo contra la reina.

— Pero conde, esta desconfianza es injuriosa para ella, y debe favorecer las calumnias del infame Samuel. Aunque está irritada y quiere quejarse al monar-

ca, mi dictámen es que guarde silencio, pues temo que semejante recriminacion dé lugar á nueva desgracia. La reina necesita en esta circunstancia prudentes consejos: ¿cuál es el tuyo, conde? en su nombre te lo pido.

— Amigo, respondió Trastamara, que le habia escuchado con la mayor atencion, mi hermano Fadrique me ha hablado de esto ya. Segun lo que he visto aqui, y por el conocimiento que he adquirido del carácter y disposiciones del rey, aconsejo atrevidamente á la reina que le hable sin rebozo del motivo de su pesar. Ruégola igualmente por su propio bien y por el nuestro, que no vacile en pedirle desde luego la presencia de Fadrique y el destierro de Samuel. Sean estas las primeras palabras que escuche el rey de su boca: su honor lo pide, y don Tello y yo, con quienes puede contar, la apoyaremos vigorosamente: díselo de mi parte. Por lo que á tí hace, Martin, está seguro de mi amistad hasta la muerte.

Trastamara se ausentó al momento,

dejando al caballero encantado de la franqueza y afecto de su nuevo amigo, y gozosísimo por haber recibido de él tan prudente consejo y la confirmacion de su adhesion á los intereses de Blanca. Tranquilo, pues, lleno de esperanza, y únicamente entregado á la memoria de su dama, encaminóse con sus escuderos á la iglesia de Santa María la Nueva para hacer la vela á su estandarte.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

La novela que seguirá al PRIMOGÉNITO DE ALBURQUERQUE *será* EL DONCEL DE DON ENRIQUE EL DOLIENTE, *de* Don Mariano José de Larra.



